



Las Novias
Raborizadas
3

*Un
Dugue
para
Diana*

CATHERINE BILSON



Un Duque para Diana

Las Novias Ruborizadas Libro 3

Catherine Bilson

Copyright en inglés 2022

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

22. Capítulo Veintidós

23. Capítulo Veintitrés

24. Capítulo Veinticuatro

25. Capítulo Veinticinco

26. Capítulo Veintiséis

27. Notas de la Autora - Precisión Histórica y una Mea Culpa

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Capítulo Uno

EN SUS DIECIOCHO AÑOS DE VIDA, DIANA CREIGHTON jamás había imaginado algo ni la mitad de glamuroso que el baile de la Duquesa de Balford. Se encontraba de pie junto a su madre, en un estado de asombro ligeramente aterrador, tratando de no mirar boquiabierta a las damas que la rodeaban, cada una vestida más opulentamente que la anterior, con sedas y satenes de todos los colores del arcoíris y joyas de incalculable valor.

Hace un año, Diana vivía una vida tranquila y respetable como hija de un abogado caballero en la ciudad de Durham, con expectativas limitadas a quizás encontrar un pretendiente entre los conocidos de su padre. Luego, su tío abuelo murió antes de lograr engendrar un heredero, su padre heredó un condado rico e influyente, y Diana se convirtió de repente en una dama titulada, con una dote de diez mil libras y un conjunto completamente nuevo de expectativas —y limitaciones— sobre sus hombros.

—Intenta no quedarte boquiabierta, Diana —dijo su madre en voz baja, y Diana apretó los labios con fuerza antes de darse cuenta de que ni siquiera tenía la boca abierta.

No tenía sentido protestar su inocencia, sin embargo; Lavinia, Lady Creighton, ya había seguido adelante.

—Enderézate y sonríe, por el amor de Dios. Tienes cara de viernes; ¿qué te pasa?

—Nada —comenzó Diana, queriendo explicar que simplemente estaba un poco abrumada por la brillante multitud.

Ni siquiera habían entrado al baile propiamente dicho; estaban esperando en la fila de recepción. La tía política de Diana —bueno, más o menos— Marianne estaba justo delante de ellas, saludando a su anfitriona con bastante calidez.

Ver a Marianne de nuevo era, con diferencia, lo mejor de esta visita a Londres hasta ahora, pensó Diana, manteniendo la espalda recta y la cabeza en alto, forzando una sonrisa en sus labios. La

Condesa Viuda de Creighton no solo era la mujer más hermosa que Diana había visto jamás, sino también una de las más amables. Diana estaba completamente avergonzada por la forma en que sus padres habían tratado a Marianne, hasta el punto de que Marianne había huido con su amiga Lady Havers sin nada más que la ropa que llevaba puesta y la pequeña cantidad de dinero que Diana y su hermana Clarissa habían logrado reunir en su bolsillo.

—Lady Creighton —las presentó Marianne a la duquesa—, y su hija Lady Diana.

Una mujer alta de aire imperioso, la duquesa las examinó con ojos oscuros y brillantes. Pareció considerar a Diana durante bastante tiempo antes de darle un pequeño asentimiento.

—Debe permitirme presentarle a mi hijastro, Lady Diana.

—Oh, su excelencia —se deshizo en halagos Lavinia—. ¡Eso sería un gran honor!

—Las buscaré un poco más tarde. William bailará con Lady Diana —la duquesa les dio un asentimiento displicente, y Lavinia tiró del brazo de Diana, arrastrándola hacia el salón de baile.

—¡Un duque de verdad! —empezó a parlotear Lavinia inmediatamente—. ¡Eso será un gran logro para ti, si realmente te presenta! Aunque Balford es fácilmente el caballero más codiciado en el mercado matrimonial este año, así que no debes hacerte ilusiones...

Diana no tenía ilusiones en absoluto. Sí, su padre podría ser ahora un conde, pero los duques se casaban con princesas e hijas de otros duques. La hija de un conde tendría que estar cegadoramente bien dotada, o ser un diamante absoluto, o probablemente ambas cosas, incluso para ser considerada, y ella no era ninguna de las dos. Diez mil libras eran una gota en el océano comparado con la vasta riqueza de Balford, y Diana era lo suficientemente honesta consigo misma como para aceptar sus propios atractivos como una especie de belleza insulsa. Comparada con Marianne, por ejemplo, una belleza alta y pelirroja que atraía miradas dondequiera que iba, Diana era de estatura media, con cabello castaño medio, ojos marrones sencillos, una nariz ligeramente respingona y habilidades poco espectaculares en música, arte, idiomas y cualquier otra destreza en la que se esperaba que las jóvenes damas demostraran talento.

Lavinia, sin embargo, estaba decidida a empujar a Diana en el camino de todo caballero elegible y titulado que pudiera, comenzando con el Marqués de Glenkellie. Lo cual no habría sido inaceptable en absoluto, considerando que Alexander Rutherford era alto, guapo a pesar de una cicatriz en su rostro, rico y ni siquiera demasiados años mayor que Diana. Habría sido un pretendiente maravilloso, de hecho, si no estuviera completa y desesperadamente enamorado de Marianne.

Glenkellie, sin embargo, era amable y educado, y sacó a Diana a bailar cuando declinar habría sido vergonzoso. Incluso le dijo que esperaba que lo llamara si alguna vez necesitaba ayuda, una

cortesía que ella agradeció con genuina apreciación, porque pensó que realmente lo decía en serio. Solo esperaba que Marianne pudiera aceptarlo; su primer matrimonio, con el tío abuelo de Diana, había sido una pesadilla.

Alex devolvió a Diana con su madre al final del baile, y Diana hizo una mueca al ver a Lavinia esperando con un hombre alto y rubio de mediana edad, un hombre con una nariz fina y ojos azules penetrantes que la miró de arriba abajo, curvando el labio.

—¿Esta es su hija, Lady Creighton? —dijo con un marcado acento alemán.

—En efecto, Alteza. Diana, este es el Príncipe Stefan Mondenbosch.

Diana hizo una reverencia, invadida por una sensación de irrealidad. ¿Un príncipe? ¿Estaba siendo presentada a un príncipe de verdad?

El príncipe suspiró y luego hizo una pequeña reverencia rígida.

—Me concederá un baile, Lady Diana.

No parecía una pregunta, lo cual era bastante grosero por su parte, pero de todos modos era imposible que ella se negara, así que aceptó su mano ofrecida. Él no dijo nada durante los primeros minutos del baile, apenas mirándola, y Diana sintió que su asombro retrocedía hasta que fue suprimido por completo por una ola de indignación ante su grosería. Príncipe o no, ignorarla mientras estaba bailando con ella era el colmo de los malos modales.

—¿Lleva mucho tiempo en Inglaterra? —preguntó, preguntándose si al menos podría hacerlo hablar sobre sí mismo. Los jóvenes con los que había interactuado en eventos sociales en Durham siempre estaban más felices cuando hablaban de sus propios intereses, había notado.

—Unos meses.

—¿Y lo está disfrutando? —intentó de nuevo cuando él se quedó inmediatamente en silencio después de la breve respuesta.

—No especialmente —la miró directamente a la cara—. Las damas no son tan atractivas, ni tan buenas bailarinas, como las de mi hogar en Alemania.

Diana se sonrojó de la impresión ante el insulto. Una réplica se asomó a la punta de su lengua, pero la tragó, sabiendo que crear una escena aquí en uno de los principales bailes de la sociedad sería la sentencia de muerte para cualquier posibilidad de hacer un matrimonio exitoso. En su lugar, se mordió la punta de la lengua y se concentró en dar cada paso de la complicada danza con completa precisión.

El príncipe ni siquiera la devolvió a su madre al final del baile, simplemente la escoltó al lado de la pista y se alejó, dejándola furiosa, casi mareada de rabia.

—Veo que has conocido al Príncipe Petulante —dijo una voz divertida, y Diana se giró para ver a Lady Jersey, una de las influyentes patronas de Almacks, observándola. Se habían conocido solo una vez, cuando Marianne llevó a Lavinia y Diana a conocer a Lady Jersey para solicitar vales, y Diana tenía la esperanza de que la formidable condesa la hubiera apreciado bastante.

Hizo una profunda y respetuosa reverencia. —Buenas noches, Lady Jersey.

—Buenas noches, Lady Diana. No te preguntaré si lo estás pasando bien, ya que por la expresión de tu rostro, preferirías estar casi en cualquier otro lugar.

—A pesar de mi último compañero, lo estoy pasando bastante bien, se lo prometo. —Con una mirada a la espalda del príncipe que se alejaba, Diana preguntó en voz baja—: ¿Por qué es *tan* petulante?

—No quiere estar aquí —respondió Lady Jersey sin dudar—. Es el cuarto hijo y no tiene ninguna utilidad particular para su padre. Algo así como una vergüenza, si el chisme que he oído es correcto, y no puedo imaginar por qué no lo sería. Lo enviaron aquí para hacerse útil al embajador y quizás encontrar una familia inglesa rica y bien conectada con la que casarse.

—Obviamente los Creighton no son lo suficientemente ricos ni bien conectados para su consideración —dijo Diana con sequedad, pero Lady Jersey negó con la cabeza.

—No lo tomes personalmente, querida. El príncipe Stefan está bajo órdenes, pero no le agradan. Como muchos jóvenes de su edad, preferiría estar apostando y put... ah, divirtiéndose, que establecerse en el matrimonio.

—Ya veo.

—No te desanimes. Hay algunos buenos. Escuché a Julianne decir que le gustaría que conocieras a William, y lo veo por allí ahora. Ven, déjame presentarte.

—¿Quiénes son Julianne y William? —preguntó Diana, arrastrada sin remedio por la estela imperiosa de la condesa.

—Oh... la duquesa y su hijastro. Balford. —La última palabra no fue dirigida a Diana, sino a la espalda de un hombre alto, que se dio la vuelta y sonrió irónicamente al ver a Lady Jersey.

—Mi lady. —Hizo una reverencia cortés, antes de que su mirada pasara rápidamente por ella hacia Diana. Sus hombros se alzaron en un suspiro visible, y Diana consideró huir antes de que pudiera ser presentada. La mano de Lady Jersey se cerró alrededor de su muñeca como un grillete.

—Balford, deberías conocer a Lady Diana Creighton, la hija del nuevo conde.

El duque no podía ser muchos años mayor que ella, y era realmente muy apuesto, pensó Diana. O lo sería, sin la mirada irritada que claramente no se esforzaba mucho en disimular.

—Lady Diana. —Hizo una reverencia, ni un centímetro más baja de lo que era apropiado para un duque hacia la hija de un conde. Ella hizo una reverencia mínima en respuesta, molesta por su rudeza. Si no quería estar aquí, ¿por qué había venido en primer lugar? Pero entonces, la fiesta era en su propia casa, supuso; se vería un poco extraño si no asistiera al baile de su propia madrastra.

—Vuestra Gracia —murmuró.

—Lady Diana tiene mi permiso para bailar el vals —dijo Lady Jersey intencionadamente.

—Por supuesto que lo tiene. Bien entonces, Lady Diana, ¿está comprometida para el próximo baile?

Realmente pensó en decir que no. Bailar con el Príncipe Petulante le había quitado las ganas de bailar por la noche, pero la idea de tener que quedarse sentada el resto de la noche porque había rechazado a un duque arrogante en un momento de irritación era aún más desagradable. Así que sonrió e inclinó la cabeza con gracia, puso su mano en el brazo ofrecido y fingió no notar la sonrisa satisfecha de Lady Jersey.

Todos los invitados habían llegado al baile ahora, sin duda se celebraría como una maravillosa 'aglomeración', pero para Diana simplemente parecía demasiado lleno y demasiado caluroso. El duque caminaba con zancadas largas, sin hacer concesiones por sus piernas más cortas o la falda estrecha de su vestido que la obligaba a dar pasos pequeños y afectados. Tuvo que casi correr para mantenerse a su ritmo, estaba sudando de manera poco femenina cuando llegaron al final de las filas en la pista de baile y él la hizo girar para enfrentarla, con expresión sombría.

La habitación se balanceó a su alrededor, todo volviéndose nublado y tenue. Desconcertada por lo que estaba sucediendo, Diana frunció el ceño.

El duque le devolvió el ceño fruncido.

Y entonces todo se desvaneció y ella se desplomó inconsciente a sus pies.



Capítulo Dos

—¿Y SIMPLEMENTE SE *marchó*? —Lady Clarissa Creighton, la hermana menor de Diana, estaba sentada con las piernas cruzadas al final de la cama de Diana y la miraba boquiabierta.

—Bueno, no lo vi —suspiró Diana, recostándose en sus almohadas—. Pero sí, aparentemente lo hizo, después de poner los ojos en blanco y decir "¡Otra no!" lo suficientemente alto como para que la mitad de la sala lo oyera.

—¡Qué completo trasero de burro! —exclamó Clarissa.

Diana logró soltar una pequeña risita, aunque la humillación de la noche aún le quemaba en el pecho.

—Es un duque, Clarry. No puedes llamarlo trasero de nada.

—Lo llamaré como quiera, ya que dejó a mi hermana inconsciente en medio de la pista de baile. ¡Si alguna vez llego a conocerlo, le daré un pedazo de mi mente! —Clarissa agitó sus manos frente a ella, casi como si pretendiera abofetear al ofensivo aristócrata en cuestión.

—Espero que nunca lo hagas. Sin duda, también sería grosero y despectivo contigo —dijo Diana mientras se abrazaba las rodillas contra el pecho, apretándolas con fuerza. No tenía idea de lo que los eventos de esta noche significarían para su temporada, pero tenía la sospecha de que la respuesta no sería nada bueno. Había recuperado el conocimiento para encontrarse en una sala de descanso siendo atendida por su madre y la Duquesa de Balford. Había otras damas presentes, mirándolas de reojo y susurrando detrás de sus manos enguantadas, y Diana escuchó que murmuraban el nombre de Marianne. Algo había sucedido con su tía, algo lo suficientemente impactante como para distraerlas del desmayo de Diana a los pies del duque. Sin embargo, Lavinia palideció cuando Diana intentó preguntar, silenciándola bruscamente.

La duquesa fue muy amable, pero Diana tenía la sensación de que la otra mujer se estaba riendo en silencio de ella. Intentó explicar que solo había sido superada por el calor, pero era evidente

que nadie la escuchaba, ni siquiera su madre. Con lágrimas calientes de frustración picándole en el fondo de los ojos, dijo en voz baja que quería irse a casa.

—Creo que probablemente sea lo mejor, querida —dijo amablemente la duquesa—. Haré que traigan su carruaje de inmediato. ¿Cree que podrá caminar, o debo llamar a un lacayo para que la lleve?

—Ella caminará, gracias —dijo Lavinia apresuradamente—. Solo fue un desmayo momentáneo. Diana goza de muy buena salud, generalmente.

—Nunca me he desmayado en mi vida —Diana todavía no podía creer que hubiera sucedido—. No sabía lo que estaba pasando.

—Tal vez esté incubando algo —dijo la duquesa—. O quizás sea solo toda la emoción —Les dedicó una sonrisa educada y se marchó, obviamente descartándolas de su atención.

Lavinia no dijo una sola palabra durante el viaje en carruaje de vuelta a su casa de la ciudad, solo miró en silencio por la ventana. Al entrar en la casa, le dijo a Diana que se fuera directamente a la cama antes de dirigirse ella misma al salón, donde Diana estaba bastante segura de que su madre se dirigió directamente a la licorera de jerez.

—En cuanto a debuts, no creo que pudiera haber sido mucho peor —le dijo Diana a su hermana.

—¡Pero no fue tu culpa!

—Estoy bastante segura de que eso no importará —Diana se enroscó un largo rizo alrededor del dedo, tirando de él mientras contemplaba sus sueños de una temporada brillante y exitosa donde su yo ordinario de alguna manera se transformaba en la bella de cada baile.

—No es justo —la mandíbula de Clarissa se proyectó obstinadamente de una manera que Diana conocía muy bien, y soltó el rizo para abrazar a su hermana.

—Está bien, Clarry. No importa.

Clarissa le dio una mirada dudosa, pero Diana se obligó a sonreír en respuesta, aunque la pesadez en su pecho desmentía sus palabras. Sospechaba que en realidad iba a importar bastante.



Cuando su padre se rompió el brazo al día siguiente en un incidente nunca del todo explicado que involucraba a un cisne en el parque, Diana lo tomó como una excelente excusa para evitar ir a sociedad durante unos días, con la esperanza de que todos hubieran olvidado su pequeño desmayo para cuando volviera a participar. Unos pocos días definitivamente no fueron suficientes, como pronto descubrió, cuando Marianne (ahora felizmente comprometida con

Alexander) la presentó a un joven sonriente en una cena aproximadamente una semana después del baile de los Balford. El joven había estado mirando a Diana a lo largo de la mesa durante la cena, con una sonrisa y una expresión de aparente interés en su rostro, y luego se acercó a Marianne una vez que las damas y los caballeros se reagruparon después de la comida con la obvia intención de conseguir una presentación con Diana. Bastante halagada por su interés, Diana hizo una reverencia mientras Marianne presentaba a Lord Amberle, un baronet de la isla de Guernsey.

—Mi sobrina, Lady Diana Creighton —concluyó Marianne la presentación, y la sonrisa apreciativa en el rostro de Amberle se desvaneció. Dio un paso atrás.

—¿La Flor Desmayada? —dijo.

—¿*Cómo dice*? —el hermoso rostro de Marianne se endureció.

—Les ruego me disculpen, Lady Creighton, pero acabo de recordar un compromiso previo. Debo marcharme —Hizo una reverencia apresurada y se retiró a toda prisa, deteniéndose solo brevemente para hablar con su anfitriona antes de partir.

—Honestamente, él parecía más propenso a desmayarse que yo —dijo Diana cuando Marianne pareció quedarse sin palabras.

—Bromeas, pero sé cómo pueden arraigarse los apodos —Marianne se recuperó y tomó el brazo de Diana—. Los hombres jóvenes pueden ser crueles e irreflexivos. Le pediría a Alex que hablara con él, pero...

—Lord Glenkellie terminaría reprendiendo a media Londres, supongo —Diana se encogió de hombros, tratando de dar la impresión de que no importaba, aunque internamente quería llorar y gritar que no era justo, que no era su culpa—. Dudo mucho que Lord Amberle fuera el originador del apodo —*Ese casi seguramente fue Balford*, pensó, sintiendo que la furia volvía a surgir ante el comportamiento grosero e irreflexivo del duque. Su conducta iba más allá de lo descortés. No haberla atrapado cuando se desmayó era una cosa —suponía que era posible que simplemente lo hubiera tomado por sorpresa—, pero marcharse y dejarla literalmente tendida en el suelo era otra muy distinta, y ahora descubrir que tenía un apodo del que casi con certeza nunca se libraría lo situaba simplemente fuera de los límites aceptables.

Lo odio. Si alguna vez volvía a encontrarse con el arrogante joven duque, Diana decidió allí mismo que le diría unas cuantas verdades. Considerando el apodo, estaba bastante segura de que sus perspectivas de encontrar marido en Londres se habían reducido a cero, así que realmente no tenía nada que perder con tal confrontación. De hecho, la esperaba con ansias. Ya había escrito varias frases escogidas en su diario que le gustaría compartir con él, con un lenguaje bastante

mordaz sugerido por Clarissa. El solo hecho de escribirlas había sido catártico, pero aún estaba decidida a decírselas a la cara, si alguna vez se le presentaba la oportunidad.

No fue hasta mucho más tarde esa noche, ya instalada en su propia cama con Clarissa sentada a su lado como era su costumbre mientras Diana le relataba los acontecimientos del día a su hermana, que la realidad de su situación la golpeó y lágrimas calientes comenzaron a rodar por sus mejillas. Su temporada era un completo fracaso, estaba atrapada con un apodo del que nunca se libraría, los únicos pretendientes que atraería ahora serían aquellos desesperados por su dote, y todo era culpa de un duque egoísta, irreflexivo e insensible.

—Lo odio —sollozó en el hombro de Clarissa—. Lo *odio*.

—Es un monstruo —dijo Clarissa con fiereza, enfurecida en nombre de su hermana—. Un demonio. El Duque Demoníaco.

Diana soltó una débil risita entre sollozos.

—Si tan solo *ese* apodo se quedara.

Ambas sabían que no lo haría. Nadie, excepto el Príncipe Regente, se atrevería a ofender a alguien tan poderoso como un duque del reino con semejante apodo. La hija de un conde recién nombrado era un blanco fácil; un duque no lo era, incluso si era joven y solo había ostentado su título durante un año.

—Tal vez podría contárselo a Lady Jersey. Quizás se ría —Incluso si lo hiciera, su siguiente comentario sería decirle a Diana que nunca repitiera el apodo a nadie más, no fuera a llegar a oídos del duque, o peor aún, de la duquesa. La propia reputación de Diana podría estar hecha jirones, pero Clarissa tendría su debut en un año, y su hermana Penelope en tres años. Diana no arriesgaría el buen nombre de la familia más de lo que ya lo había hecho. Molestar a los poderosos Balford sería la muerte de todas sus esperanzas.

Lavinia también había oído el apodo, Diana podía notarlo, aunque su madre no lo mencionara. Tenía los labios apretados y los ojos desorbitados cuando entró en la habitación de Diana a la mañana siguiente y le dijo que se levantara, que iban a hacer visitas ese día.

—¿Qué sentido tiene? —dijo Clarissa, incorporándose y frunciendo el ceño—. Nadie le hará la corte, nadie que ella quiera, en todo caso. Bien podríamos volver a casa, a Durham.

—¡Durham ya no es nuestro hogar, ¿cuándo vas a meter eso en tu cabeza tonta? —Lavinia levantó las manos antes de hacer un gesto alrededor de la opulenta habitación—. *Este* es nuestro mundo ahora. Necesitamos encajar en él.

—Eso no está yendo muy bien —murmuró Diana contra su almohada, antes de suspirar y darse la vuelta, tocando suavemente el brazo de Clarissa cuando su hermana abrió la boca de nuevo,

obviamente a punto de antagonizar aún más a su madre—. Sí, mamá. ¿A dónde vamos hoy y qué debo ponerme?

—Vamos a visitar a Lady Treeve, y luego a la señora Timms-Lacey, y le he dicho a Anne que te prepare el vestido de satén rosa con lunares.

Diana reprimió un gemido. Clarissa lo dejó escapar por ella.

—Ese vestido es espantoso, mamá; demasiados volantes y lazos. Diana parece un adefesio con él, ¡no importa cuán de moda proclame el estilo la *Ladies' Magazine*!

—Es el más caro de tus vestidos nuevos, y te lo *pondrás*. El hijo de Lady Treeve está en la línea de sucesión para heredar el marquesado de su abuelo, y la señora Timms-Lacey es la hermana mayor del conde de Porthcarrick. Ambos son caballeros muy elegibles que han dado a entender que tienen la intención de buscar esposa esta temporada.

—Ninguno de los cuales querrá a la Flor Desmayada —murmuró Diana entre dientes, pero sabía que su madre no cedería, no en este estado de ánimo. Lavinia parecía decidida a tratar de barrer todo el desastre bajo la alfombra, como si al insistir en que nada había sucedido, todos lo olvidarían.

Mientras estaba sentada en el salón de Lady Treeve vistiendo el despreciado vestido de satén rosa, con la tela resbaladiza y sudorosa en todas partes donde tocaba su piel, escuchando a la dama dar educadas excusas sobre por qué su hijo no podría conocerlas ese día, Diana intentó desesperadamente pensar en alguna razón por la que no pudiera participar en el resto de la Temporada. ¿Tal vez podría fingir una enfermedad? ¿Afirmar que su desmayo había sido simplemente la primera indicación de algo más serio? Clarissa la encubriría, pero un médico probablemente vería a través de la artimaña en un instante, reflexionó sombríamente. Nunca había tenido habilidad para disimular.

—Bueno, debemos irnos —dijo Lavinia, poniéndose de pie y obligando a Diana a levantarse también, ya que tenía un fuerte agarre en su muñeca—. La hermana de Lord Porthcarrick nos ha invitado a visitarla, ya sabe. Diana está muy solicitada.

—Estoy segura —Lady Treeve ocultó una sonrisa detrás de su mano, y Diana murió mil muertes ante la mirada de divertida condescendencia de la mujer mayor.

—Gracias por recibirnos, mi lady —dijo, de alguna manera manteniendo su voz firme por puro esfuerzo de voluntad, y un poco de simpatía suavizó la expresión de Lady Treeve.

—Quizás una visita a Bath estaría en orden —dijo la dama, mientras se dirigían hacia la puerta—. Por su salud, ya sabe. El clima podría sentarle mejor que el de Londres.

Podría haber algunas personas allí que no hayan oído hablar de la Flor Desmayada, interpretó Diana el comentario, pero pensó que estaba bien intencionado. Hizo una reverencia.

Lavinia, sin embargo, estaba claramente furiosa cuando salieron de la casa de los Treeve y subieron de nuevo a su carruaje que las esperaba.

—¡Bath, por favor! ¡El único marido que encontrarías allí sería algún tipo anciano y enfermo que quiere una enfermera, no una esposa!

—Creo que estaba tratando de ayudar —murmuró Diana.

—¡Podría ayudar presentándote a su hijo, como dijo que haría! —Las fosas nasales de Lavinia se apretaron—. Estás demasiado acostumbrada a tratar con los clientes de tu padre de su práctica legal.

—No es como si hubiera firmado un contrato legal, mamá —Diana intentó calmar el ánimo alterado de su madre—. Estás demasiado acostumbrada a tratar con los clientes de papá de su bufete.

—No puedo soportar a las personas que no cumplen su palabra —Con expresión tensa, Lavinia asintió a su cochero—. Empiezo a darme cuenta de por qué tu padre tenía muy poco trato con la aristocracia cuando tenía que lidiar con ellos en asuntos legales. No les importa mentirte en la cara.

—¿Así que ahora volvemos a casa? —preguntó Diana esperanzada.

—Ciertamente no. Envié una nota a la señora Timms-Lacey, informándole que la visitaríamos hoy. *Nosotras* cumplimos nuestras promesas. Y esta noche, estamos comprometidas para una cena en la casa de Lady Danforth; ella tiene *dos* hijos en edad de casarse, el vizconde y su hermano menor, ambos muy apuestos, según tengo entendido...

Diana se recostó contra los cojines y dejó vagar su mente, permitiendo que la cháchara de su madre se convirtiera en sonidos vagos y sin sentido en el fondo de la escena que conjuraba en su imaginación. Siempre había sido más feliz en su propia compañía que en la de cualquier otra persona, salvo quizás Clarissa, porque siempre podía retirarse a un lugar más feliz dentro de su propia mente.

La escena que imaginaba ahora era un paseo tranquilo por el bosque, con enormes robles y hayas elevándose a su alrededor en un bosque antiguo. La luz del sol se filtraba a través del dosel frondoso, salpicando con patrones brillantes y aleatorios el suelo del bosque. El canto de los pájaros llenaba el aire, elevando su espíritu. Una brisa ligera y cálida besaba sus mejillas, y ella respiraba lentamente.

Y tosió, abriendo los ojos de golpe. El aire de Londres distaba mucho del aire dulce y limpio del campo, incluso a finales de enero, cuando el frío evitaba que los peores olores persistieran en el aire. La gran cantidad de fuegos de carbón ardiendo daba al aire un olor acre y ahumado que le quemaba los pulmones.

—Hemos llegado —dijo Lavinia, mientras el carruaje se detenía una vez más—. Basta de soñar despierta, Diana.

—Sí, mamá —respondió obedientemente, aunque todo en ella anhelaba gritar al cochero que siguiera conduciendo, que la sacara de Londres, a algún lugar donde el aire fuera limpio y la hierba verde.

En su lugar, permitió que el lacayo la ayudara a bajar, alisó las faldas del odiado satén rosa, y levantó la barbilla, preparándose una vez más para enfrentarse a aquellos que se reirían de ella a sus espaldas.



Capítulo Tres

ALMACK'S SE SUPONÍA QUE ERA EL PUNTO CULMINANTE de la temporada de cualquier debutante, y considerando el esfuerzo que Marianne había invertido para asegurar que Diana y su madre recibieran invitaciones, Lavinia no iba a dejar pasar la oportunidad. Encargó un vestido nuevo y sumamente costoso para Diana, convenció a Arthur de que debía asistir para apoyar a su hija y se lanzó a los preparativos con entusiasmo.

Las cosas se habían calmado un poco en las dos semanas transcurridas desde el baile de Balford; la gente ya no se reía a escondidas cada vez que veían a Diana, e incluso ella empezaba a creer que Lavinia podría tener razón, que podrían superar la situación con descaro. Todo el mundo hablaba del triunfo de Marianne al asegurar a Lord Glenkellie, y cierta cantidad de gloria se reflejaba en Diana, facilitando ligeramente su camino.

Sin embargo, todo se vino abajo en los primeros diez minutos dentro de los sagrados salones de Almack's, cuando se encontró inesperadamente cara a cara con el Duque de Balford. Sobresaltada, se detuvo en seco. Varias de las réplicas que había escrito meticulosamente en su diario acudieron a su mente, y estaba mentalmente clasificando y seleccionando la más hiriente cuando él obviamente la reconoció y *se rio*.

La rabia la inundó, sus mejillas se pusieron escarlata y abrió la boca para decir no sabía qué, aunque probablemente habría sido excepcionalmente grosero y posiblemente destructor de su reputación. Sin embargo, nunca tuvo la oportunidad, porque él dio media vuelta y prácticamente huyó, sus largas zancadas lo alejaron a un ritmo que ella tendría que correr para intentar igualar.

Con lágrimas de frustración llenando sus ojos, Diana se dio la vuelta para huir ella misma, para encontrar algún lugar privado si podía, antes de que la presa se rompiera y todos la vieran llorar. Se chocó de frente con su padre, quien gruñó de dolor cuando ella se estrelló contra el cabestrillo que sujetaba su brazo entablillado y extendió su otra mano para estabilizarla.

—Diana, ¿qué estás haciendo, niña...? Espera, estás llorando. ¿Estás bien?

Ella lo miró con ojos vidriosos por las lágrimas y le dijo la única verdad que pudo encontrar en ese momento.

—Quiero irme a casa.

Para su mérito, Arthur no dudó ni un instante. Poniendo su brazo sano alrededor de los hombros de Diana, la condujo directamente hacia las puertas, deteniéndose solo brevemente para pedirle a un lacayo que buscara a Lady Creighton y la enviara directamente al vestíbulo.

—Nuestra hija se encuentra indispuesta. Si nuestro carruaje llega antes de que Lady Creighton nos alcance, llevaré a Diana a casa y enviaré el carruaje de vuelta por mi esposa.

Diana no estaba segura de cómo contuvo las lágrimas hasta que estuvieron a salvo en el carruaje, lejos de miradas indiscretas. Lavinia llegó justo cuando Arthur subía, exigiendo a gritos que se detuvieran de inmediato, ¡Diana ni siquiera había bailado con nadie todavía!

—Sube al maldito carruaje, Lavinia —ordenó Arthur—. Diana está agotada.

—¿Agotada? ¡Si acabamos de llegar!

—Estaba agotada hace una semana. ¿No puedes ver lo infeliz que está la muchacha? ¡Mírala! Está delgada y pálida; se está consumiendo ante nuestros ojos.

La inesperada defensa de su padre fue la gota que colmó el vaso para Diana. Estalló en ruidoso llanto, y Arthur inmediatamente la rodeó con su brazo sano, atrayendo su rostro contra su hombro.

—Sube, Lavinia —ordenó secamente, y Lavinia, sorprendida por las lágrimas de Diana, le obedeció mansamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Sir David Reed acababa de pedir que lo presentaran contigo, y es un caballero muy respetable con una hermosa finca en Buckinghamshire, según me han dicho. Tendrás que conocerlo en el baile de los Hallam el viernes...

—¡No más bailes! —gritó Diana desesperada.

—Diana, no puedes hablar en serio.

—Déjala en paz —dijo Arthur con aspereza—. ¿No ves que odia todo esto? Se crió esperando casarse con algún caballero discretamente respetable en Durham y vivir toda su vida sin siquiera ver Londres y lo que hace la *alta sociedad*. Deja a la chica en paz. No quiere ir a otro maldito baile.

—¿Es por ese tonto apodo? Porque ya nadie habla de eso. En una o dos semanas más, todo estará olvidado.

—No se olvidará mientras el Duque de Balford se ría cada vez que me vea —sollozó Diana—. No puedo hacer esto, mamá. Lo siento, pero simplemente no puedo. Quiero irme a casa.

—Londres no te sienta mejor que a mí —murmuró Arthur, abrazándola más fuerte—. Está bien, hija mía. Asistiremos a la boda de Marianne, para mostrar el apoyo familiar, y luego nos iremos de Londres. Yo también estoy deseando volver a casa.

Lavinia protestó vehementemente, pero su marido había tomado una decisión. Había tenido suficiente de Londres y la *alta sociedad*; lo máximo que concedería era que podrían regresar en septiembre u octubre para unas semanas de la Pequeña Temporada.

Diana no podría haber estado más aliviada. Su padre no estaba del todo en lo cierto sobre que ella odiara todo Londres; se había dejado llevar durante un tiempo por la fantasía deslumbrante de todo aquello, la belleza de los vestidos y el puro romanticismo de ser llevada por la pista de baile por un apuesto caballero con título, pero la realidad de un pequeño incidente que llevó a su completo ridículo había destruido todo su disfrute. Ya no podía ver a la multitud reunida como otra cosa que una bandada de cuervos, ávidos de darse un festín con el cadáver de cualquier desafortunado que fuera el próximo en caer en desgracia ante los chismosos.

Al regresar a Creighton Hall, incluso en pleno invierno cruelmente frío, Diana sintió como si se le hubiera quitado un gran peso de encima. La mansión había sido su hogar durante apenas un año, y sin embargo sintió un inmenso alivio al cruzar el umbral y que el mayordomo tomara su abrigo con un tranquilo murmullo de "Bienvenida a casa, Lady Diana".

Exhaló, sintiendo que el dolor tenso que le había atenazado el estómago durante semanas finalmente la abandonaba, y sonrió en respuesta.

—Es bueno estar en casa.

—Amén a eso —murmuró su padre, pasando junto a ella y dirigiéndose a su estudio—. Si nunca tengo que volver a Londres, será demasiado pronto —le dio a Diana un gesto de asentimiento y un guiño, y ella le devolvió la sonrisa.

—¡Sois un par de aguafiestas, y no puedo imaginar cómo esperáis que encuentre un marido para Clarissa la próxima temporada con Diana aún soltera! —la voz de Lavinia se elevó en tono agudo.

—Tal vez podrías dejar que ella encuentre su propio marido. Si es que quiere uno siquiera —Arthur asintió a sus hijas antes de cerrar firmemente la puerta del estudio en la cara de su furiosa esposa.

—Papá es un aliado inesperado, aunque muy bienvenido —murmuró Clarissa a Diana mientras las hermanas subían las escaleras, haciendo lo posible por escapar antes de que Lavinia notara su

apresurada partida—. Habiendo visto lo que te sucedió, creo que Londres es el último lugar al que debería ir a exhibirme. No tengo nada de tu tacto y encanto; diría algo lamentable en los primeros cinco minutos a precisamente la persona equivocada y la reputación de la familia quedaría sellada.

Diana no discrepó. Clarissa era intrépida, algo que Diana a menudo envidiaba, pero rara vez pensaba antes de hablar y era honesta hasta la falta. Contener su tendencia al comentario mordaz probablemente estaría más allá de sus posibilidades, especialmente dada su ira generalizada por cómo el *Ton* había tratado a su querida hermana.

—Tendremos que conformarnos con matrimonios con tranquilos hidalgos rurales, si es que alguno nos acepta —dijo Diana, entrelazando su brazo con el de Clarissa.

Clarissa hizo una mueca. —Lo odiarías casi tanto como yo —dijo—. Te aburrirías en un mes. Es una lástima que Balford fuera tan infame, porque serías una duquesa perfecta.

Diana tuvo que reír. —Me estás viendo a través de los lentes color de rosa de una hermana amorosa, querida.

—Ya verás —dijo Clarissa, determinadamente optimista—. Debe haber muchos jóvenes por aquí que amarían la oportunidad de cortejarte; sé que mamá postergó el recibir mucha compañía hasta que fueras presentada oficialmente en Londres, pero eso seguramente cambiará ahora.

Ahora que sus esperanzas para mí se han desvanecido y debe de alguna manera casarme antes de la próxima temporada, pensó Diana sombríamente. Tenía pocas esperanzas de que un pretendiente decente apareciera milagrosamente en Creighton Hall y cayera a sus pies. No estaban en Durham, con una población razonable de personas de todas las clases sociales. Creighton estaba situado en medio de un país salvaje y remoto, nada más que pequeñas aldeas en cinco millas a la redonda de la mansión. Incluso si algún comerciante o granjero se le metiera en la cabeza intentar cortejar a Diana, Lavinia nunca los dejaría cruzar el umbral. Y en Durham, la ciudad más cercana, ya conocía a todos... y sabía que no había ningún hombre allí con quien quisiera casarse.

Tal vez Diana debería haber intentado convencer a Lavinia de tomar el consejo bien intencionado de Lady Treeve. Bath estaba muy lejos, pero había ciudades termales en el norte de Inglaterra. Buxton, Harrogate, Scarborough; todas eran imanes para pequeñas reuniones de la clase alta.

Quizás en primavera, pensó Diana. Lavinia estaría enloqueciendo de frustración mucho antes de eso. Podría estar abierta a la sugerencia de visitar una de las ciudades termales por una semana o

dos, y Diana podría tener la oportunidad de conocer a algunos nuevos caballeros que no habrían oído hablar de la Flor Desmayada.



Como resultaron las cosas, Diana no tuvo que poner su plan en acción. Unas semanas después de llegar a casa, su padre la llamó a su estudio una mañana.

—¿Me mandaste llamar, papá? —Diana se detuvo justo dentro de la puerta.

Arthur levantó la vista del montón de papeles en su escritorio, con el ceño fruncido. Su expresión se aclaró cuando la vio, sin embargo, y se puso de pie y le hizo un gesto para que se acercara, señalando una silla colocada cerca del escritorio.

—He recibido una carta de Lady Glenkellie —dijo Arthur, cuando Diana se hubo sentado—. He estado escribiéndole. Yo... le debía algo así como una deuda. —Aunque su brazo se había curado, y las tablillas y el cabestrillo hacía tiempo que se habían quitado, se acunó la muñeca por un momento, torciendo los labios de dolor—. Ella y Glenkellie han sido lo suficientemente amables como para perdonar mis errores, y tu tía estaba bastante angustiada por las circunstancias que nos hicieron dejar Londres mucho antes de lo previsto.

Por el desastroso debut de Diana, supuso ella, y se estremeció. La bondadosa Marianne no necesitaba preocuparse por su sobrina, en los primeros días de su nuevo matrimonio. —¿Le aseguraste que no estoy deprimida en absoluto? —preguntó esperanzada.

—Le dije la verdad, que es que estás poniendo buena cara a las cosas, y ella tiene una sugerencia, de hecho una oferta muy generosa, para ti y Clarissa. No dejaría ir a Clarissa sin ti, debo señalar, por lo que te estoy hablando a ti sola. Si declinas, ese rechazo será para ambas.

—No entiendo, papá; ¿a qué oferta te refieres?

—Glenkellie y Marianne planean tomar una luna de miel en Italia, donde la madre de Glenkellie está visitando a su hermana, que está casada con algún noble de —Arthur hizo una pausa para consultar la carta en su escritorio—, Florencia. Marianne solicita que tú y Clarissa las acompañen en el viaje. Viajarán desde las propiedades de Glenkellie en Escocia para visitar a Lord y Lady Havers en Herefordshire en mayo, antes de embarcarse en un navío privado fletado en Bristol, navegando directamente a Florencia.

Diana lo miró con absoluta perplejidad, sin comprender hasta que Arthur le entregó la carta.

—Aquí. Léela tú misma.

La escritura era claramente de Marianne, una caligrafía femenina y ondulada. Diana leyó las palabras varias veces antes de que realmente se hundieran.

—Esperan estar fuera de Inglaterra al menos ocho meses —dijo.

—En efecto. Clarissa no tendría su presentación en Londres el próximo otoño, lo que sin duda angustiará a tu madre, pero considerando todo, podría ser lo mejor. Si decides ir con tu tía, le permitiré a Clarissa la opción de ir contigo o dejar que tu madre la lleve a Londres.

Diana no tenía ninguna duda sobre qué elección haría Clarissa. Un viaje a Italia era una aventura más allá de sus sueños más salvajes; Clarissa nunca podría resistirse a una oportunidad tan singular. Y aunque hasta ese momento Diana nunca había imaginado siquiera que se le ofreciera la oportunidad de viajar tan lejos, de repente no había nada que deseara más.

—Quiero ir —dijo.

—Eso pensé. —La sonrisa de Arthur era irónica—. ¿Te gustaría llamar a tu hermana, para que puedan discutir el asunto juntas? Yo me encargaré de la tarea de decírselo a tu madre.

Diana no envidiaba a su padre esa conversación. Impulsivamente, se puso de pie, se inclinó y le rodeó el cuello con los brazos, besándole la mejilla. —Gracias —dijo.

—No me lo agradezcas —dijo Arthur con brusquedad—. Todo fue idea de tu tía.

—Y tu decisión de dejarnos ir.

—Bueno, bueno. —Arthur pareció vagamente avergonzado—. Le hice mucho daño a Marianne. Su juicio es mucho mejor que el mío, parece, así que confío en ella y en Glenkellie para vuestro bienestar. Considerando todo, creo que es lo mejor; una oportunidad para que vosotras, chicas, veáis algo del mundo. —Un brillo apareció en su ojo—. Y si por casualidad encontraras un marido en tus viajes, tu madre lo perdonará todo.

—No puedo prometerte eso, papá —dijo Diana alegremente—, pero sí puedo prometer que no descartaré de plano a ningún caballero elegible.

—Con eso, tu madre tendrá que contentarse. Ve ya; puedo ver que estás ansiosa por contárselo todo a Clarry. Sí, puedes llevarte la carta contigo. Si quieres escribir una respuesta para incluirla con mi carta de vuelta a tu tía, por favor, dámela antes de que te retires esta noche. Me gustaría enviar mi respuesta por la mañana.

La puerta se abrió justo cuando Diana llegaba a ella, revelando a su madre de pie allí: Lavinia frunció el ceño. —¿Qué haces aquí? Se supone que deberías estar practicando el piano a esta hora...

—Yo mandé por ella, Lavinia; pasa, por favor —dijo Arthur antes de que Diana pudiera hablar—. Ve ya, Diana. Tal vez deberías estar practicando tu italiano. —Cerró un ojo en un guiño antes

de instarla a salir, rescatándola del enojo de Lavinia. Riendo y abrazándose a sí misma, Diana se apresuró a buscar a su hermana, desesperada por compartir la increíble buena fortuna que estaba a punto de acontecerles por cortesía de su amorosa tía.



Capítulo Cuatro

LA SAL DEL MAR ESCOCÍA LAS MEJILLAS DE Diana, levantada por la brisa que se intensificaba, pero no se movió de su posición en la proa del barco hasta que oyó que la llamaban. Al girarse al oír el sonido, vio a su hermana haciéndole señas desde el alcázar, con la puerta que conducía a los camarotes que su grupo había ocupado durante el viaje abierta detrás de ella.

Diana suspiró y echó un último vistazo a la costa que pasaba por el lado izquierdo del barco; habían estado navegando a la vista de la costa italiana durante los últimos dos días, desde que atracaron en Florencia para descubrir que la madre y la tía de Alex habían decidido ir a Venecia, para visitar al primo de Alex que estaba casado con un noble veneciano. Alex tomó la decisión repentina de seguirlos, antes de dejar que el balandro que había fletado para llevarlos a Italia continuara su camino. Habían hecho buen tiempo desde Inglaterra y el capitán no estaba descontento de tener clientes de pago hasta Venecia, de todos modos.

Mientras se dirigía a reunirse con Clarissa, Diana no tuvo problemas para mantener el equilibrio mientras el barco se balanceaba lentamente con las olas. Habían sufrido una desagradable travesía del Canal y un espantoso paso por el Golfo de Vizcaya, con incluso Alexander, que había cruzado el Canal varias veces durante su época de soldado, sucumbiendo al *mal de mer*. Sin embargo, mientras navegaban a lo largo de la costa de Portugal, el tiempo mejoró y Diana comenzó a encontrar sus piernas marineras. Tan pronto como entraron en el Mediterráneo y pasaron el vigilante fuerte de Gibraltar, el mar se calmó, volviéndose cristalino y reflectante como un estanque, y descubrió que estaba disfrutando bastante del viaje.

—Vi los delfines otra vez —dijo Diana cuando llegó junto a Clarissa—. Les gusta cabalgar la ola de proa del barco.

—Oh, me los perdí. —Clarissa hizo un pequeño puchero—. La tía Marianne me envió a buscarte, me temo. El capitán dice que entraremos en la laguna en breve y estaremos en el muelle en una hora, así que necesitas terminar de empacar tus cosas.

Le quedaba poco por hacer; el camarote que compartía con Clarissa era lo suficientemente pequeño como para que tuvieran que ser ordenadas, sacando de sus baúles solo las cosas que necesitaban cada día. Aun así, Diana siguió a su hermana al interior.

El barco, efectivamente, atracó en una hora, pero pasaron otras tres antes de que su grupo pudiera desembarcar. Los funcionarios de aduanas locales subieron a bordo para examinar los papeles que Alex presentó; afortunadamente, tenía una carta de algún alto funcionario del gobierno británico que pareció satisfacerlos, y aunque le dieron algunas instrucciones estrictas sobre a quién ver en los próximos días para que aprobaran su estancia, también les dieron permiso para abandonar el barco.

Alex se fue directamente a averiguar cómo llegar a la dirección que su tía había dejado; Marianne, Diana y Clarissa permanecieron en el barco, apoyadas en la barandilla y observando con fascinación lo que sucedía en la laguna. Las góndolas eran como nada que Diana hubiera visto antes, largas y esbeltas con su alta proa y popa, hombres con jerseys a rayas usando largos palos para mover las embarcaciones de un lado a otro.

Cuando Alex regresó, fue con la noticia de que tomarían una góndola hasta su destino, con una segunda siguiéndoles con su equipaje. Emocionadas ante la oportunidad de montar en una de esas exóticas embarcaciones, Diana y Clarissa se apresuraron a bajar al muelle y se empujaron con impaciencia, Clarissa casi cayendo a la laguna cuando saltó hacia adelante en un esfuerzo por ser la primera en subir a bordo.

—Tranquilícense, niñas. —Marianne obviamente estaba luchando por contener la risa—. Yo también estoy ansiosa por llegar al final de nuestro viaje, pero les aseguro que no tengo ningún deseo de tomar un baño de mar en el camino.

Un poco avergonzada por el casi accidente, Clarissa se sentó serenamente en el estrecho banco, sonriendo tímidamente a Diana y ofreciéndole su mano para ayudarla a mantener el equilibrio.

—Lo siento —dijo.

—No ha pasado nada. —Diana entendía perfectamente; la emoción de haber llegado finalmente al final de su viaje era demasiada para contener. Miró ávidamente a su alrededor mientras Marianne y Alex se acomodaban en el otro banco y el gondolero se alejaba del muelle.

—¿Qué tan lejos está el lugar al que vamos? —preguntó Diana a Alex.

—Me dijo que no muy lejos. —Alex asintió hacia el gondolero—. Lo cual, en términos italianos, podría ser diez minutos o dos horas. —Sonrió, la larga y lívida cicatriz en un lado de su cara torciendo su sonrisa—. Les recomiendo que simplemente disfruten el viaje.

Hacía calor, el sol de verano golpeaba sobre ellos. Diana agradeció el ala ancha de su sombrero y deseó tener un vestido más ligero; aunque el que llevaba era solo de algodón fino, ya se le pegaba en el aire húmedo. Miró a su alrededor mientras la góndola se deslizaba suavemente por el agua de la laguna, dirigiéndose hacia la amplia boca de un canal.

El gondolero dijo algo en italiano rápido, y Diana escuchó atentamente, deseando haber tenido más oportunidad de escuchar el idioma hablado por nativos italianos antes. Hablaban más rápido de lo que habría esperado; pensó que conocía las palabras, pero el hombre parecía unir las todas.

—Creo que dijo que ese es el Gran Canal —dijo, y Clarissa asintió en acuerdo.

—¿Y luego algo sobre San Marcos?

—La Piazza San Marco —dijo Alex.

—¡Oh, leí sobre eso en la guía! —Diana había leído el pequeño libro que encontró en la biblioteca de Creighton Hall al menos una docena de veces, y aunque tenía cincuenta años de antigüedad, supuso que los principales puntos de referencia no habrían cambiado significativamente—. Ahí es donde está el Palacio Ducal.

—¿Lo visitaremos? —preguntó Clarissa ansiosamente—. ¿El Dogo aún vive allí?

—El último Dogo fue destituido por Napoleón —le informó Alex—. El administrador austriaco de la ciudad vive allí ahora, pero ciertamente buscaremos permiso para visitarlo y ver cualquier sala que pueda estar abierta al público.

El gondolero dijo algo en italiano aún más rápido y luego se rió. Alex frunció el ceño y le disparó una pregunta en respuesta.

—No hace falta visitar el Palacio Ducal —dijo el gondolero en italiano más pausado, lo suficientemente lento para que Diana pudiera seguir sus palabras—. El Palazzo Franchetti es solo un poco más pequeño, y aún más magnífico por dentro.

Diana y Clarissa se miraron en silenciosa especulación antes de volver sus miradas hacia Alex. Él se encogió de hombros, levantando las palmas de las manos.

—No tengo la menor idea. Mi prima Marietta es quince años mayor que yo; se casó con el Duca di Franchetti y se mudó a Venecia cuando yo era solo un niño. Creo que tiene un hijo que ahora tendría unos veinte años y ha heredado el título desde el fallecimiento de su padre. La nota de mi tía decía que el joven duque se va a casar, por eso mi tía y mi madre decidieron hacer el viaje a Venecia.

Estaban pasando bajo un puente ahora, el gondolero hizo una pausa en su paleo para señalar hacia adelante.

—Palazzo Franchetti —dijo, y Diana se giró en el banco para mirar.

—Oh, Dios mío —suspiró, y escuchó a Clarissa hacer eco del sentimiento a su lado. El palazzo probablemente no era mucho más grande que Creighton Hall, pero era infinitamente más ornamentado. Con cinco pisos de altura y surgiendo directamente del canal, parecía ocupar toda una manzana de la ciudad, tal como eran en Venecia, con las calles reemplazadas por canales.

Había una especie de embarcadero en la parte delantera, frente a unas imponentes puertas, y el gondolero los acercó. Se rió mientras Alex le entregaba algunas monedas, asintiendo alegremente. Los sirvientes salieron apresuradamente del palazzo y extendieron las manos para ayudarles a salir de la barca; Diana aceptó la mano estabilizadora de un lacayo y subió al embarcadero, mirando a su alrededor con fascinación. Los sirvientes, todos hombres, vestían una librea brillante de color naranja y azul turquesa, con pantalones largos en lugar de calzones hasta la rodilla y zapatos negros planos abiertos en el talón.

—¿Marchese di Glenkellie? —preguntó uno de los lacayos a Alex, quien asintió.

—È la marchesa —indicó a Marianne—, e Lady Diana Creighton, Lady Clarissa Creighton.

Una ola de reverencias siguió al anuncio, aún más profundas de lo que Diana estaba acostumbrada a ver en los sirvientes ingleses, y fueron escoltados al interior, a través de un amplio pasillo con columnas a ambos lados, y hacia una sala de recepción elegantemente amueblada. Diana miró alrededor, tratando de asimilarlo todo; aunque algunas cosas eran familiares, otras eran sutilmente diferentes, sutilmente *ajenas* a los ojos ingleses. Tomó asiento en un sofá con elaboradas patas doradas en forma de espiral, tapizado en rico terciopelo verde oscuro con decoraciones de hilo dorado. Clarissa se sentó a su lado, con los ojos tan abiertos como Diana estaba segura de que estaban los suyos.

Una mujer entró apresuradamente, pequeña y delgada pero excepcionalmente bien vestida con un vestido de seda esmeralda brillante. Su cabello era blanco plateado, sus ojos de un azul brillante en un rostro que no parecía lo suficientemente viejo para coincidir con ese cabello. Diana se preguntó si esta era la tía de Alex; ya había conocido brevemente a su madre durante sus desafortunadas semanas en Londres.

Alex se levantó con una sonrisa educada e hizo una reverencia, pero no había reconocimiento en su rostro. Ofreció un saludo cortés en italiano, y la mujer se rió.

—No hace falta que se esfuerce —dijo en un inglés que no solo era fluido, sino nativo. Era una inglesa, sin duda—. Es un placer conocerlo, Lord Glenkellie; su tía Elizabeth se ha convertido en

una amiga cercana mía y estuve encantada de conocer a su madre también.

Alex asintió.

—¡Pero dónde están mis modales! Soy Elspeth Franchetti, la duquesa viuda... bueno, la duquesa viuda mayor. Su prima Marietta estaba casada con mi hijo.

—Su Gracia. —Alex hizo otra reverencia—. Por favor, permítame presentarle a mi esposa, Lady Glenkellie, y a sus sobrinas Lady Diana y Lady Clarissa Creighton.

—Estoy encantada de tenerlos a todos aquí en el Palazzo Franchetti, y espero que acepten mi bienvenida en nombre de mi nieto el duque. —Ofreció cálidas sonrisas a todos—. Todos están fuera en este momento visitando amigos, pero volverán todos para la cena y espero que se unan a nosotros para cenar *en famille*.

—Sería un honor, Su Gracia —dijo Marianne.

La duquesa viuda agitó una mano delgada, un enorme diamante en su dedo brillando en la luz.

—Ahora tenemos tres duquesas Franchetti en esta casa, y hemos decidido que todas estamos hartas de la confusión que esto genera. Por favor, llámenme Lady Elspeth, y yo la llamaré Lady Marianne, si me lo permite. Ya que *también* tenemos dos Lady Glenkellie.

Marianne se rió y estuvo de acuerdo, y Lady Elspeth llamó a varios lacayos.

—Hemos estado manteniendo habitaciones listas para ustedes, ya que su madre estaba bastante segura de que vendrían a unirse a nosotros, Glenkellie. Sus baúles ya han sido llevados arriba. ¿Estoy en lo correcto al decir que solo trajeron a los dos sirvientes con ustedes?

—Así es, mi doncella Jean y el ayuda de cámara Simons —confirmó Marianne—. Planeábamos contratar algunos sirvientes locales...

Lady Elspeth descartó su sugerencia con un gesto.

—Tenemos una casa llena aquí, varios de los cuales hablan un excelente inglés. Pondré un lacayo a disposición de su familia, una chica para ayudar a su doncella, y una doncella para cada una de sus sobrinas.

Marianne trató de desestimar la necesidad, pero Lady Elspeth no aceptó un no por respuesta. Dio órdenes rápidamente en italiano y los lacayos se adelantaron, haciendo reverencias profundas.

Fueron escoltados a una suite de habitaciones bastante magnífica en el tercer piso, una docena de cámaras interconectadas dispuestas alrededor de una sala central tan grande como cualquier cosa que Diana hubiera visto en las casas de la élite en Londres, y aún más ricamente decorada. Ella y Clarissa tenían cada una un dormitorio, con una puerta de conexión entre ellos, algo que Diana apreció ya que estaba bastante segura de que se escabullirían a las habitaciones de la otra para charlas nocturnas.

Dos doncellas ya estaban en la cámara de Diana, desempacando sus vestidos y sacudiéndolos. Ambas hicieron una reverencia profunda cuando Diana entró, y una se adelantó.

—Buenas tardes, mi señora —dijo en un inglés muy bueno, aunque con un fuerte acento—. Soy Gianna y la serviré durante su estancia en el Palazzo Franchetti. Esta es Piera, que se encargará de su lavandería. Ella no tiene un buen inglés como yo.

—Tu inglés es realmente excelente —concordó Diana, y luego cambió al italiano para agregar —: ¿y quizás a Piera no le importe si practico mi muy mal italiano con ella?

Piera soltó una risita, con la mano sobre la boca, y Gianna sonrió.

—Si desea hablar mejor italiano, será un honor para nosotras ayudarla a practicar, mi señora —dijo, diplomáticamente sin comentar sobre el nivel actual de habilidad de Diana—. ¿Puedo tomar su sombrero?

Diana se alegró de quitarse el sombrero y los guantes; la humedad y el calor la estaban haciendo sentir desagradablemente pegajosa. Gianna envió a Piera a decirle a los lacayos que trajeran agua, y le mostró a Diana la gran bañera de cobre oculta detrás de un biombo en un lado de la habitación.

Un baño sonaba celestial, aunque esperaba que no estuviera demasiado caliente. Mientras los hombres traían jarras de agua para llenar la bañera, ella seleccionó el más limpio de sus vestidos de día y lo apartó para usarlo por la mañana, diciéndole a Piera en su entrecortado italiano que todos los demás deberían ser lavados.

—¿Qué hay de sus vestidos de noche, mi señora? —preguntó Gianna, mirando lo que quedaba una vez que Piera se había llevado el montón de ropa sucia.

Solo había traído tres, y no había usado ninguno de ellos a bordo del barco. El terciopelo verde pálido era el menos arrugado, pero también sería el más caluroso, un pensamiento poco apetecible. El odiado satén rosa excesivamente adornado que Lavinia la había obligado a empacar era igualmente poco atractivo, lo que dejaba el más sencillo de los vestidos, una fina seda color verde azulado con un vestido de encaje plateado. —Si puedes quitar algunas de las arrugas, usaré ese esta noche.

Gianna insistió en que podría tener el vestido luciendo como nuevo antes de que Diana hubiera terminado su baño, y con eso, se hizo salir a los últimos lacayos y se cerró la puerta tras ellos. Cinco minutos después, Diana se deleitaba en agua perfumada con azahar, lo suficientemente tibia para ser relajante, con una copa de jugo de manzana prensado y un plato de pequeños y deliciosos pasteles dulces en una mesa a su lado.

Gianna hizo lo que Diana consideró casi magia con el vestido verde azulado y plateado, de alguna manera eliminando cada arruga que había adquirido en semanas de estar empacado en un baúl. Peinó suavemente el espeso cabello castaño de Diana y lo arregló en un peinado de trenzas que a los ojos de Diana parecía sutilmente extranjero cuando se miró en el espejo, pero extremadamente agradable. Poniéndose el vestido y metiendo los pies en sus zapatillas de noche favoritas, se sintió renovada y ansiosa por conocer al resto del clan Franchetti.

—Te ves encantadora —Clarissa asomó la cabeza por la puerta de conexión entre sus habitaciones.

—¡Tú también!

Clarissa sonrió e hizo crujir sus faldas. La seda color albaricoque pálido le sentaba muy bien, y era un estilo más adulto que cualquier cosa que hubiera usado en Inglaterra. En un sentido muy real, esta noche era la primera entrada de Clarissa en la sociedad adulta. Preguntándose si estaba nerviosa, Diana cruzó la habitación para tomar el brazo de su hermana.

—Ven, bajaremos juntas. Lady Elspeth dijo que esta noche solo estará la familia, y considerando que ella es la matriarca, sospecho que todos hablarán un excelente inglés. ¡No hay necesidad de forzar nuestras mentes con el italiano todavía!

—Lo cual es un alivio, porque ya me esfuerzo bastante cuando tengo que evitar decir algo inapropiado en inglés. ¡Agregar todo un idioma nuevo a la mezcla es seguramente una receta para el desastre! —Clarissa se rio, sin embargo—. Espero que todos simplemente decidan que soy una excéntrica inglesa.

—Todos quedarán encantados con tu belleza —dijo Diana lealmente—. Y quién sabe, tal vez conozcas a algún apuesto noble italiano y te barrerá de tus pies.

Clarissa se burló. —Aún no estoy lista para eso. Primero quiero tener algunas aventuras. Si conozco a algún hombre apuesto que busque una dama para barrer de sus pies, los empujaré en tu dirección.

Las dos hermanas bajaron las escaleras del brazo, dirigidas por un lacayo que las condujo a un par de puertas dobles que se abrían a un salón muy elegante, todo de mármol blanco y oro y muebles blancos.

Los rostros se volvieron hacia ellas cuando entraron, la sonrisa de Lady Elspeth era una vista bienvenida en una habitación más llena de extraños de lo que Diana había esperado. Había al menos treinta personas en el salón. Vio otro rostro familiar en Lady Glenkellie, y luego, recorriendo la sala con la mirada buscando esperanzada a alguien más que conociera, se detuvo en seco al ver a un hombre alto que se levantaba de su asiento.

—¡Usted! —exclamó horrorizada al encontrarse, una vez más, cara a cara con su némesis.

—*Usted* —repitió el Duque de Balford, su tono y expresión dejando muy claro que no estaba más complacido de verla de lo que ella estaba de verlo a él.



Capítulo Cinco

QUÉ ESTABA HACIENDO ÉL *aquí*? Aturdida por la conmoción, Diana se aferró al brazo de Clarissa. Alex y Marianne entraron al salón tras ellas, y de alguna manera se encontró siendo alejada del duque y presionada a sentarse, con una copa de jerez puesta en su mano.

—¿Es él? —susurró Clarissa en su oído—. ¿El mismísimo Duque Demonio?

Diana bebió el jerez mucho más rápido de lo prudente y asintió. Los labios de Clarissa se tensaron, y de repente, aterrorizada de que su hermana pudiera decir o hacer algo tremendamente inapropiado, Diana extendió la mano para agarrar su muñeca.

—Ni se te ocurra intentar enfrentarte a él, Clarry.

—Pero...

—¡No! —El duque la observaba desde el otro lado de la habitación, mirándola fijamente en realidad, mientras hablaba en voz baja con Alex—. Déjalo. Yo pelearé mis propias batallas. — Casi azotando la copa vacía sobre la mesita lateral, Diana se puso de pie—. Quédate aquí —siseó a Clarissa, antes de cruzar la habitación y hacer una profunda reverencia.

El duque se inclinó en respuesta, su expresión era una mezcla compleja de emociones que ella no pudo descifrar del todo.

—Qué sorpresa tan inesperada verlo aquí, Su Gracia —dijo Diana, haciendo su mejor esfuerzo por mantener un tono ligero y despreocupado—. Está bien, tío —se dirigió a Alex—. Balford y yo ya nos conocemos.

—Eso entiendo —dijo Alex secamente, mirando de uno a otro—. Si me disculpan. Necesito saludar a mi tía y a mis primos. Volveré en un momento para llevarte a las presentaciones, Diana.

Era un claro aviso de que sería rescatada rápidamente, así que se sintió completamente segura al volverse hacia Balford y sisear —¿Qué está *haciendo* usted aquí? —tan pronto como Alex se

alejó lo suficiente para no oírla.

—Vaya —respondió Balford—, se ha puesto bastante pálida. ¿No irá a desmayarse de nuevo, verdad?

Y así, sin más, la ira volvió a inundarla, sus mejillas pasaron del blanco al escarlata casi instantáneamente.

—No, no voy a desmayarme. Lo cual es bueno, ya que sus habilidades aparentemente no incluyen atrapar a las jóvenes damas cuando lo hacen.

Él tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado.

—Ese fue... no mi mejor momento. Le debo una disculpa.

Sorprendida por sus palabras, Diana hizo una pausa por un momento, con los labios entreabiertos mientras consideraba qué decir a continuación. Él la miró desde sus profundos ojos azules y la sorprendió de nuevo al decir:

—Creo que empezamos con el pie izquierdo, Lady Diana. Quizás podríamos comenzar de nuevo. William Penhaligon, a su servicio. —Su reverencia fue un poco más profunda y extravagante de lo técnicamente correcto para su estatus, y ella reconoció un sentido del humor que nunca esperó encontrar en él.

—Su Gracia —reconoció, y por el rabillo del ojo vio a Clarissa acercándose. Con una mueca, se volvió hacia su hermana, fulminándola con la mirada, pero Clarissa era inmune a las miradas sucias de su hermana.

—¿Así que este es tu duque demoníaco? —dijo Clarissa alegremente, y Diana consideró seriamente empujar a su hermana a un canal. Balford, sin embargo, estalló en carcajadas, sus ojos azules brillando con lo que parecía ser auténtica alegría.

—¿Su hermana? —le preguntó a Diana entre risas.

—Lady Clarissa Creighton —dijo Diana de mala gana—, el Duque de Balford.

Clarissa hizo una reverencia, pero lo hizo con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos, su expresión mostraba que no estaba en absoluto impresionada por su estatus. Por su parte, el duque parecía muy entretenido por su reacción; Diana supuso que podría ser bastante refrescante para alguien que probablemente estaba acostumbrado a que todas las jóvenes damas que conocía lo adularan.

—Encantado, Lady Clarissa —dijo Balford.

—Veo que ya han conocido a mi sobrino —dijo Lady Elspeth detrás de ellos, y Diana se volvió para hacer una respetuosa reverencia a la duquesa viuda.

—Conocí a Su Gracia en Londres hace unos meses, mi señora, pero no tenía idea de que estuviera emparentado con usted. ¿Su sobrino?

—Técnicamente, sobrino-nieto político —intervino Balford, torciendo los labios de esa manera ligeramente sardónica que tenía—. Lady Elspeth es la tía de mi madrastra.

—Julianne es la única madre que recuerdas, duende ingrato, y siempre fue mi sobrina favorita.

—Lady Elspeth lo empujó suavemente, con una sonrisa cariñosa en los labios—. Eres parte de esta familia incluso sin un lazo de sangre que nos una.

—Igual que la tía Marianne y yo —dijo Diana impulsivamente—. Ella no es realmente mi tía, solo estuvo casada con mi tío abuelo por un tiempo, pero... aunque se ha vuelto a casar ahora, la seguimos conservando.

—Estoy firmemente convencida de que nunca se pueden tener demasiados miembros en la familia. —Lady Elspeth miró alrededor de la habitación, sonriendo—. Como pueden ver, me gusta reunirlos a todos también. Deben venir a conocer a todos. ¿William? —Miró al duque—. Llevarás a Lady Diana a la cena.

Él pareció sorprendido, pero inclinó la cabeza en aceptación de la orden de la pequeña pero enérgica duquesa viuda.

—Como desee, tía Elspeth.

Diana esperaba plenamente que él pusiera una excusa, que permitiera que una de las encantadoras primas italianas monopolizara su atención, pero cuando el mayordomo entró para anunciar la cena, Balford vino de inmediato a su lado y le ofreció su brazo.

—Está bien, ¿sabe? —intentó excusarse—. No me importará si no desea sentarse conmigo.

—Lady Diana. —Su voz era baja y cálida, y ella levantó la mirada instintivamente para encontrarse con sus ojos—. Pensé que había accedido a que empezáramos de nuevo, como si fuéramos extraños conociéndonos por primera vez.

—No sé si puedo —admitió honestamente.

Ahora estaban en el comedor, Balford retirando una silla para que ella se sentara antes de tomar la suya a su lado. Mantuvo su atención en ella todo el tiempo, su expresión endureciéndose mientras ella hablaba.

—Entiendo. No tienes razón para confiar en mí ni siquiera respetarme.

Sorprendida por su comprensión, lo miró fijamente mientras él asentía al lacayo que esperaba para llenar su copa de vino. Parecía mucho menos arrogante, más humano y accesible. Quizás no pudiera olvidar, no cuando él era la razón por la que ella estaba aquí ahora en lugar de bailar en

algún evento de la *alta sociedad* en Londres, pero al menos podía intentar conocer a la persona que realmente era.

—Así que, sé por qué estoy aquí —hizo una tentativa de acercamiento—, pero ¿qué te trae a Venecia?

Balford le lanzó una mirada de reojo, sonrió un poco torcidamente. —Indirectamente... tú lo hiciste.

—¡Yo! —Sus ojos se abrieron de par en par.

—No tú específicamente, me apresuro a aclarar. Lamento decir que fuiste un peón en el juego de mi madrastra; está bastante decidida a casarme lo más rápido posible, y ha pasado los últimos meses empujando a jóvenes elegibles bajo mi nariz.

Diana pensó que eso no sonaba tan terrible. Como hombre, él tenía muchas más libertades para alejarse que las jóvenes en cuestión. Su expresión cínica debió haberle advertido que tenía poca simpatía por su posición, porque se apresuró a explicarse más.

—Por favor, no me malinterpretes; amo a mi madrastra. Lady Elspeth tenía razón en que Julianne es la única madre que recuerdo. Se casó con mi padre cuando yo tenía seis años y nunca me ha tratado con otra cosa que no sea el cariño de una madre. Acepto que quiere que yo sea feliz y está tratando de ayudar, pero... —Bajó la mirada, jugueteó con un tenedor—. Mi padre murió hace poco más de un año.

—Lamento tu pérdida —dijo Diana en voz baja, un poco sorprendida de que él le estuviera abriendo su alma de esa manera, pero quizás sentía que le debía una deuda, ofreciéndole sus propios secretos para demostrarle que era digno de su confianza.

—Una de mis medio hermanas hará su debut el próximo año. Julianne dice que cree que yo debería estar casado para entonces, y admito que la idea de casarme con una chica de la misma edad que Regina me llena de horror. Así que le dije a Julianne que intentaría elegir a alguien este año, y ella, bueno, se lanzó de lleno al proyecto. Ha sido un desfile continuo de jóvenes bonitas y bien educadas durante los últimos seis meses.

—Entonces, ¿por qué no elegiste a una? —preguntó Diana, sin poder contenerse. Como duque, habría tenido para elegir, y ella había conocido a algunas de las debutantes que eran celebradas como las Joyas de esa temporada. Hermosas, con título, ricas, inteligentes, talentosas; cualquiera de ellas habría sido una magnífica duquesa.

Balford tomó un trago de su vino antes de sacudir la cabeza. —Mira, todas eran encantadoras, tú incluida. Pero ¿cómo puedes llegar a conocer a alguien en medio de una pista de baile, con todos los ojos puestos en ti, especulando si *esta* chica será la elegida? Cuando ella está en su mejor

comportamiento y desesperada por impresionar, asustada de dar un paso en falso por temor a convertirse de repente en una paria.

Diana hizo una mueca cuando el comentario tocó una fibra sensible.

—¿Cómo puedo respetar a una joven que finge desmayarse, solo para que yo la atrape?

—¡Yo no *finjí* desmayarme! —Indignada, Diana se irguió de golpe.

—Tú no, no —estuvo de acuerdo, y ella se dio cuenta de que no estaba hablando de ella en absoluto.

—¿Exactamente cuántas jóvenes se han desmayado sobre ti? —preguntó, de repente preguntándose. ¿Una dama realmente llegaría a tales extremos?

Los ojos de Balford parecían demasiado viejos para su rostro juvenil cuando le respondió. —Tú fuiste la décima.

Diana se quedó boquiabierta.

—En tu defensa, creo que fuiste la única que realmente se desmayó. Eras la segunda de esa *noche*, sin embargo.

—Con razón no me atrapaste.

Él tuvo la gracia de parecer avergonzado. —Debería haberlo hecho. Julianne estaba furiosa conmigo después; aparentemente estuviste inconsciente durante casi media hora. Por otro lado... se corrió la voz de que no es una táctica que funcionará conmigo. Nadie se ha desmayado sobre mí desde entonces.

—Me alegro tanto de haberte proporcionado un servicio tan valioso —dijo Diana ácidamente.

—Así que te debo una disculpa y mi agradecimiento. Parece que estoy en gran deuda contigo.

Ella estaba empezando a gustarle, aunque a regañadientes. —Podemos discutir los términos de pago en una fecha posterior —dijo mientras los lacayos retiraban los platos de sopa y servían el siguiente plato—. ¿Qué es esto? —Inclinando la cabeza hacia un lado, examinó la gruesa cuña verde en su plato, coronada con un pequeño rollo de jamón en lonchas y una cereza en conserva.

—Melón. Muy ligero y refrescante. —Usó un cuchillo afilado para cortar la carne de la fruta separándola de la corteza, luego la cortó en trozos más pequeños, antes de alcanzar para intercambiar su plato con el de ella—. Aquí. Prueba un trozo.

Ella pinchó un pequeño trozo con su tenedor y lo probó, encontrando la fruta menos ácida de lo que esperaba, fresca y bastante acuosa. Le recordaba vagamente a una pera. Probó otro trozo.

—¿Bueno? —preguntó Balford, cortando el otro trozo de melón.

—Bastante agradable —concedió Diana—. Aún no explicaste por qué estás en Venecia.

—Eres directa, ¿verdad? —Sonrió de lado—. Bueno, aguanté en Londres hasta mayo, aunque estaba completamente harto del torbellino social. Retirarme a Balford Priory durante los meses de verano era la escapada en el horizonte, pero cuando llegó el momento, descubrí lo equivocado que estaba. Julianne había decidido organizar una fiesta en la casa que duraría meses con un desfile continuo de jóvenes elegibles. Si sentía que era demasiado difícil conocerlas en Londres, ella las traería a mi casa, me daría más tiempo.

—¿No ayudó?

—Empeoró todo. El Priorato es mi santuario. Cada uno de ellos se sentía como un invasor —Se estremeció—. Tal vez me lo estaba imaginando, pero todo lo que podía ver en cada uno de ellos era avaricia. No pude soportarlo más. Cuando llegó la carta diciéndonos que Andrea se había casado —asintió hacia el otro extremo de la mesa, donde el joven duque presidía, con su aún más joven duquesa a su lado—, aproveché la excusa para venir de visita y ofrecer mis felicitaciones en persona. Los Franchetti son la familia de Julianne, pero siempre me han acogido como uno de los suyos. Me avergüenza admitirlo, pero me escabullí del Priorato en plena noche y solo le envié una carta a mi madrastra cuando estaba a punto de embarcar.

—Una valiente escapada —comentó Diana.

—Yo lo llamaría una cobarde huida a medianoche. Escapando de la aterradora perspectiva de verme obligado a pasar horas en compañía de jóvenes hermosas y encantadoras desesperadas por agradarme —Su sonrisa era autocrítica.

—No creo que seas un cobarde —dijo Diana pensativa, reexaminando una vez más su evaluación del carácter de él—. No es cobarde sentir que no estás listo para ocupar el lugar de tu padre, especialmente porque hace tan poco tiempo que se fue. Tomar una esposa y ocuparse del asunto de tener un heredero... bueno, eso significaría que realmente se ha ido, ¿no es así?

Balford pareció bastante impactado, y Diana se dio cuenta de que se había excedido. Apresuradamente, balbuceó una disculpa, sonrojándose de vergüenza, pero él levantó una mano para detenerla.

—No, por favor. Acabas de expresar con palabras lo que he estado luchando por explicarle a mi madrastra durante meses, Lady Diana. Tienes toda la razón. No estoy listo para dejar ir a mi padre, no estoy listo para ocupar su lugar —Miró hacia el otro extremo de la mesa, donde estaban Andrea y Valentina—. Y aunque mi primo parece feliz con su matrimonio arreglado, no es para mí. Me casaré cuando esté listo, cuando encuentre a la mujer adecuada para ser la próxima duquesa de Balford.

No dijo nada sobre el amor, observó Diana, pero entonces, ella pensó que él estaba apuntando más bien a un respeto mutuo que a un afecto real en su matrimonio. El respeto parecía ser lo mejor que uno podía esperar en los matrimonios entre la *alta sociedad*, después de todo.

—Cuando estés listo —dijo ella—, espero que encuentres a la dama que sea todo lo que estás buscando.

Fueron interrumpidos por la dama al otro lado de Balford, que exigía ruidosamente su atención, pero él se tomó un momento para murmurar un agradecimiento por sus buenos deseos.

Diana se quedó sola con sus pensamientos, ya que el asiento a su otro lado estaba ocupado por la madre de Alex, que estaba ocupada chismorreando con su hermana al otro lado de la mesa. *He juzgado mal a Balford*, pensó, probando el plato que le habían puesto delante, algún tipo de ave de caza pequeña servida con crujientes tallos de espárragos. *No es el diletante arrogante que yo había supuesto. Todavía está de luto por su padre, y sospecho que se sentía incluso más incómodo en los salones de baile de la alta sociedad que yo.* Había mostrado destellos inesperados de humor durante su conversación, la mayoría de ellos del tipo negro dirigido a sí mismo, pero también había mostrado un claro arrepentimiento de que ella se hubiera visto envuelta en la situación. Estaba empezando a sentirse casi caritativa hacia él.

Varios platos de comida deliciosa, aunque bastante desconocida, más tarde, Lady Elspeth se levantó de la mesa, haciendo señas a las damas para que la siguieran. Regresaron al salón y una doncella trajo café y té.

Diana miró con dudas el café que varias de las damas estaban bebiendo; los italianos lo bebían en tazas diminutas que apenas contenían más que un dedal, y parecía espeso y negro, con un aroma fuerte y amargo. Se alegró de aceptar una taza de té de Lady Elspeth en su lugar, comentando la viuda que ella nunca bebía café por las noches ya que le impedía dormir.

Diana se encontró compartiendo un sofá con la nueva duquesa, Lady Valentina, quien resultó tener solo diecisiete años. Su inglés estaba más o menos al mismo nivel que el italiano de Diana, forzado y con un fuerte acento, pero parecía decidida a intentarlo.

—Andrea es mitad inglés, con dos abuelas inglesas. Dice que me llevará a Londres, así que debo practicar mi inglés y volverme muy buena.

—Ya eres muy buena —dijo Diana, recordando que Balford había dicho que el matrimonio de Andrea y Valentina había sido arreglado. La joven pareja parecía bastante embobada el uno con el otro, aun así, y ella preguntó tentativamente si se habían conocido bien antes de la boda.

Valentina pareció pensar en la pregunta antes de responder.

—El matrimonio fue arreglado cuando yo era pequeña —dijo—. Siempre he sabido que me casaría con Andrea. Nuestros padres eran buenos amigos. Cuando mi padre murió y mi hermano se convirtió en *conde*, Andrea vino a verlo, para acordar que el matrimonio se llevara a cabo cuando yo tuviera la edad suficiente. Nos conocimos entonces y pensé que era muy amable.

—¿Qué edad tenías entonces? —preguntó Diana, curiosa.

—Catorce —Valentina se sonrojó y bajó la mirada con recato—. Pensé que era muy guapo. Me alegré de que mi padre hubiera arreglado un matrimonio tan bueno. No me gustaría tener que elegir entre muchos pretendientes, creo, como deben hacer ustedes en sus temporadas de Londres.

—No es exactamente así como funciona —dijo Diana secamente, pero tal vez sí lo era si eras alguien como Valentina. Era excepcionalmente hermosa y obviamente había sido criada en un hogar extremadamente rico; su vestido era de la seda más fina que Diana había visto jamás, bordado con pequeños cristales y perlas, y un par de brazaletes de diamantes adornaban sus muñecas. En Londres, probablemente tendría hordas de pretendientes enamorados componiendo poesía sobre sus ojos y su brillante y sedoso cabello negro.

El rostro de Valentina se iluminó, e incluso antes de que el rumor de las voces masculinas llegara a los oídos de Diana, supo que los caballeros debían estar reuniéndose con la compañía. Observó con cierto grado de envidia cómo Valentina se ponía de pie y se apresuraba al lado de Andrea, el joven duque recibiendo a su novia con un beso en la mejilla y su brazo deslizándose alrededor de su cintura.

—Están tan enamorados —susurró Clarissa, ocupando el asiento que Valentina acababa de dejar.

—¿Sabías que era un matrimonio arreglado? —Diana mantuvo su voz baja.

Las cejas de Clarissa se alzaron. —Bueno, eso también sigue ocurriendo entre las familias más importantes de Inglaterra —dijo—. Supongo que deben considerarse muy afortunados, entonces. Que se hayan enamorado a pesar de no poder elegirse mutuamente.

Balford había entrado en el salón con Alex, manteniendo una conversación profunda con él. Miró alrededor de la habitación, sus ojos encontrándose brevemente con los de Diana. Le ofreció una sonrisa y, instintivamente, ella le devolvió el gesto.

Ya no puedo odiarlo. No ahora que sé por lo que está pasando.



Capítulo Seis

WILL NO ESTABA DEL TODO SEGURO DE POR QUÉ su mirada parecía verse inevitablemente atraída hacia Lady Diana Creighton. Había conocido a chicas mucho más bonitas —¡algunas de ellas estaban en esta misma habitación!—, pero se encontraba absorto en su rostro, estudiando la animación de sus facciones mientras hablaba con su hermana, la forma en que su sonrisa parecía iluminar sus ojos.

Se había comportado de manera atroz con ella en Londres y absolutamente no merecía ni el más mínimo grado de su atención. Aunque no había acuñado el horrible apodo de Flor Desmayada, no había hecho nada para detenerlo cuando lo escuchó circular. Debería haberlo hecho, debería haberlo aplastado despiadadamente, pero... si lo hubiera hecho, habría invitado la censura sobre sí mismo por su conducta poco caballerosa al no atraparla y, peor aún, alejarse mientras ella yacía inconsciente en el suelo.

Lady Diana estaría en todo su derecho de darle un corte directo y no volver a hablarle jamás, sin embargo, lo había escuchado mientras él torpemente intentaba disculparse. No solo eso, sino que había visto directamente en su corazón con ese comentario perspicaz sobre no estar listo para ocupar el lugar de su padre.

Will le debía una deuda a Diana Creighton, y los Penhaligon siempre pagaban sus deudas. Aún no sabía cómo le devolvería su amabilidad al escucharlo, especialmente porque parecía evidente que su familia había abandonado Londres para escapar de los chismes y las miradas de reojo que Diana había soportado.

—Sí, he visitado Venecia varias veces a lo largo de los años —respondió distraídamente a una pregunta que le hizo Glenkellie—. Mi madrastra aprovechaba cada oportunidad para escapar de los inviernos ingleses.

—Entonces supongo que ya has visto todos los lugares turísticos, ¿no es así? ¿Cuál recomendarías como tu favorito? —fue Lady Glenkellie quien hizo la pregunta, con los ojos de la hermosa pelirroja fijos en los suyos. Era sin duda la dama más impresionantemente hermosa que jamás había conocido, y sin embargo... su mirada se deslizó de nuevo hacia la simplemente bonita morena sentada en el sofá, con la cabeza inclinada hacia su hermana mientras las dos hablaban en voz baja.

—Estaré encantado de mostrarles a su grupo algunos de los mejores lugares, si lo desean —dijo, apartando la mirada de Diana con cierta dificultad, preguntándose incluso mientras pronunciaba las palabras qué demonios estaba haciendo. Pasar tiempo con personas que no conocía bien no era algo que le resultara agradable; de hecho, normalmente era una tarea que evitaba tan enérgicamente como le era posible—. Mis parientes Franchetti tienen una gran influencia en Venecia, y la invocación del nombre de Andrea me permitirá hacerlos entrar en varios lugares normalmente privados. Por ejemplo, conozco una notable pintura de da Vinci en la capilla privada de un palazzo no muy lejos de aquí.

—¡Eso sería maravilloso! —La sonrisa de Lady Glenkellie era deslumbrante—. Qué generoso de su parte, Su Gracia, pero no nos gustaría abusar de su tiempo.

—No es ningún abuso —Una vez más, echó una mirada furtiva a Diana—. Estaré encantado. ¿Cuáles son sus planes para los próximos días? ¿Saben que la familia planea marcharse pronto de Venecia para escapar del calor del verano? Lady Elspeth tiene una villa en Schio, en las estribaciones de los Dolomitas, a la que le gusta retirarse en pleno verano.

—En efecto, ha invitado a mi madre y a mi tía a acompañarla allí, y ha extendido la invitación también a nuestro grupo —asintió Glenkellie—. Ciertamente lo consideraremos; el calor aquí es agotador.

Will estaba bastante seguro de que Glenkellie no sentía el calor en absoluto. El hombre había sido oficial de caballería, había hecho campaña en la Península en un calor igual de extremo, si no peor, pero su expresión al mirar a su esposa mostraba exactamente lo que motivaba su preocupación.

—La villa de Schio es más que lo suficientemente grande para acomodarlos —convino Will—. Sin embargo, podrían considerar una alternativa; Andrea desea llevar a Valentina a visitar a su hermano, el Conde de Bardolino. Su sede principal está en Bardolino, a orillas del Lago de Garda, un lugar que no he visitado pero que tengo entendido es de una belleza natural excepcional. Planeamos viajar con el grupo de Lady Elspeth hasta Vicenza, pero luego continuar

hacia el oeste hasta el Lago de Garda, si consideran acompañarnos. No tengo duda de que el Conde estaría encantado de que se unieran a nosotros.

Lord y Lady Glenkellie se miraron, comunicándose sin palabras, antes de que Lady Glenkellie le lanzara otra de esas sonrisas deslumbrantes, le agradeciera la invitación y dijera que discutirían el asunto.

—¿Cuándo se marcha todo el mundo de Venecia? —preguntó Lord Glenkellie.

—Dentro de unos diez días, tengo entendido. Así que realmente no hay tiempo que perder en sus visitas turísticas. ¿Qué les parece mañana a las nueve?

Lady Glenkellie agitó su abanico, y él tuvo la clara impresión de que estaba ocultando una sonrisa detrás de él.

—Eso suena muy agradable, pero espero que no nos pida hacer nada demasiado extenuante en nuestro primer día.

—Pensé que podríamos empezar con un paseo por el Rialto y una visita a una de mis cafeterías favoritas —Will le hizo una reverencia con una sonrisa—. ¿Quizás después una visita a una iglesia que conozco que tiene una hermosísima pintura de la Madonna de Tiziano?

—Eso suena encantador —Lady Glenkellie ocultó una sonrisa de nuevo antes de decir—: Mi sobrina Diana tiene un gran interés por el arte. Estoy segura de que disfrutará especialmente de la excursión.

Will se dio cuenta con horror de que los Glenkellie eran muy conscientes de que había pasado el último cuarto de hora intentando con todas sus fuerzas no mirar fijamente a Lady Diana. Lord Glenkellie le estaba levantando las cejas y lanzando una mirada entre cínica y de advertencia; Lady Glenkellie simplemente parecía divertida.

—Venecia tiene algo para todos —dijo finalmente—, pero cualquiera que aprecie el buen arte seguramente se enamorará de la ciudad y sus tesoros.

Estaba mirando a Lady Diana otra vez; no parecía poder evitarlo. Ella bostezó detrás de su mano, y aparentemente Lady Glenkellie también lo notó, porque se volvió hacia su marido y le puso una mano en el brazo.

—Las chicas están cansadas, Alex, y yo también, ha sido un día largo. Creo que nos disculparemos y nos retiraremos.

—Iré con vosotras —dijo Glenkellie inmediatamente, ofreciendo una educada inclinación de cabeza a Will—. Ha sido un placer hablar con usted, Balford, y esperamos verlo por la mañana.

—Estaré en el salón del desayuno, o si prefieren que les lleven el desayuno a sus habitaciones, me reuniré con ustedes en el muelle a las nueve —ofreció Will—. Le deseo buenas noches, Lady

Glenkellie.

Ella lo favoreció con otra de esas sonrisas deslumbrantes, y él observó cómo la pareja cruzaba la habitación hacia el sofá. Diana y Clarissa levantaron la mirada y parecieron contentas de ser invitadas a retirarse, levantándose de inmediato para seguir a Marianne hacia donde Lady Elspeth presidía con algunas de las damas mayores.

Tiene una figura bonita. El vestido de Diana resaltaba su pequeña cintura y alto busto, y se movía con un paso suave y rápido que le hizo pensar que le gustaba caminar, que estaba acostumbrada a dar zancadas y moverse con propósito.

—La pequeña señorita inglesa ha captado tu atención —Andrea, el joven duque, se acercó a su lado y habló en italiano rápido, con un tono divertido.

—No —negó Will, demasiado rápido—. La conocí antes, en Londres —intentó explicarse—. Ella... pensé que era aburrida entonces. Como cualquier otra señorita con la mente puesta en el matrimonio y un título. Fui imperdonablemente grosero.

—Y sin embargo —reflexionó Andrea mientras Diana miraba hacia ellos desde el otro lado de la habitación, sonriendo y haciendo una leve reverencia antes de seguir a su tía—, parece haberte perdonado.

—Aún no, creo —dijo Will—. Todavía me queda un largo camino para enmendarme, pero quizás ahora piense que no soy un completo imbécil irredimible.

Andrea estalló en carcajadas y puso una mano en el hombro de Will.

—¡Estoy seguro de que la conquistarás si quieres, primo!

Descubrió que sí quería, mientras permitía que Andrea lo guiara hacia donde dos de sus primos más jóvenes conversaban. Lady Diana Creighton había demostrado una inusual profundidad de perspicacia durante su breve conversación, y quería conocerla mejor.

El hecho de que no fuera desagradable a la vista no tenía nada que ver, estaba seguro.



—Buenos días, Su Gracia.

Diana hizo una reverencia con gracia, y él se detuvo a un paso del vestíbulo y la miró fijamente. Estaba completamente sola, y la cautela se deslizó por su columna, haciéndolo mirar alrededor.

—No se preocupe, no se espera que me lleve a solas —parecía divertida, y él se estremeció al darse cuenta de que había adivinado con precisión sus pensamientos—. Mi tía rompió un cordón de la bota y volvió a nuestra suite para reemplazarlo, y mi hermana está justo afuera mirando el

muelle. Está bastante fascinada por las góndolas... todas las cosas náuticas, de hecho. Creo que si hubiera nacido hombre, se habría unido a la Marina.

—Le pido disculpas —avergonzado, hizo una pequeña reverencia a Diana—. No debería haber dudado de usted.

—Está muy a la defensiva —ladeó la cabeza y lo consideró, sin avergonzarse—. Me había sentido envidiosa de algunas de las debutantes ricas y hermosas, Lady Mary Gordon, por ejemplo, pero debe ser agotador estar rodeada de pretendientes desesperados por impresionar, e incluso aquellos que recurrirán a tácticas menos que honorables para llamar su atención. Ahora me da un poco de lástima, y puedo ver que no es tan diferente si eres un hombre, aunque tengas bastante más libertad para ser grosero sin arriesgarte al ostracismo social.

Una vez más, Will se quedó sin palabras ante esta joven, por su perspicacia y sus agudas observaciones. Tragando saliva, dio un paso adelante y le ofreció su brazo, señalando hacia las puertas exteriores.

—¿Vamos a ver si podemos encontrar a su hermana? Le pedí al barquero de la casa que estuviera a nuestra disposición esta mañana, así que sin duda ella lo está bombardeando con preguntas, y sé que su inglés es inexistente.

—Tanto Clarry como yo sabemos algo de italiano —dijo Diana un poco ásperamente mientras ponía su mano en su brazo, pero luego sonrió con picardía—. Aunque no tan bien como pensábamos. Los italianos hablan muy rápido.

—Es cierto —guiándola afuera, efectivamente encontraron a Clarissa de pie en el muelle, mirando fijamente la góndola brillante y colorida que los esperaba. El gondolero se mantenía a distancia, mirando a la joven inglesa con cierta cautela.

—Aunque su italiano es excelente —Diana lo miró—. ¿Cuántas veces dijo que había visitado?

—Esta es mi quinta visita a Venecia, pero también debo señalar que durante los primeros años de la guerra, todo el clan Franchetti pasó dos años en Inglaterra, y durante la mayor parte de ese tiempo los alojamos en Balford Priory. Le llevo cuatro años a Andrea, pero nos llevamos muy bien; practicamos los idiomas del otro hasta que fuimos lo suficientemente fluidos como para pasar por nativos en ellos.

—Qué excelente manera de aprender un idioma —aprobó Diana—. Yo aprendí italiano de una institutriz muy estricta, de memoria, de libros, sin expectativas de visitar nunca. Era simplemente otro logro que se esperaba que dominara.

—Me sentí muy parecido con el griego y el latín —admitió Will, y fue recompensado con la sonrisa más brillante que le había otorgado hasta ahora. Su boca era un poco demasiado ancha,

notó una parte analítica de su cerebro, para que su rostro se considerara verdaderamente hermoso, pero lo que eso significaba era que cuando sonreía, el resplandor se sentía como bañarse en pura luz solar.

—Buenos días, Su Gracia —Clarissa apartó la mirada de la góndola el tiempo suficiente para verlo allí de pie, hizo una reverencia superficial, y luego volvió a mirar el bote—. ¿Sabe algo sobre estas? ¿Por qué son tan altas en la proa y la popa? ¿Y cómo funcionan los palos para impulsarlas? ¿Por qué no remos? Entiendo por qué no una vela, no hay mucho viento entre los edificios...

—¿Ve a lo que me refiero? —susurró Diana, *sotto voce*, y Will se rio.

—Sí, ciertamente. Le pido disculpas, Lady Clarissa, pero tengo que confesar que nunca he sentido curiosidad por el diseño de las góndolas. Estaré encantado de transmitir sus preguntas al gondolero, sin embargo.

—Intenté preguntarle, pero no estoy segura si no me entendió o simplemente no sabía las respuestas —Clarissa frunció el ceño al hombre, que estaba de pie lo más lejos posible de ella en la popa de la góndola, mirando decididamente en la dirección opuesta.

Will pensó que probablemente solo había intimidado al pobre hombre hasta el silencio, pero no lo dijo. La hermana Creighton más joven era definitivamente la más enérgica de las dos, aunque estaba descubriendo que Diana no tenía miedo de hablar cuando se le daba la oportunidad.

Los Glenkellie salieron entonces del palazzo para unirse a ellos, y saludaron a Will con sonrisas amistosas. Lord Glenkellie ayudó a su esposa a subir al bote, y Will se volvió para ayudar a las dos chicas a bajar. Clarissa apenas tocó su mano antes de saltar, pero los dedos de Diana se doblaron alrededor de los suyos y se apoyó en él para mantener el equilibrio, vacilante mientras el bote se balanceaba bajo sus pies.

—No se caerá —Will se sintió obligado a tranquilizarla—. Apenas he visto a alguien caerse a uno de los canales; ¡sería más que la vida de Gianluigi vale dejarla caer!

—Oh, sin duda —tomó asiento junto a su hermana—. Creo que aún no he recuperado del todo mis piernas de tierra después de tantos días en el mar. Todo se siente un poco inestable, así que cuando el suelo realmente se está balanceando, ¡estoy convencida de que me voy a caer de cabeza en esa agua de aspecto ligeramente desagradable!

—Jamás lo permitiría —prometió galantemente, antes de tomar su propio asiento detrás de ella y hacerle un gesto a Gianluigi—. ¡Partamos entonces hacia vuestra primera aventura veneciana, mis amigos!



Capítulo Siete

EL DUQUE DE BALFORD PARECÍA UN HOMBRE MUY distinto al arrogante señorito que había conocido por primera vez en un salón de baile de Londres, reflexionó Diana mientras se relajaba y observaba cómo la hermosa arquitectura de Venecia se deslizaba lentamente. Era amable y considerado; no obtenía ninguna ventaja al dedicar su tiempo a mostrar la ciudad a personas que apenas conocía, y sin embargo lo había ofrecido sin dudarlo. Ahora se inclinaba hacia delante, colocando su brazo entre el hombro de Diana y el de Clarissa para señalar un gran edificio que se acercaba a su derecha y pedirles que miraran justo más allá, donde se podía ver una hermosa estatua de bronce en un patio.

—¡Oh, mira qué puente tan hermoso se acerca! —exclamó Diana unos minutos después, admirando el fino puente blanco coronado por múltiples arcos que se extendía sobre el canal.

—Ese es el puente de Rialto —Balford le dijo algo al gondolero, y un momento después, la góndola se inclinó hacia un lado del canal y se detuvo junto a unos escalones de piedra al lado de un gran palacio blanco—. Desembarcaremos aquí.

Aceptando su mano, Diana miró a su alrededor fascinada mientras él la ayudaba a salir de la góndola y subir los escalones, murmurando una advertencia para que tuviera cuidado ya que era marea baja y los escalones estaban resbaladizos por las algas y el limo. Se alegró de llevar botines resistentes en previsión de caminar mucho.

—Este es un edificio impresionante —dijo Alex, mirando hacia arriba el palacio junto al que estaban ahora.

—El Palazzo dei Camerlenghi. Construido por los mismos arquitectos que el Palazzo Franchetti, por cierto, aunque este es ahora un edificio gubernamental. Para ser honesto, no estoy seguro de qué función exacta cumple ahora —Balford negó con la cabeza con tristeza—. Solía haber aquí una colección de arte bastante espectacular, pero cuando los franceses ocuparon la ciudad, todo

se dispersó. Parte ha sido devuelta a Venecia, pero la mayoría está ahora en la Accademia di Belle Arti, tengo entendido. A la que, por supuesto, deben visitar sin falta. No está lejos de aquí, a la vuelta de otra curva del Gran Canal, pero yo diría que lo dejen para otro día. Hoy quiero mostrarles uno de los tesoros ocultos de Venecia —los condujo alrededor del palacio y por un camino estrecho con tiendas a ambos lados, antes de detenerse frente a una puerta estrecha que estaba ligeramente abierta—. Por aquí.

Lo siguieron, mirando a su alrededor con asombro al darse cuenta de que estaban dentro de una iglesia. El techo abovedado sostenido por columnas de mármol blanco era casi tan alto como larga era la iglesia; solo había espacio para media docena de bancos de madera, pero lo único que podían mirar era el espectacular arte pintado en las paredes. Y el techo, como descubrió Diana cuando Clarissa le dio un codazo y señaló hacia la cúpula, un círculo de ángeles alrededor de una deidad celestial dispuestos sobre un fondo de un azul etéreo.

—¿Qué es este lugar? —susurró Diana con puro asombro.

—La iglesia de San Giovanni Elemosinario, el limosnero —explicó Balford, ofreciéndole su brazo como apoyo mientras ella se inclinaba hacia atrás e intentaba estirar el cuello para ver el increíble detalle de los ángeles pintados en la cúpula—. Lo que están viendo es una obra conocida como *Dios Eterno y la Gloria de los Ángeles*, de Giovanni Antonio de'Sacchis, más conocido como *Il Pordenone*.

—No conozco esa palabra, ¿qué significa? —frunció el ceño Diana.

—Me temo que es solo el nombre del pueblo del que provenía. Nada poético. Vengan a ver esta capilla lateral; hay un hermoso retablo del mismo artista, de los Santos Catalina, Sebastián y Roque.

Ella admiró la pintura, pensando que era incluso mejor que el retablo de la iglesia principal, y así lo dijo.

—Estoy de acuerdo, aunque algunos dirían que Il Pordenone es un artista inferior a Tiziano, no creo que esa pintura en particular sea una de las mejores obras de Tiziano.

—¡Tiziano! —Miró de nuevo la pintura del santo de cabello gris—. ¿Sabes? No tenía idea de que pintara obras religiosas. Vi dos de sus pinturas en Bridgewater House en Londres; *Diana y Acteón* y *Diana y Calisto*. Por alguna razón, había imaginado que solo pintaba escenas mitológicas.

Balford se rió, y ella se tensó, pensando que se estaba burlando de su ignorancia. Sin embargo, él estaba negando con la cabeza, sonriéndole amablemente.

—Venecia te enseñará mejor. Durante muchos años, Tiziano fue el artista principal aquí, empleado para crear cientos de obras en iglesias y palacios por toda la ciudad —señaló de vuelta a la capilla lateral que acababan de dejar—. Él e Il Pordenone eran grandes rivales.

—Y aun así, creo que nunca habríamos imaginado que esta iglesia estaba aquí si no nos la hubieras mostrado —se maravilló Diana.

—Como dije, uno de los tesoros ocultos de Venecia. De ninguna manera pretendo conocer todos sus secretos, pero confieso que esta pequeña iglesia es una de mis favoritas.

—Gracias por compartirla con nosotros —impulsivamente, le apretó el brazo—. Ahora puedes considerarte perdonado, Su Gracia.

Él no fingió no entender, pero negó con la cabeza.

—Eres demasiado generosa, Lady Diana, y tampoco vas a librarte de mí tan fácilmente.

Ella se rió, y luego se cubrió la boca cuando un sacerdote en el altar se dio la vuelta al oír el fuerte ruido.

—¡No estoy tratando de librarme de ti! —susurró, evitando la mirada fulminante del sacerdote.

—No, pero creo que él sí. Vamos —tomó a Clarissa de su otro brazo al pasar junto a ella, y se reunieron con Alex y Marianne en la puerta.

—Eso fue realmente extraordinario —dijo Alex mientras salían de la tranquila iglesia y volvían a las bulliciosas y concurridas calles del mercado de Rialto.

—¿Verdad que sí? Y debo decirte que hay docenas de iglesias en Venecia con tesoros artísticos igual de extraordinarios... y aun así Venecia no es nada comparada con Roma o Florencia. Italia es realmente el paraíso de los artistas —Con una amplia sonrisa, señaló una cafetería a unos pasos más adelante en la calle—. Y también el paraíso de los gourmets. Este lugar sirve las mejores *sfogliatelle* de Venecia, o al menos eso dice siempre mi tía. Ha intentado varias veces contratar al propietario para que trabaje en el palazzo, pero él no quiere abandonar su tienda.

Tomaron asiento en una mesa bajo un toldo a rayas, y un camarero salió a recibirlos. Balford hizo los pedidos en ese italiano rápido que Diana aún luchaba por entender; ella le dirigió una mirada desconcertada cuando él se sentó a su lado y sonrió.

—He pedido *cappuccino*, que es un café con leche espumoso, para que todos lo prueben, y algunas *sfogliatelle*, que son unos pasteles dulces rellenos de una crema. También pedí una bolsa de esos para llevar a casa para la tía Elspeth. Se enfadará mucho si descubre que vine aquí y no le compré ninguno.

Su cariño por la viuda era evidente, pensó Diana, y también loable. Una vez más, pensó en lo diferente que era de su primera impresión de un hombre arrogante y desconsiderado que no se

preocupaba por nadie más que por sí mismo. Era una máscara, sospechaba, que se ponía en situaciones sociales en las que se sentía incómodo.

El camarero se acercó a la mesa con una jarra y algunas tazas, las dejó, y regresó un momento después con una bandeja llena de pequeños pasteles.

—Esto es zumo de uva prensado —dijo Balford, alcanzando la jarra—. Lo pedí por si no os apetecía el café. Desafortunadamente, no tienen té; aunque se bebe aquí, no todos los cafés lo sirven.

—No me ha gustado mucho el café que nos han servido hasta ahora —admitió Marianne, y Diana asintió en señal de acuerdo—. Es muy fuerte. No entiendo por qué lo sirven así, en tazas tan pequeñas; ¿no sería mejor ponerlo en una taza más grande y hacerlo más flojo?

—Eso depende de tu punto de vista —dijo Balford con una risa fácil—. ¡Algunos italianos preferirían que fuera lo suficientemente fuerte como para que la cuchara se mantenga de pie en él!

Todos rieron, como él evidentemente pretendía, y continuó:

—Pero el *cappuccino* es muy diferente, os lo prometo. Puede que no os guste, pero no podéis venir a Italia y no probarlo al menos.

Diana no estaba segura; incluso en Inglaterra siempre había preferido el té. Solo bebía café con mucha nata y más azúcar de la que su madre solía permitirle tomar. Un sorbo del líquido negro y espeso que los italianos llamaban *espresso* había sido suficiente para que frunciera los labios ante el sabor amargo y fuerte.

Sin embargo, el contenido de la taza que le pusieron delante parecía prometedor. Una espuma de leche espesa y pálida flotaba sobre el café. Lo miró pensativa.

—Bebe el café a través de la espuma —aconsejó Balford, y luego se inclinó un poco más cerca—. Solo prueba un sorbo. Si de verdad no te gusta, por favor, no te fuerces a beberlo por mí. Sé que no a todo el mundo le gusta el café; de hecho, ¡mi madrastra lo llama una bebida vil, en cualquier forma!

Ella sonrió y dio un pequeño sorbo. Sus cejas se alzaron de sorpresa, y tomó otro.

—En realidad, es muy agradable.

Animada por su disfrute de la bebida, aceptó uno de los pasteles de la bandeja que Balford había pedido, y se deleitó aún más. El hojaldre era crujiente y dulce, el relleno cremoso tenía un delicado sabor a cítricos que se derretía en su lengua.

Marianne suspiró de felicidad cuando también descubrió lo deliciosos que eran los pasteles, y rápidamente alargó la mano para coger otro.

—Ahora entiendo perfectamente la actitud de Lady Elspeth; ¡yo también desearía contratar a este pastelero!

Todos rieron, y muy pronto la bandeja estaba vacía y Alex se levantó para ir adentro, regresando unos minutos después con otra bolsa de papel llena de pasteles.

—Para que los tomeis con el té esta tarde, señoras —dijo con una sonrisa—. Ya que dudo que Lady Elspeth quiera compartir los suyos.

—Quizás debería simplemente enviar a alguien cada mañana a recoger una bolsa para que la tengamos en la mesa del desayuno —reflexionó Balford.

—Sí, por favor —dijo Diana con entusiasmo, y él la miró y sonrió, ofreciendo una pequeña reverencia.

—Considérelo hecho, Lady Diana. Ahora, ¿damos un paseo? El Rialto es famoso por sus tiendas con razón; estoy seguro de que las damas pueden encontrar algo que deseen examinar más de cerca.

Diana nunca había visto una mezcla tan ecléctica de tiendas, todas apiñadas codo con codo en las estrechas calles. No había caballos ni carros, lo que parecía extraño después de Londres; los hombres trasladaban sus mercancías en pequeños carros de mano o las llevaban en cajas o barriles desde los barcos que atracaban en las orillas de los canales.

El mercado de pescado olía mal pero era fascinante, con tipos de pescado que nunca había visto antes expuestos en los puestos, amas de casa regateando con los vendedores por los mejores ejemplares antes de que sus selecciones fueran envueltas en paquetes de papel.

—¿Eso es un *pulpo*? —exclamó Clarissa, y Diana estiró el cuello para mirar, estremeciéndose ante la vista de la gran criatura rojo-púrpura con demasiadas patas tendida sobre algas húmedas en el mostrador de madera.

—¿Seguro que eso no es para comer?

Las dos hermanas se miraron horrorizadas. Balford, al ver donde se posaban sus miradas, se rió.

—Una delicia aquí. Yo prefiero los pequeños, personalmente —Señaló un gran cuenco, y, fascinadas y asqueadas, las chicas se inclinaron para mirar.

—¡Son diminutos! —Apenas más grandes que la última articulación de su pulgar, los pulpos eran blancos y tenían un aspecto mucho menos alarmante que su primo mayor. Diana aún no creía que le apeteciera comer uno—. ¿Y a ti te gusta comer estos? —Miró a Balford.

—No he dicho exactamente eso. Solo que los prefiero a los grandes —Se rió de su expresión—. *Polpo* es lo que tienes que vigilar si por casualidad estás en un restaurante con menú. No te preocupes, no se servirá en el palazzo; a Lady Elspeth resulta que le desagrada.

Estaba bromeando, pero no era cruel, y Diana se encontró riendo. Balford le guiñó un ojo antes de guiarlos fuera de la Pescheria hacia la Erbaria, que olía mucho más dulce, vendiendo hierbas, especias y una gran variedad de frutas y verduras frescas. Diana nunca había visto naranjas o limones tan grandes y jugosos, ni tomates así. Incluso las manzanas eran mucho más grandes y parecían más coloridas que las que había comido en su hogar en Inglaterra. Su cabeza giraba de un lado a otro, con la boca abierta mientras miraba a su alrededor.

—Mira esas uvas —señaló Clarissa, y a Diana se le hizo agua la boca al ver las enormes pilas de globos de color púrpura rojizo intenso y verde brillante, más grandes y carnosas que cualquiera que hubiera visto antes.

—Se ven increíbles —concordó—. Italia es famosa por su vino, es lógico que sus uvas sean excelentes. ¿Compramos algunas? Me gustaría probarlas.

—No las toques —advirtió Balford mientras se acercaban al vendedor—. Es una cuestión de honor que ellos elegirán las mejores que tengan para ti.

Diana se alegró de que él se mantuviera atrás en lugar de intervenir para pedir por ella, dejándola probar su italiano escolar con el vendedor, un anciano que escuchó atentamente y asintió, dándole una sonrisa desdentada antes de seleccionar dos racimos de uvas para ella, uno verde y uno rojo. Alex les había dado a ella y a Clarissa algunas *lire* y *scudi* para llevar en sus bolsitos; sacó algunas monedas y las examinó confundida. El anciano se rió, tomó la moneda más pequeña —una media lira de plata— y le devolvió un cuarto de lira y un par de monedas de cobre.

—Un cinco centesimi y un tres centesimi. Te dio un buen precio por las uvas —dijo Balford, divertido, mientras el vendedor incluso encontraba una bolsa de tela raída para que Diana llevara las uvas, ya que no tenía cesta.

Ella agradeció al anciano gentilmente, siendo recompensada con otra sonrisa desdentada y una ráfaga de italiano demasiado rápida para que ella pudiera seguirla. Balford se rió, sacudiendo la cabeza, y dijo algo rápido en respuesta.

—¿Acaso le dijiste que era tu prima? —comprobó Diana mientras se alejaban.

—Pensó que eras mi esposa.

—¡Oh! —Sorprendida, se echó hacia atrás ligeramente, su mano cayendo de su brazo. Él se inclinó, recogió su mano y la volvió a colocar en el hueco de su codo.

—Se habría escandalizado si le hubiera dicho que no estamos emparentados. En Italia, pronto descubrirás que las jóvenes solteras de rango suelen estar muy resguardadas. Los matrimonios arreglados como el de Andrea y Valentina son la norma. —Sonrió ligeramente—. Y como

nuestras familias están de hecho conectadas, aunque de una manera muy enrevesada... *prima* es una descripción tan buena como cualquier otra, ¿no crees?

—Supongo —dijo ella con duda.

—¡Diana! —la llamó Marianne desde una pequeña tienda a unos pasos de distancia—. ¡Ven aquí y mira estas maravillosas joyas!

—Sí, tía Marianne —dijo obedientemente, soltando su mano del brazo de Balford.

—Por favor, permíteme llevar tus uvas. —Le sonrió cálidamente—. Los joyeros de Venecia son justamente famosos y merecen toda tu atención.

Es realmente muy agradable, se encontró pensando mientras se unía a Marianne y Clarissa en la diminuta joyería, las tres apenas apretujándose en el estrecho espacio, y luego se dijo firmemente que dejara de pensar en él. El Duque de Balford era muy apuesto y sí, parecía mucho más agradable que su impresión original, pero permitirse suspirar por él solo podía llevar al desengaño. Ya le había dicho que realmente no estaba en el mercado para una esposa, y aunque lo estuviera, ella simplemente no era el tipo de chica con la que se casaría. No era lo suficientemente rica, bonita ni estaba conectada con suficientes familias nobles.



Capítulo Ocho

UNA SEMANA DESPUÉS, DIANA CAMINABA DE NUEVO POR el Rialto, con el brazo entrelazado con el de su hermana, disfrutando de las vistas y los sonidos que las rodeaban. Al otro lado de Diana iba Valentina, la joven duquesa, quien en la última semana se había convertido en una buena amiga de las hermanas. Conocer a Valentina le había demostrado a Diana que lo que Balford había dicho sobre las jóvenes italianas de alto rango era cierto; estaban extremadamente protegidas hasta después de sus matrimonios.

Valentina miraba casi todo lo que había fuera de los muros del palazzo Franchetti con asombro. También les había confesado a las hermanas que estaba bastante impactada por las conversaciones a las que ahora estaba expuesta como mujer casada; algunas de las señoras Franchetti casadas decían las cosas más escandalosas y ni siquiera Lady Elspeth pestañeaba.

—Este vendedor de aquí es donde compré esas hermosas uvas —dijo Diana, llevando a Valentina hacia él. El anciano le sonrió con su sonrisa desdentada, con un destello de reconocimiento en sus ojos, y habló deliberadamente despacio al saludarla, por lo que ella le devolvió una sonrisa agradecida.

—Más de sus maravillosas uvas, buen señor —dijo en su italiano lento y cuidadoso—. Compartí algunas con mi buena amiga la Duquesa de Franchetti y le parecieron muy buenas.

Los ojos del anciano se abrieron de par en par, y se inclinó profundamente ante Valentina cuando Diana la señaló.

—Me siento honrado por su atención, noble señora —dijo—. Por favor. Permítame hacerle un regalo de lo mejor de mis productos.

—Nada de regalos —rechazó Valentina—. ¡No con todo lo que quiero comprar! Nos llevaremos uvas, y sus cerezas también se ven excelentes.

Diana había pensado en traer una cesta esta vez, y se la entregó al vendedor para que la llenara. Él intentó de nuevo rechazar el pago, pero ella le puso dos liras de plata en la mano.

—No me cobró lo suficiente la última vez —insistió—. Nos vamos de Venecia mañana y no volveré, así que por favor acéptelo.

—Yo volveré en unos meses, sin embargo —dijo Valentina—. Vamos a visitar a mi hermano, y planeamos disfrutar de su deliciosa fruta durante el viaje.

El anciano se inclinó de nuevo ante ella, cerrando la mano alrededor de las monedas.

—Este humilde servidor está muy por debajo de la atención de Su Gracia. El honor es demasiado.

—¿Todas las reverencias y zalamerías llegan a ser demasiado, eventualmente? —preguntó Diana mientras se alejaban, con su cesta colmada de fruta.

Valentina le dirigió una mirada perpleja.

—No entiendo.

El inglés de Valentina era mejor que el italiano de Diana, pero aun así lo intentó de nuevo en el idioma de Valentina. La joven duquesa seguía sin entender, y Diana finalmente se dio cuenta de que el problema no era la comunicación. Valentina había sido criada para esperar tal deferencia como algo natural. Casarse con un duque podría haber aumentado ligeramente el grado de ello, pero seguía siendo completamente normal en el mundo de Valentina.

Aunque ahora era *Lady* Diana, hija de un conde, Diana no creía que alguna vez se acostumbraría a ser receptora de tales actitudes. Se preguntaba si Valentina era siquiera consciente de su propia influencia, si se había dado cuenta de que el vendedor les estaba diciendo a sus siguientes clientes que la mismísima Duquesa de Franchetti había dicho que su fruta era la mejor de Venecia.

El patrocinio era el nombre del juego. Diana miró por encima de su hombro hacia donde dos duques caminaban lado a lado, con las cabezas juntas en conversación. Cuánto poder ejercían tales hombres, y con más conocimiento que las mujeres.

Balford la miró y ladeó la cabeza, con una expresión interrogante en su rostro; ella le ofreció una ligera sonrisa y apartó la mirada de nuevo, antes de que él se acercara para preguntar si necesitaba algo. Había sido sorprendentemente atento durante la última semana, actuando como guía turístico en numerosas ocasiones para su grupo, mostrándoles no solo los lugares de interés de Venecia que se aconsejaba a todo turista visitar, sino también varios de sus favoritos personales. Como la iglesia de San Giovanni Elemosinario el primer día, una maravilla oculta que de otro modo seguramente habrían pasado por alto.

Clarissa se había burlado de Diana sin piedad durante los primeros días en que Balford los llevaba de paseo, pero incluso ella tuvo que admitir que no mostraba una preferencia marcada por ninguna de las hermanas. Lady Elspeth también había dejado claro, mediante algunas indirectas bastante poco sutiles, que esperaba que Balford se casara con su nieta Chiara, la hermana menor de Andrea. Y aunque Chiara tenía solo catorce años, bueno, el mismo Balford había dicho que no estaba listo para casarse. Esperar cuatro años a que Chiara alcanzara la mayoría de edad no era nada cuando el resultado final sería la consolidación de alianzas entre los poderosos ducados inglés e italiano.

Chiara era dulce, aunque muy tímida; Diana la había conocido una vez, aunque era cierto lo que Balford había dicho sobre las jóvenes italianas siendo muy recluidas. Andrea era bastante agradable, pero también parecía ligeramente preocupado de que su hermana pudiera ser corrompida de alguna manera al estar expuesta a la «forma de pensar independiente inglesa». Diana estaba bastante segura de que se habían tomado medidas para mantener a Chiara bien alejada de ella y Clarissa.

Ciertamente, originalmente se había planeado que Chiara acompañara a Andrea y Valentina en su visita al Lago de Garda para visitar al hermano de Valentina —un viaje en el que Balford también estaba programado—, pero una vez que los Glenkellie decidieron que aceptarían la invitación para ir también, Lady Elspeth decidió repentinamente que sería mejor que Chiara la acompañara a su villa en Schio.

Ambos grupos de viajeros tenían la intención de partir de Venecia al día siguiente. Aunque triste por irse —se había enamorado bastante de *La Serenissima*, la Ciudad de los Puentes, y estaba segura de que había muchas maravillas que no había tenido la oportunidad de descubrir—, Diana estaba segura de que aún quedaban muchas más aventuras por vivir en Italia. Vaya, verían las ciudades de Padua, Vicenza y Verona solo en su camino hacia el Lago de Garda; ¡Padua, la ciudad con una universidad a la que se había permitido asistir a las *mujeres*! ¡Verona, inmortalizada en la obra del Bardo! Ni en sus sueños más locos había imaginado Diana que *ella* podría visitar tales lugares, así que ni por un momento expresaría su pesar por su partida de Venecia.

En este, su último día en Venecia, tenían planeada una expedición particular después de su visita al Rialto. Iban a visitar las islas de Murano, un asentamiento justo al norte de Venecia, donde se fabricaba el famoso vidrio veneciano. Andrea les había explicado que todos los vidrieros de Venecia fueron obligados a mudarse a Murano siglos atrás porque los padres de la ciudad temían que los riesgos de incendio fueran demasiado grandes. Napoleón había cerrado muchas de las

fábricas cuando gobernaba la ciudad, y la industria aún no se había recuperado, pero los Franchetti patrocinaban a varias pequeñas familias de sopladores de vidrio que aún practicaban su oficio.

Tomaron una barca de remos para cruzar la laguna en lugar de la góndola, y el viaje duró alrededor de una hora; las damas se reclinaron contra los cojines con sus sombrillas en alto para protegerse del sol abrasador y comieron las uvas que habían comprado al viejo desdentado del mercado. Diana intentó en vano mantener su mirada en las aguas ondulantes a su alrededor, en los otros botes que pasaban; en cualquier cosa menos en el rostro apuesto y sonriente del Duque de Balford mientras se sentaba en la proa del bote, inclinándose para arrastrar sus dedos en el agua y riendo mientras conversaba con Andrea.

Valentina estaba profundamente envuelta en una conversación con Clarissa, pero Marianne, sentada junto a Diana, claramente notó la dirección de su mirada.

—Quieren que se case con Lady Chiara, ¿sabes? —murmuró Marianne en voz baja, con sus palabras dirigidas solo a los oídos de Diana.

—Estoy segura de que sería una excelente pareja —dijo Diana con calma—. En unos años, por supuesto. Balford estará listo para entonces para tomar una esposa, y el nacimiento de Chiara debe hacerla una elección irreprochable para ser su duquesa. Incluso su inglés es perfecto.

En efecto, la joven italiana había sido preparada toda su vida para el puesto de Duquesa de Balford. No era de extrañar que Balford no hubiera querido participar en el mercado matrimonial en Inglaterra... aunque Diana tenía que preguntarse por qué su madrastra lo había presionado para que participara, ya que ella era la que tenía la conexión con los Franchetti. ¿Acaso no quería que Balford se casara con la familia por alguna razón? Diana no podía imaginar por qué no. Algunas familias nobles venecianas habían perdido gran parte de sus fortunas bajo el gobierno de Napoleón, y tampoco les iba bien bajo el gobierno austriaco, pero los Franchetti no estaban entre ellas. Lady Elspeth y su esposo habían criado a once hijos aparte del padre de Andrea, hijos que se habían casado con familias nobles de toda Italia y habían cimentado alianzas comerciales que los beneficiaban a todos.

Marianne tomó la mano de Diana, para su sorpresa, y la apretó.

—Me alegro de que estés viendo la situación con claridad, querida. No me gustaría ver tu corazón roto.

—¿Me estás diciendo que no me enamore de él, tía? ¿Del hombre cuyas acciones poco galantes hicieron que me llamaran La Flor Desmayada? —Diana rió un poco, tratando de indicar con su tono ligero cuán ridícula era la mera idea—. No temas, mi corazón no está en peligro.

La mirada nivelada de Marianne era un poco demasiado conocedora, y Diana apartó la vista, fijando su mirada en la isla a la que ahora se acercaban rápidamente.

—Espero poder encontrar algo para mamá dentro de mi presupuesto —dijo, con la voz un poco demasiado alta—. Me encantaría llevarle a casa una pieza de vidrio veneciano.

Marianne le apretó la mano de nuevo y permitió el cambio de tema, diciendo amablemente que si Diana necesitaba un poco más, estaría encantada de contribuir al costo de comprar un regalo para Lavinia.

—Ella, después de todo, me dio un regalo de valor incalculable: ¡tu compañía en este viaje!

Diana pensó que ella y Clarissa eran las que estaban recibiendo algo de valor incalculable, por lo que estaría eternamente agradecida. Sin embargo, no tuvo oportunidad de decirlo, ya que el bote había llegado al muelle y era hora de desembarcar.

Andrea quería impresionar a Valentina, pronto se hizo obvio mientras el joven duque los escoltaba por las manufacturas de vidrio, y Valentina estaba encantada de dejarse impresionar por las habilidades de los artesanos bajo el patrocinio de los Franchetti. Cada artesano tenía un regalo preparado para la nueva duquesa, además de estar ansioso por mostrar sus habilidades y sus productos a sus amigos. Diana se maravilló ante la delicada belleza de las piezas, y apenas se atrevió a preguntar el precio de un pequeño jarrón de vidrio sódico que pensó que le gustaría a su madre.

La mujer que mostraba las piezas consultó con su marido antes de citar un precio que Diana no podía imaginar que fuera correcto.

—¿Diecisiete liras? ¿Está segura? —dijo con duda, haciendo un cálculo mental. La pieza se vendería por el equivalente a diez veces eso en Londres, pensó.

—¡Quince, entonces, pero ni un centésimo menos! —La mujer agitó el dedo.

—Oh no, yo... sí. Quince liras, absolutamente. Me lo llevo a Inglaterra. ¿Puede empaquetármelo?

—Hurgando en su ridículo, encontró su monedero y sacó las monedas, entregándoselas. La mujer sonrió, aceptando el dinero, y alcanzó bajo el mostrador para sacar una pequeña caja de madera. Diana observó cómo llenaban el jarrón con aserrín, y luego lo empacaban con más aserrín, la caja se llenó hasta que se colocó la tapa, y luego se ató firmemente con cordel hasta que la tapa quedó segura.

—Diana, ven a ver estas cuentas —la llamó Marianne, y la mujer despidió a Diana con un gesto, concentrada en terminar el empaquetado correctamente. Cruzando la habitación, Diana encontró a Marianne estudiando unas delicadas cuentas de vidrio soplado, colgando de finos alambres y sujetas a tornillos de pendientes.

—Oh, qué bonitas —admiró Diana—. Deberías llevarte esas verdes, tía Marianne. Se verán magníficas contra tu cabello rojo. —Las cuentas color esmeralda brillaban con motas de oro, resplandeciendo bajo la luz del sol que entraba por la ventana.

—Eso mismo dije yo, solo que creo que debería llevarse también las de color zafiro y oro —coincidió Clarissa.

—Esas tienen ganchos, y mis orejas no están perforadas —señaló Marianne.

—Las mías tampoco. —Diana se tocó los lóbulos. Había notado que Valentina tenía las orejas perforadas; favorecía unas grandes perlas colgando de aros dorados que usaba la mayor parte del tiempo. Se veían muy bonitas, pero aun así, se estremeció ante la idea de una aguja atravesando la carne sensible de sus lóbulos.

—Estoy seguro de que pueden cambiar los cierres por tornillos para las orejas, si quiere ese par en particular —murmuró una voz grave, y Diana miró alrededor para encontrar que Balford se había acercado por detrás. Asintió hacia Marianne, levantando un dedo para llamar a un joven, quien escuchó mientras Balford hablaba en su italiano fluido y coloquial y asintió con entusiasmo.

—Sí, por supuesto, podemos cambiar los cierres. Cuestión de unos minutos, mi señora. —El joven hizo una reverencia a Marianne.

—Bueno, en ese caso, me llevaré ambos pares. ¿Qué hay de ustedes, chicas, les gustaría elegir un par cada una? Mi regalo para ustedes.

Tanto Diana como Clarissa intentaron exclamar que era demasiado generosa, pero Marianne insistió. Levantó un bonito par de cuentas rosa y blanco, sosteniéndolas junto a las orejas de Clarissa, y Diana sonrió, sabiendo que su hermana no podría resistirse. Clarissa adoraba ese tono particular de rosa intenso, aunque su madre había decretado que era un color demasiado atrevido para que lo usaran las debutantes.

—Deberías llevarte estos —murmuró Balford, y ella bajó la mirada hacia donde él señalaba un par de cuentas en un impresionante tono verde azulado, salpicado de plata—. Combinarían muy bien con ese bonito vestido de noche tuyo.

Ella lo miró con absoluta sorpresa. Jamás habría pensado que él se fijaría en el color de su vestido favorito, y mucho menos que lo recordaría lo suficientemente bien como para hacer coincidir con tanta precisión el tono de entre esta variedad de pendientes en todos los colores del arcoíris.

—¿Diana? —Marianne pronunció su nombre, y Diana sacudió su sorpresa.

—Sí —dijo ella—. Esos; me gustan mucho, y ciertamente combinarán con ese vestido. Qué perspicaz de su parte notarlo, Excelencia.

Aunque, quizás no fuera *tan* observador. Ella había usado ese vestido en cuatro de las siete noches que habían pasado en Venecia, alternándolo con el rosa con volantes que detestaba. El de terciopelo verde pálido era demasiado caluroso para el clima, pero esperaba que quizás el tiempo fuera más fresco cuando llegaran al Lago de Garda y pudiera usarlo allí. Aun así, se sentía desaliñada y anticuada al compararse con Valentina, quien lucía un vestido diferente cada noche, cada uno más impresionante que el anterior.



Capítulo Nueve

WILL OBSERVÓ CÓMO EL DUEÑO DE LA TIENDA empaquetaba cuidadosamente los pendientes en algodón antes de colocarlos en una pequeña caja y entregársela a Diana, junto con la caja más grande que contenía el jarrón que había comprado para su madre. Se alegró de que su tía le hubiera comprado los pendientes; él había tenido el impulso más inapropiado de comprárselos él mismo, un instinto que tuvo que reprimir despiadadamente. Incluso la sugerencia de ello habría sido una escandalosa falta de decoro.

Aun así, se alegraba de que los tuviera. Y no pudo evitar señalar un delfín de cristal esculpido con el mismo vidrio azul verdoso y plateado que los pendientes de Diana, y pedirle al dueño de la tienda que se lo envolviera.

En ese momento, no podía imaginar una manera de dárselo sin consecuencias desastrosas para su reputación. Pero tenía algo de tiempo, semanas en su compañía esperaba, para idear algo. Lo único que sabía era que quería que ella lo tuviera.

Fueron a una segunda cristalería, esta más grande, con una fila de aprendices trabajando para hacer varillas de vidrio de diferentes colores y grosores, que los maestros luego fundían y retorcían juntas para hacer las fascinantes y coloridas piezas conocidas como *millefiori*. Se les permitió acercarse bastante, pararse y mirar por encima de los hombros de los aprendices y ver el vidrio brillando en rojo mientras se fundía y se formaba.

El calor era intenso, y por el rabillo del ojo, Will notó que Diana se tambaleaba ligeramente. Instintivamente, extendió la mano para ponerla bajo su codo y estabilizarla.

—No me desmayaré, Su Gracia —ella lo miró y sonrió—. No tema.

—Quizás no —él le devolvió la sonrisa—. Pero sepa que si lo hace, la atraparé.

Ella se rio, con sus ojos marrones brillando.

—Hace un calor terrible aquí —admitió, alejándose de la proximidad del calor—. ¿Quizás podríamos salir?

—Por supuesto —le ofreció su brazo y la acompañó hasta la puerta, y afuera. Se pararon en el estrecho puente que cruzaba el canal justo fuera de la puerta de la tienda, donde una ligera brisa agitaba el aire caliente y húmedo. Diana volvió su rostro hacia la brisa y respiró profundamente.

—Los canales huelen un poco mejor aquí en Murano que en la propia Venecia —dijo Will un poco tontamente.

—Es cierto. Quizás porque hay muchas más personas en la ciudad —arrugó un poco la nariz, mirándolo—. En realidad, el olor no es tan malo. Se puede ignorar, por las bellezas de Venecia.

—¿Tuviste tiempo de explorar Florencia? —preguntó él—. Sé que la visitaste antes de venir aquí.

—Lamentablemente, no. Tan pronto como descubrimos que los parientes de Lord Glenkellie habían viajado a Venecia, zarpamos de nuevo. Ni siquiera pude dejar el barco —hizo una pequeña mueca—. Pero creo que el plan es que viajemos por tierra de vuelta a Florencia una vez que dejemos el Lago de Garda, lo cual espero con muchas ganas.

—En efecto, eso será toda una aventura —estuvo de acuerdo—. Cruzarán los Apeninos, y aunque no son nada comparados con un cruce alpino, aun así el paisaje es magnífico.

—¿Has pasado mucho tiempo en Florencia? —preguntó ella.

—Nunca he estado allí —admitió—. He visitado Roma, dos veces, y Milán, pero de alguna manera Florencia nunca ha estado en mi itinerario.

—¡Eso parece una gran omisión, considerando tu conocimiento enciclopédico de Italia!

Estaba bastante seguro de que se estaba riendo de él, pero lo tomó con buen humor.

—Tal vez le pregunte a Lord Glenkellie si puedo unirme a su grupo cuando partan del Lago de Garda —lo dijo por impulso, ocurriéndosele que sería una manera de prolongar su tiempo en su compañía.

El color subió a las mejillas de Diana y ella apartó la mirada, rompiendo el contacto visual.

—Estoy segura de que Glenkellie agradecería tu compañía —murmuró distante.

Will quería preguntarle si ella también agradecería su compañía. Con firmeza, suprimió el impulso. Ella era la hija de un conde y no debía ser tomada a la ligera. Glenkellie parecía muy aficionado a ella, también, y él no deseaba incurrir en la ira del marqués. Glenkellie era un ex soldado, y según se decía, había sido muy bueno. Will había sido entrenado por maestros, pero ni por un momento pensaba que su habilidad con la espada o la pistola pudiera compararse con la de un hombre que había matado para ganarse la vida.

—Aquí están —dijo una voz profunda con sequedad, y Will se dio la vuelta para ver a Glenkellie de pie en la puerta de la tienda, con los brazos cruzados mientras se apoyaba en el marco de la puerta. Preguntándose cuánto tiempo había estado el marqués observándolos, Will se alegró de haber mantenido una distancia respetable de Diana en el puente.

—Hace un calor terrible allí dentro, tío Alex. Su Gracia fue lo suficientemente amable como para acompañarme afuera a tomar un poco de aire fresco, por así decirlo —Diana volvió un rostro tranquilo hacia Glenkellie, quien asintió.

—Bastante comprensible. Creo que estamos listos para irnos ahora —extendió su mano en un claro gesto para que ella volviera a su lado, y ella se alejó de Will, caminando por el lado curvo del puente. Resbaló en la madera húmeda, y Will se lanzó instintivamente, atrapándola con una mano firme alrededor de su brazo superior y manteniéndola de pie.

—¡Cuidado, mi lady!

—¡Oh, Dios mío! —Diana se aferró a él, recuperando el equilibrio.

—Con cuidado —dijo él, soltándola mientras Glenkellie se adelantaba para tomar su mano, guiándola por los últimos escalones del puente—. Estos puentes pueden ser resbaladizos.

—Es bueno saber que puedes ser rápido para atrapar a una dama cuando realmente lo necesita —Diana le lanzó una mirada chispeante, y él se rio, indefenso ante su ingenio.

—Estoy a su servicio, mi lady.

Andrea miró alrededor cuando Will volvió a entrar en la tienda, miró de él a Diana con las cejas levantadas.

—¿No decías que la señorita inglesa no te interesaba?

Él dudó, quizás un segundo demasiado largo para una negación convincente, y Andrea asintió lentamente.

—Ya veo.

Andrea nunca lo había presionado con respecto a una posible unión con su hermana Chiara, por lo cual Will estaba agradecido; eran Lady Elspeth y Lady Marietta, la madre de Andrea, quienes habían estado presionando por la unión. Will no podía estar menos interesado; había conocido a Chiara desde que era un bebé, de hecho la había mecido en sus brazos. Era una niña dulce y dudaba que alguna vez pudiera pensar en ella como un hombre querría pensar en su esposa, incluso con unos años más de madurez.

—Chiara es una niña —ofreció, y Andrea asintió en comprensión.

—Sí, ya me había parecido que sentías eso por ella. En realidad, estoy agradecido de que mi padre me impidiera conocer a Valentina durante tantos años, a pesar del acuerdo de larga data

para que nos casáramos. No la conocí de niña, sino como la hermosa mujer que es ahora — Andrea sonrió con cariño mientras miraba hacia donde su esposa estaba con Clarissa Creighton, admirando una delicada escultura de cristal que un artesano mostraba—. A Valentina le agrada tu señorita inglesa. Es... diferente a las mujeres que conozco, pero si te conviene, la familia la acogerá.

—Te estás adelantando —insistió Will—. Me agrada, pero... aún no creo estar listo para el matrimonio. Y me temo que Lady Diana no tiene una buena opinión de mí, después de nuestro mal comienzo. Tolera mi presencia, pero poco más.

—Por la tiara de una duquesa, una dama haría mucho más que *tolerarte* —dijo Andrea con sequedad, pero Will negó con la cabeza, rebelándose contra la idea. No tenía ni idea de cómo lo lograría, pero deseaba que la mujer con la que finalmente se casara lo eligiera por sí mismo, no por su riqueza y posición.



Venecia al amanecer era un lugar místico, casi mágico. El cielo oriental sobre el mar Adriático estaba teñido de un melocotón pálido en el horizonte, oscureciéndose hasta un cálido naranja a medida que el sol comenzaba a salir, las aguas de la laguna estaban lisas como un espejo mientras sus botes las surcaban. Los palacios de mármol de la ciudad resplandecían, reflejando los rayos del sol naciente; pero Will ni siquiera los notaba. Su mirada estaba fija en el pálido semblante de la joven sentada en la popa del bote, su expresión de puro asombro mientras contemplaba la brillante ciudad sobre el agua.

Demasiado pronto, llegaron al pueblo de Campalto en tierra firme, y desembarcaron para encontrar el transporte esperándoles, en forma de dos finos carruajes y caballos para los caballeros si así lo deseaban. Los carros de equipaje habían partido el día anterior con la mayoría de sus pertenencias y los sirvientes que viajarían con ellos, y ya estarían en Padua esperándolos. Los Franchetti sabían cómo viajar con estilo.

Pasaron dos días completos en Padua, viendo los lugares de interés, antes de continuar hacia Vicenza, donde se despidieron de Lady Elspeth y su grupo. Desde Vicenza, Valentina les dijo emocionada que solo quedaban unos cincuenta kilómetros hasta Verona, pero el terreno montañoso significaba que tardarían dos días completos en recorrer la distancia, y desde Verona un día más hasta el castillo de su hermano en Bardolino, a orillas del lago de Garda.

Will no había visitado esta parte de Italia antes, y la encontró increíblemente hermosa, con los Alpes siempre presentes al norte y un glorioso campo alrededor. Los viñedos y olivares estaban por todas partes, y cada parada de descanso en el viaje era en un pueblo que tenía un hotel que servía la comida y el vino más maravillosos.

En su último día de viaje, salió de la posada donde habían hecho una pausa para almorzar y cambiar los caballos del carruaje, y encontró a Diana sentada en un tocón de árbol afuera, con su cuaderno de bocetos en la mano, el lápiz deslizándose rápidamente sobre la página mientras intentaba capturar la vista que tenían delante.

O al menos, eso era lo que él suponía que estaba haciendo, hasta que se acercó lo suficiente para ver que en realidad estaba creando un encantador pequeño boceto de los dos hijos del posadero jugando en la tierra con un cachorro.

—Eso es encantador —dijo sin pensar, y evidentemente la sobresaltó, porque ella dejó caer su lápiz con un grito de sorpresa—. Le ruego me disculpe; no pretendía asustarla. Tome —Recogiendo el lápiz, se lo devolvió.

—Gracias —murmuró ella, con las mejillas rojas. No lo miró a los ojos, sino que volvió a su boceto.

—Es usted muy buena —observó él.

Diana se rio, sin mirarlo todavía.

—Estamos en Italia, la cuna de los grandes maestros. Incluso en este pequeño pueblo, la iglesia está decorada con frescos más espectaculares que cualquier cosa que yo pudiera soñar con crear.

—Y sin embargo, su boceto es todo un encanto. Con solo unos trazos, ha capturado la esencia: dos niños, felices en su tierra y con su mascota.

—Es un garabato —Arrancó la página de su cuaderno de bocetos, y por un momento horrorizado él pensó que iba a arrugarlo y tirarlo, pero ella se levantó y se lo presentó con una sonrisa a la esposa del posadero, que había salido a buscar a sus hijos y les estaba regañando por ensuciar su ropa. La mujer aceptó el boceto con gritos de alegría, corriendo a mostrárselo a su marido, que salió para elogiarlo y agradecer profusamente a Diana.

—Un garabato que ha hecho muy felices a dos padres amorosos —observó Will mientras el dibujo pasaba de mano en mano para ser admirado.

—Las alturas a las que aspiro con mi arte —dijo Diana encogiéndose de hombros—. Es un pasatiempo.

—Se menosprecia usted mucho —Se preguntó por qué. Mirando hacia abajo al libro que ella había dejado abandonado en el tocón del árbol, señaló el boceto que había quedado en la parte

superior, ahora que el dibujo de los niños y el cachorro se había ido—. Mire esto. Pasamos por esa casa ayer; recuerdo haberla visto, admirando la estética de la ruina en la cima de la colina. No pudo haberla tenido a la vista más de cinco minutos, y sin embargo la reconozco al instante, de un solo vistazo.

Ella lo miró sin comprender, y él hizo un gesto hacia la familia feliz que ahora se apresuraba a entrar, buscando un lugar de honor para colgar su boceto.

—Esos niños y su cachorro no se quedaron quietos ni dos segundos seguidos, y sin embargo dibujó sus semblanzas sin error, inconfundiblemente. Por favor, créame cuando le digo que eso es inusual; me han hecho el retrato dos veces, por dos de los mejores pintores de la época, y los berrinches en los que ambos descendieron cuando moví aunque fuera un músculo eran para verlos para creerlos.

Diana se rio de eso, su postura rígida se suavizó un poco.

—He oído eso. Padre quería encargar un retrato cuando heredó el condado, y se horrorizó cuando escuchó cuánto tiempo esperarían el pintor que se quedara quieto. No por el costo, entiéndame —Su mirada era irónica—. Me pidió que lo pintara yo en su lugar. Lo terminé antes de que partiéramos para Italia.

—¿Y le pagó lo que le habría pagado al retratista?

Ella volvió a reír, recogió su cuaderno de bocetos y lo cerró sin responder. Su risa había sido respuesta suficiente, supuso él, viéndola alejarse de vuelta hacia la posada.

Alejándose de la posada poco después, Will no se sorprendió particularmente al encontrar a Lord Glenkellie cabalgando a su lado. Sin embargo, se sorprendió un poco por las palabras directas del ex soldado.

—Lady Diana está bajo mi protección. No permitiré que jueguen con ella.

—¡Jamás ofrecería a Lady Diana el más mínimo insulto! —Indignado, Will se irguió, antes de hacer una mueca—. Más de lo que ya he hecho —dijo tímidamente—. Quiero decir, me parece encantadora...

Demasiado tarde, vio la sonrisa astuta del otro hombre, tropezó con sus palabras y cerró la boca de golpe.

—Te creo cuando dices que no pretendes insultarla, pero aun así debo preguntarte por tus intenciones.

—No estoy buscando esposa en este momento. —Las palabras salieron automáticamente, pero incluso mientras las pronunciaba, se preguntó si seguían siendo la verdad inmutable que habían sido cuando dejó Inglaterra hacía tan solo unas semanas.

—Ya veo. —El tono de Glenkellie indicaba más incredulidad que aceptación—. Bueno, usted conoce su propia mente, por supuesto, Balford. Pero debo pedirle que tenga cuidado con la reputación de Diana. Mi esposa aprecia mucho a Diana y a Clarissa, y yo he llegado a simpatizar bastante con usted. Me disgustaría tener que retarle a duelo.

—Me disgustaría tener que enfrentarme a usted en el campo del honor —dijo Will honestamente—. De hecho, me temblarían las piernas si tuviera que hacerlo, así que le doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi poder para evitar incluso la más mínima apariencia de impropiedad.

Glenkellie inclinó la cabeza.

—Aceptaré su palabra de honor, Balford. —Esa sonrisa astuta cruzó su rostro nuevamente, tirando de la cicatriz que le atravesaba la mejilla, estropeando su atractivo aspecto—. Pero si llegara a cambiar su posición respecto al matrimonio, espero que me haga el favor de informármelo.

Era obvio para Will que seguir con el tema solo podía conducir a trampas que prefería evitar, así que simplemente murmuró su acuerdo y cambió rápidamente de tema.



Capítulo Diez

DESPUÉS DE VARIOS DÍAS DE VIAJE, DIANA ESTABA ansiosa por llegar a su destino. Las aguas azules del lago brillaban a través de la ventana en el lado izquierdo del carruaje, con montañas elevándose abruptamente a su derecha. El paisaje parecía volverse más espectacular con cada curva del camino, y ella se inclinaba cerca de la ventana, mirando con deleite y asombro. No podía imaginar cómo Clarissa y Valentina podían dormir cuando había tales vistas para contemplar, pero dormían, apoyadas la una contra la otra en el asiento opuesto, con las cabezas balanceándose al ritmo del carruaje.

—Diana —dijo suavemente la voz de Marianne, y Diana apartó la mirada de la vista para encontrarse con los ojos de su tía. Marianne pareció dudar, pero luego extendió la mano para tocar la muñeca de Diana y dijo con dulzura—: ¿Hay algo que quieras contarme?

Diana frunció el ceño. Una pequeña sonrisa curvó los labios de Marianne al ver su evidente confusión.

—Me refiero al Duque de Balford —aclaró Marianne.

—Oh. —Diana sintió que sus mejillas se sonrojaban, tomó unas cuantas respiraciones profundas para calmarse—. No hay nada que contar, tía Marianne. Hemos resuelto nuestras diferencias. Es un hombre mucho mejor de lo que entendí por mi inicial mala impresión de él; de hecho, creo que es un hombre muy bueno.

—Pensé que tenías esa opinión —dijo Marianne delicadamente—. Y sospecho que él piensa bastante bien de ti.

El sonrojo se extendía por el cuello de Diana. Consideró bajar la ventana, pero estaban atravesando una parte bastante seca y rocosa del camino, con una gran cantidad de polvo levantándose. Miró por la ventana y no dijo nada.

—No voy a presionarte —dijo Marianne—, pero quería que supieras que siempre estoy aquí si quieres hablar.

—No hay nada de qué hablar —murmuró Diana, aún incapaz de mirar a su tía.

—Muy bien, pero si eso cambia, prometo que no te juzgaré ni te presionaré. Tu felicidad es mi principal preocupación. —Marianne apretó suavemente sus dedos—. Cualesquiera que sean tus esperanzas y deseos, o puedan llegar a ser, siempre haré todo lo posible para que se cumplan para ti.

Lágrimas calientes picaron los ojos de Diana, y ella las contuvo, volviéndose por fin hacia Marianne y envolviéndola en un abrazo feroz. La amorosa preocupación y la serena confianza de Marianne eran un contraste tan intenso con la sobreprotección asfixiante de sus padres, aunque sabía que sus padres también estaban motivados por el amor.

—No te rompas el corazón, querida —susurró Marianne en su oído mientras le devolvía el abrazo.

—Mi corazón no corre ningún peligro —respondió Diana con firmeza, preguntándose incluso mientras pronunciaba las palabras si estaba diciendo la verdad. Su corazón dio una punzada traicionera al pensar en la mera posibilidad de que Balford la tuviera en alguna estima.

—Si tú lo dices. —Marianne se apartó, dándole una mirada algo incrédula, pero fue lo suficientemente amable como para no insistir más, por lo que Diana se sintió excepcionalmente agradecida.

El carruaje se sacudió, y Clarissa y Valentina se despertaron, mirando alrededor. Valentina se inclinó hacia adelante para mirar por la ventana, juntando las manos con deleite, su rostro inundado de alegría.

—¡Ya casi estamos en Bardolino! ¡Miren, allí en la colina sobre el lago, el *castello* de mi hermano!

Las demás miraron hacia donde señalaba y dejaron escapar gritos de deleite al ver el castillo, hecho de mármol blanco, brillando bajo el sol de la tarde.

—Pensé que sería como nuestros castillos ingleses, todo almenas y piedra gris sombría —susurró Diana a Clarissa mientras bajaban del carruaje un cuarto de hora después.

—Yo también —admitió Clarissa con una risita—, pero bueno, los palacios de Venecia son muy diferentes a St. James o el Palacio de Kensington; ¡deberíamos haber esperado que sus castillos fueran también bastante diferentes!

Valentina había desembarcado antes que ellas, como correspondía a su rango superior, y se arrojó a los brazos de un hombre que estaba en el patio esperándolas, riendo mientras él la

abrazaba.

—Supongo que ese debe ser su hermano —murmuró Clarissa, y con un codazo en las costillas de Diana, añadió—: Vaya, es bastante atractivo.

Mario Maccarone, *Conte di Bardolino*, era, en efecto, muy atractivo. Clásicamente guapo al estilo italiano, no era particularmente alto, pero estaba bendecido con una mata de pelo negro rizado, ojos negros brillantes y pómulos que podrían haber sido esculpidos por el mismo Miguel Ángel. Poseía una disposición exageradamente dramática y una tendencia a la exageración, o al menos eso supuso Diana cuando él la miró una vez, levantó las manos al aire y declaró que había sido alcanzado por la flecha de Cupido.

También estaba bastante segura de que no era mayor que ella. Su bigote fino y desaliñado parecía un intento bastante desesperado de parecer menos jovial y más maduro. Así que amablemente no se rio de sus dramatismos, simplemente sonrió distante y le permitió tomar su mano y depositar un beso exagerado en las puntas de sus dedos. Al retroceder y empujar suavemente a Clarissa hacia adelante, Diana se sorprendió al ver a Balford con una expresión en su rostro que solo podía interpretar como rabia negra. Inclino la cabeza y levanto una ceja con curiosidad; él la vio observándolo y apartó la mirada rápidamente, su expresión suavizándose hasta la neutralidad.

¿*De qué se trataba eso?* se preguntó, pero hubo poco tiempo para pensar en ello, ya que Valentina la estaba agarrando del brazo y llevándola hacia la entrada principal del *castello*, charlando emocionada sobre las habitaciones de invitados que había escrito a su hermano para que preparara para sus huéspedes ingleses.

Diana había pensado que las habitaciones que ocupaban en el palazzo Franchetti en Venecia eran extraordinarias, y de hecho en opulencia eran inigualables, pero la vista desde sus habitaciones en el Castello Bardolino era absolutamente espectacular. Embelesada, se quedó mirando mientras Valentina abría de par en par las puertas francesas que daban a un balcón —¡su propio balcón privado!— con una vista sobre las aguas brillantes del lago de Garda hacia las imponentes montañas de los Alpes al norte.

—Dios mío —respiró, saliendo al balcón junto a Valentina—. Pero... ¡esto es demasiado! ¿Es esta la mejor suite de invitados? ¡No deberías haberlo hecho!

Valentina se rio y extendió sus manos hacia la izquierda y la derecha. —Mira, amiga mía. Todas las habitaciones de este piso, y el de arriba, tienen exactamente la misma vista y un balcón privado. Lord y Lady Glenkellie están en la suite de la esquina junto a ti, que es mucho más grande y elegante, te lo aseguro.

—¿Te molestaría mucho si paso toda mi estancia justo aquí? —preguntó Diana, bastante en serio. Incluso había una silla en el balcón, un cómodo sillón de mimbre trenzado con un grueso cojín en el asiento. Estaba bastante segura de que podría sentarse allí durante horas sin cansarse nunca de la vista.

Valentina se rio y le apretó la mano. —Si eso es lo que deseas, nuestro personal te mantendrá bien abastecida de comida y bebida, pero espero que pronto empieces a desear nuestra compañía. ¡Sé que mi hermano ya está entusiasmado por tener más de la tuya! —Se fue con una risita y un guiño que Diana trató de ignorar.

—El *conte* parecía muy prendado de ti —dijo Clarissa desde el balcón de al lado, haciendo que Diana saltara—. ¡Oh, lo siento! ¿No me oíste salir?

Con la mano presionada sobre su corazón palpitante, Diana negó con la cabeza. —No. Y no quiero hablar del *conte*, Clarry. Creo que es más joven que yo, por el amor de Dios.

—Es más joven que yo. —Clarissa cruzó los brazos y se apoyó en la barandilla de piedra del balcón, sonriendo maliciosamente a su hermana—. Es el gemelo de Valentina. ¿No lo sabías?

Diecisiete. Con una pequeña risa, Diana se dejó caer en su silla de mimbre del balcón y se recostó. —Pero por supuesto que lo es. El único hombre que ha mostrado algún interés real en mí es más joven que yo.

—¿El *único* hombre? Lo dudo. —Clarissa se tiró en su propia silla y, en un gesto muy poco femenino, subió los pies para apoyarlos en el borde de la pared del balcón. Al ver la mirada de reproche de Diana, suspiró y los bajó de nuevo—. En serio, Di, podrás engañar a tía Marianne, pero yo lo sé mejor. Balford...

—Primero, no quiero hablar de eso, y segundo, incluso si quisiera —Diana interrumpió rápidamente a su hermana—, este definitivamente no es el lugar. Cualquiera en cualquiera de los balcones podría escucharnos. —Señaló hacia arriba, indicando el piso de arriba y los balcones allí—. Y puede que no podamos verlos.

Un sonido detrás de ella la hizo mirar alrededor, para ver a varios fornidos lacayos entrando en su suite cargando sus baúles y una bañera de cobre vacía, acompañados por un par de doncellas que hicieron una reverencia al verla. Sin duda, iba a ser mimada y atendida de pies a cabeza tanto como lo había sido en Venecia. Con una mirada de advertencia a Clarissa, se levantó y volvió a entrar en la suite para saludar a las doncellas, agradecida de haber aprovechado cada oportunidad para mejorar su italiano cuando resultó que no tenían ni una sola palabra de inglés entre ellas.

Los lacayos trajeron cubos de agua caliente para llenar la bañera y, una vez que las doncellas ahuyentaron a los hombres, se animó a Diana a quitarse su polvoriento vestido de viaje y meterse

en el agua caliente, perfumada con aceite de naranja y maravillosamente relajante.

Una de las doncellas se había escabullido cuando Diana entró en el baño, y regresó unos minutos después con los brazos llenos de bultos de tela de colores brillantes. La otra doncella corrió a ayudar y pronto estaban sacudiendo vestidos y extendiéndolos sobre la cama.

—¿De dónde salieron esos? —preguntó Diana, haciendo una pausa y estrujándose el cerebro antes de repetirse en italiano cuando la miraron sin comprender. Los vestidos ciertamente no eran suyos.

—Lady Valentina los envió —explicó una de las doncellas, hablando lentamente para que Diana pudiera entender su italiano—. Cuando se casó, eligió todos los vestidos nuevos, apropiados para una mujer casada. Estos son sus vestidos de antes, dejados aquí. Dijo que si podías usarlos, son para ti y tu hermana.

—¡Qué increíblemente amable y considerado! —exclamó Diana encantada. Las doncellas compartieron una sonrisa, probablemente sin entender sus palabras pero ciertamente apreciando su tono encantado. Eran muy leales a la familia, supuso Diana, y considerando la dulce naturaleza de Valentina, probablemente muy devotas de ella.

Los vestidos que sostenían para su inspección eran hermosos; de corte modesto, como correspondía a una doncella soltera, pero de telas de calidad superior y excepcionalmente bien hechos. Diana los miró con codicia, especialmente encantada por los colores fuertes y tonos joya, mucho más llamativos que cualquier cosa que se le permitiera usar a una debutante inglesa.

Las dos doncellas pronto la sacaron del baño y la pusieron de pie en su camisola, midiendo uno de los vestidos contra ella y charlando rápidamente entre ellas sobre las alteraciones que habría que hacer.

—Elija qué vestido le gustaría usar esta noche, mi señora —se le indicó.

Diana dudó solo un momento antes de señalar el vestido que le había llamado la atención primero, una rica creación de seda en un profundo púrpura amatista. Gestos de aprobación saludaron su elección antes de que la instaran a ponerse el vestido y se pusieran a trabajar con aguja e hilo, haciendo ajustes en el corpiño donde Valentina era obviamente bastante más llena de pecho que ella. Afortunadamente, tenían casi la misma altura, Diana solo un poco más alta, por lo que el dobladillo se pudo dejar como estaba.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Clarissa mientras las doncellas hacían los ajustes finales. Vistiendo un hermoso vestido verde esmeralda, Clarissa dio una vuelta, sonriendo.

—¡Qué agradable sorpresa!

—Te ves hermosa —dijo Diana sinceramente—. Muy adulta. —Con un brillo en los ojos, bromeó—: Tal vez el *conte* transferirá su admiración por mí hacia ti.

—Lo dudo, considerando la mirada que le di cuando me besó la mano —observó Clarissa secamente—. Prefiero *hombres*, no niños.

Diana tuvo que reír. —Deberías darle una oportunidad. ¿No te gustaría ser la señora de este hermoso *castello*?

—Si todo lo que quisiera en un marido fuera una casa impresionante, le pediría a papá que me arreglara un matrimonio. —Clarissa hizo crujir las faldas de su vestido—. Como tú, quiero algo más.

Con los brazos entrelazados, las hermanas se dirigieron abajo, guiadas por sirvientes sonrientes que las condujeron a un gran salón luminoso con enormes ventanales franceses que se abrían a una impresionante terraza con vistas al lago, donde una larga mesa estaba puesta con relucientes copas de cristal y cubiertos pulidos sobre un mantel blanco resplandeciente.

El joven conde se levantó de una silla cerca de la ventana, sonriendo ampliamente mientras se dirigía hacia ellas. —Lady Diana, Lady Clarissa. Bienvenidas, de nuevo, a mi hogar. Cenaremos en breve, pero ¿puedo ofrecerles algo de jerez?

Su inglés era excelente, aunque con un fuerte acento; Diana lo felicitó cortésmente y él le sonrió radiante.

—Tuve un inglés como tutor privado durante tres años, en mi juventud.

Tuvo que morderse los labios para evitar reírse o decir algo sarcástico como «¡Ah, hace tantos años, entonces!»

Clarissa, menos diplomática, dejó escapar un leve resoplido, y luego soltó su brazo del de Diana y se alejó hacia las puertas francesas, con los hombros temblando ligeramente mientras contemplaba la vista del sol poniéndose sobre el lago.

—Su hogar es magnífico, mi señor —dijo Diana mientras el conde le entregaba una copa de jerez.

Él le sonrió radiante, uniéndose a ella mientras también se acercaba a las puertas, atraída por esa asombrosa vista.

—¡Gracias! Y por favor, debe considerarlo como su hogar también mientras esté aquí. Mi hermana me dice lo encariñada que ya está con usted, que está encantada de llamarla familia, aunque la conexión sea tan distante que no pudo explicármela exactamente.

Era realmente muy encantador a pesar de su juventud, y Diana le devolvió la sonrisa.

—Valentina es una delicia. Ha sido mucho más amable y acogedora de lo que podríamos haber esperado.

—Oh, es un ángel. Y ya que la llama por su nombre de pila, debe llamarme por el mío; soy Mario.

—No sé... —se movió ligeramente, poniendo un poco más de espacio entre ellos—. Acabamos de conocernos. No quiero ser demasiado familiar.

—Como guste. —Sin inmutarse, se encogió de hombros—. Quizás cuando me conozca un poco mejor.

La puerta del salón se abrió de nuevo para dar paso a Alex y Marianne, seguidos por Balford, y el conde avanzó nuevamente, declarando su gran placer y el honor hecho a su casa por la presencia de tan distinguidos invitados.



Capítulo Once

WILL NI SIQUIERA NOTÓ LOS EFUSIVOS SALUDOS DEL joven conde; estaba demasiado ocupado mirando con asombro la visión de belleza vestida de púrpura, silueteada por el sol poniente al otro lado del lago.

Diana Creighton era una chica bonita. Lo había notado en su primer encuentro, antes de que ella se desmayara a sus pies, y cada momento que había pasado con ella en Italia solo le hacía apreciar más y más sus finas cualidades. Con un vestido de seda púrpura del corte más fino, su cabello elaboradamente rizado y trenzado, era lo suficientemente hermosa como para rivalizar con cualquier diamante de la alta sociedad... algo que el Conte di Bardolino ciertamente había notado. No tardó mucho en volver apresuradamente a su lado, con la mirada fija en su sereno semblante mientras ella contemplaba los gloriosos colores que la puesta de sol pintaba en el cielo.

Will nunca se había considerado con tendencias violentas, pero sus puños se cerraron a sus costados y dio instintivamente un paso adelante, formándose en su cabeza la idea de que debería arrojar al lago a ese tonto jovenzuelo por mirar a Diana de esa manera.

Glenkellie se interpuso suavemente en su camino, con un movimiento tan aparentemente casual que nadie que observara lo habría notado, pero Will se encontró detenido cuando un hombro sólido rozó el suyo, haciéndole retroceder medio paso.

—Te ruego me disculpes, Balford —Glenkellie le miró, con una advertencia tácita en sus ojos, y Will tomó una profunda bocanada de aire, recuperando la compostura.

—En absoluto, fue completamente mi culpa. No estaba prestando atención —murmuró.

—Más bien creo que sí lo estabas haciendo —dijo Glenkellie, y Will se sonrojó.

Salvado por la llegada de Andrea y Valentina, Will se volvió agradecido hacia su primo.

—¡No nos dijiste lo magnífico que era este lugar, Andrea! ¡Y qué lugar para crecer, Valentina!

La joven duquesa rio suavemente.

—No siempre apreciamos lo que está justo frente a nosotros hasta que se ha ido, ¿verdad? Venecia es hermosa, por supuesto —apretó el brazo de su marido—. Pero una parte de mi corazón siempre residirá junto a las orillas del Lago de Garda.

—Por eso siempre viajaremos aquí cada año —Andrea le dio unas palmaditas cariñosas en la mano—. Así que deja que ese sea un criterio cuando busques esposa, Will... ¡elige una cuyo hogar de la infancia sea un lugar donde no sea un sacrificio pasar el tiempo!

—Siempre que ella desee regresar allí —intervino Lady Glenkellie secamente.

Sin entender lo que quería decir, Will la miró fijamente. Su expresión se tensó, su hermoso rostro tan inmóvil y frío como el mármol, antes de murmurar:

—Mi padre me veía como un activo para negociar en su propio beneficio. Mi infancia no fue feliz.

—Lo siento —dijo Will, sabiendo que el sentimiento era inadecuado. Conocía un poco de la historia de la dama; su primer marido había sido mucho mayor que ella y notoriamente posesivo, sin siquiera permitirle hablar con otros hombres. Su llamativa belleza significó que fue perseguida tan pronto como terminó su período de luto, pero aceptó la propuesta de Glenkellie casi inmediatamente. Se habían comprometido la misma noche en que Will conoció a Diana por primera vez.

Durante la última semana, Will había descubierto que el afecto entre Glenkellie y su nueva esposa era en realidad de larga data, pero Marianne se había visto obligada a aceptar al Conde de Creighton cuando Glenkellie se fue a la guerra. La pareja estaba muy enamorada, pensó Will. Incluso más que Andrea y Valentina, que obviamente estaban embelesados el uno con el otro en los primeros arrebatos de adoración juvenil, los Glenkellie eran más maduros, conocedores de sus propias mentes y seguros de su fe en los corazones del otro.

El conde finalmente había apartado la mirada de Diana el tiempo suficiente para notar la llegada de su hermana, y se acercó ahora para besarla cariñosamente en ambas mejillas. Mario parecía un muchacho bastante agradable, pensó Will a regañadientes, que obviamente adoraba a su hermana y estaba encantado de que ella fuera feliz en su matrimonio con Andrea.

Pronto fueron invitados a la terraza, tomando asiento en la mesa, y una procesión de lacayos comenzó a traer platos cubiertos con tapas de plata en forma de cúpula, colocándolos en las mesas con grandes floreos mientras retiraban las tapas.

Diana exclamó con placer y aplaudió, y algo caliente y apretado se retorció dolorosamente en el vientre de Will cuando ella dirigió una sonrisa radiante a Mario.

No estoy celoso, intentó decirse a sí mismo. No tengo nada de qué estar celoso. No estoy buscando esposa, pero ella sí está buscando marido. Debería alegrarme por ella; Mario es un buen joven con un título, una hermosa propiedad y un futuro brillante. Sería un buen partido para ella.

Entonces, ¿por qué quiero vomitar ante la idea de que estén juntos?

—Debes probar la *polenta taragna* y el *osso bucco* —le dijo Valentina, indicando a Andrea que le pasara los platos a Will—. Son delicias locales de Lombardía. ¿Hay *torrone* para el postre, hermano? —gritó hacia Mario.

—¿Me atrevería a servir una cena para ti sin él? —respondió él con una risa, antes de explicar para la edificación de los otros invitados—: El *torrone* es una especie de dulce, ¿creo que la palabra en inglés es nougat? Aromatizado con miel y almendras, siempre ha sido uno de los favoritos de Valentina.

—Suenan deliciosos —se entusiasmó Diana—. Pero bueno, ¡todo se ve maravilloso! ¿Qué es ese plato con el arroz amarillo y cómo lo hacen amarillo?

—*Risotto alla Milanese*, y el color proviene de los hilos de azafrán con los que se cocina — Mario sonrió ante su interés.

Will tomó un trago de vino, su apetito inexistente. Al menos el vino era bueno. Excelente, de hecho. Y por supuesto, era de viñedos propiedad de la familia Maccarone, como Valentina procedió a contarle con gran orgullo. En cuestión de momentos, Mario estaba declarando su intención de llevar a sus invitados a un recorrido por los viñedos al día siguiente, y Diana estaba expresando gran deleite ante la idea.

Will pensó en hundirse lo suficientemente profundo en la botella como para no estar en condiciones de unirse a la fiesta por la mañana, pero al final cubrió su copa con la mano cuando un atento lacayo se adelantó para rellenarla por tercera vez. Porque aunque podría sentirse como una tortura ver a Mario coquetear y reír con Diana, dada la oportunidad de pasar más tiempo en su compañía, la aprovecharía sin importar las circunstancias.

Simplemente prefería no pensar demasiado en por qué podría sentirse así.



Will se sorprendió un poco cuando Diana se puso a su lado mientras caminaban por el viñedo a la mañana siguiente. Las damas habían subido desde el castillo en un landó descubierto, los hombres a caballo, y tan pronto como dejaron el carruaje y los caballos en un patio junto al gran

granero que albergaba las operaciones de la bodega, Mario se apresuró al lado de Diana, ofreciéndole su brazo y acaparando su atención.

Mirando alrededor, Will vio a Mario ahora profundamente enfrascado en una conversación con los Glenkellie, mientras Alex señalaba algunas vides y hacía preguntas. Marianne los observaba a él y a Diana con una mirada curiosamente conocedora; Will apartó la vista rápidamente y le ofreció su brazo a Diana mientras ella caminaba con delicadeza por el terreno irregular. Ella sonrió dulcemente, cambió la sombrilla que sostenía a su otra mano y enroscó sus dedos suavemente alrededor de su antebrazo.

—¿No te sientes del todo bien, Balford? —preguntó ella—. Te ves... bueno, casi diría que dispéptico. Bastante parecido a mi padre después de perder un caso ante el magistrado. ¿Bebiste demasiado de ese excelente vino anoche?

—Estás muy directa hoy —comentó él, mirándola de reojo.

—Bueno —se encogió de hombros—. Somos amigos, ¿no? ¿No se me permite preocuparme por tu salud?

—Por supuesto que lo somos, y aprecio tu preocupación —debatíó qué decir y finalmente se encogió de hombros—. Quizás me excedí un poco. Era un vino muy bueno.

—Como el conde está ansioso por presumir —Diana puso los ojos en blanco—. Es un anfitrión muy complaciente.

—Te admira —las palabras se escaparon de los labios de Will. Quiso retirarlas de inmediato, preguntándose si quizás estaba sirviendo a la causa del otro hombre al hacer que Diana fuera consciente de que tenía un pretendiente genuino.

—Oh, está en esa etapa de amor de cachorrito en la que se imaginará enamorado de cada chica que conoce —Diana negó con la cabeza—. Para él, soy una novedad exótica, eso es todo. Pronto se dará cuenta de que soy tan aburrida como el agua del fregadero y no encajaría en absoluto con su naturaleza extravagante como esposa.

—¡Estás lejos de ser aburrida!

—Eres amable al decirlo —dijo ella, pero él pudo notar que descartaba su opinión. ¿Por qué pensaba tan poco de sí misma?

Un perro ladró, y un momento después dos enormes sabuesos vinieron galopando por las hileras de vides hacia ellos. Instintivamente, Will se puso delante de Diana, pero ella lo rodeó con una risa y se inclinó para saludar a los perros, que inmediatamente saltaron para lamerle la cara.

—¡Júpiter, Minerva, comportaos!

—¿Cómo los conoces? —preguntó Will desconcertado.

—Oh, me desperté temprano hoy y fui a dar un paseo hasta la orilla del lago. Me encontré con Mario... el conde... sacando a pasear a sus perros. Son terriblemente dulces. El blanco con las orejas rojas es Júpiter, y el marrón es Minerva.

Ambos perros se retorcían de puro deleite mientras Diana los acariciaba, obviamente ya eran sus devotos esclavos, aunque Minerva curvó el labio y rugió en su pecho cuando Will extendió la mano para frotarle las orejas. Hizo una retirada estratégica y puso las manos detrás de la espalda.

—¿La están molestando, mi señora? —Mario se acercó a grandes zancadas, sonriendo ampliamente. Regañó suavemente a sus perros en un italiano rápido; Minerva abandonó a Diana por su amo, pero Júpiter permaneció apoyado contra las piernas de Diana, con la lengua colgando felizmente.

—Traidor —rio Mario—, pero lo entiendo perfectamente. Lady Diana también me conquistó de inmediato.

—Oh, tengo ese efecto en la mayoría de la gente —dijo Diana con despreocupación, riendo, antes de lanzar una mirada de soslayo a Will—. Excepto en su gracia de Balford, claro. Mi encanto natural falló desastrosamente en nuestro primer encuentro.

—Yo diría más bien que mi propia falta de percepción fue la culpable de que no quedara instantáneamente deslumbrado por usted —dijo Will, después de un momento de sorpresa porque ella lo estuviera provocando—. Después de un mayor conocimiento, por supuesto, ahora estoy completamente bajo su hechizo.

La sonrisa de Mario se desvaneció mientras observaba a los dos bromeando ligeramente entre sí, y Will sintió una momentánea satisfacción. Sin embargo, no le tomó mucho tiempo al joven conde recuperar la compostura, y Mario chasqueó los dedos para llamar a sus perros antes de ofrecer su brazo a Diana.

—Por favor, permítame mostrarle las cubas de pisado. En octubre las uvas estarán listas para la cosecha, y lo celebramos con un festival al que viene toda la gente del pueblo a la bodega... quizás ustedes aún sean mis invitados, podrían asistir al festival conmigo... —Su voz se apagó mientras se llevaba a Diana entre las vides, los perros siguiéndolos, dejando a Will solo para seguirlos colina abajo.

Octubre, pensó. Se suponía que para entonces debía estar de vuelta en Inglaterra, habiéndole prometido a su madrastra en la carta que dejó que regresaría cuando la Cámara de los Lores se reuniera de nuevo en otoño. Sin embargo, la idea de dejar a Diana en Italia, aquí donde Mario Maccarone sin duda estaría haciendo todo lo posible por cortejarla, era absolutamente desagradable.

Pateando malhumorado un terrón de tierra en su camino, siguió a la pareja colina abajo. Su mano encontró el camino hacia su bolsillo y acarició el reloj de bolsillo de oro que había sido de su padre.

—Creo que te habría caído bien, papá —murmuró, mientras la risa de Diana llegaba flotando hasta él en la brisa, una risita encantadora y honesta, tan diferente de las campanadas artificiales que las jóvenes damas del *Ton* solían afectar—. Creo que te habría caído muy bien.



Capítulo Doce

LA VIDA EN EL CASTELLO BARDOLINO SE ASENTÓ EN UNA cómoda rutina; cada mañana, la doncella de Diana le llevaba una bandeja con deliciosos pasteles y chocolate caliente a su habitación, y Clarissa venía a compartirlos con ella, sentándose en el balcón con vistas al lago, que brillaba azul bajo el sol matutino. Una vez que habían desayunado, elegían entre la multitud de hermosos vestidos que Valentina insistía en que ya no quería, ahora que estaba casada, y bajaban para encontrarse con el resto del grupo. Que ahora se había expandido significativamente con la adición de una docena de jóvenes de la nobleza local italiana, hombres y mujeres que Mario y Valentina habían conocido toda su vida.

Había muchas actividades en las que podían participar, jugando en el césped, montando algunos de los finos caballos de los establos de Mario, o saliendo en barca al lago para visitar varios castillos antiguos y hermosas iglesias dispersas en los pequeños pueblos a lo largo de la orilla del lago. Un día, tomaron una barca hasta una cala arenosa y apartada, y las damas nadaron en sus camisones mientras los caballeros se sentaban en la orilla con la espalda educadamente vuelta.

Hoy, unas dos semanas después de su llegada, se había planeado una excursión especial; viajarían en barca unos cinco kilómetros hacia el sur del lago para visitar una península en la que Mario les aseguraba que verían algo especial, aunque tanto él como Valentina se negaban entre risas a revelar exactamente qué.

Vistiéndose con uno de los vestidos más ligeros del guardarropa reciclado de Valentina, un algodón amarillo pálido que Diana pensaba que podría haber sido uno de los favoritos de la otra chica, por la suavidad y el desgaste de la tela, Diana se encasquetó un sombrero en la cabeza para protegerse del intenso sol del verano italiano. Ya había ganado un buen puñado de pecas en la nariz y las mejillas, y agradecía que su madre no estuviera aquí para verlas. Lavinia habría

levantado las manos horrorizada y habría prohibido a Diana salir hasta que las pecas se desvanecieran.

—¿Cuál es la sorpresa? —suplicó Diana a Mario que les dijera una vez que todos estuvieron instalados en las barcas, dos embarcaciones de vela de buen tamaño que la familia mantenía como naves de recreo—. Oh, buenos días, Balford —saludó a Will cuando este subió a la barca y tomó asiento a su lado. Él sonrió un poco tenso y apartó la mirada, dejándola preguntándose por qué parecía tan malhumorado. Sin embargo, no tuvo oportunidad de preguntar, porque Mario finalmente cedió y comenzó a explicar que visitarían las Grutas de Catulo, las ruinas de una antigua villa romana.

—¿Catulo vivió realmente allí? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

—Nadie lo sabe con certeza —le dijo Mario—, aunque ciertamente visitó la zona. Su familia era de Verona y pasaba las vacaciones en Sirmione, la península donde se encuentra la gruta.

Diana pronto se dio cuenta de que había visto los muros de la gruta desde el castello; había asumido que era otro castillo, pero a medida que la barca se acercaba, reconoció ahora que era más una ruina de lo que parecía desde el otro lado del lago. Era incluso más grande que el magnífico Castello Bardolino, y no pudo evitar impresionarse por las habilidades de los romanos, que construyeron casi dos mil años antes. Un verdadero castillo se alzaba justo detrás, el Castello Sirmione, le informaron, pero no eclipsaba el impresionante emplazamiento de la villa.

—En realidad no es una gruta —murmuró Will en su oído, poniéndose a su lado mientras caminaban entre altos arcos—. Son solo las enredaderas que lo cubren todo lo que hace que parezca que está bajo tierra.

—Es bastante vasto. ¡Y pensar que una sola familia vivía aquí! —Miró alrededor del extenso lugar.

Will se metió las manos en los bolsillos.

—Parece ser del mismo tamaño que Balford Priory —dijo—. Que no está en ruinas, por supuesto.

—¿Y tampoco es tan antiguo, supongo? —Bromeó suavemente, esperando verlo sonreír. Todos lo habían estado pasando tan bien durante su estancia en el lago, excepto Will, que parecía haberse vuelto más retraído y gruñón día a día.

—Partes de él datan del siglo XII —Will se detuvo para mirar a través de un arco hacia un espacio oscuro, como una cueva—. Mira; esto debe ser donde una de las aguas termales sale a la superficie.

Un vapor tenue flotaba en el aire sobre una piscina de agua oscura con un borde de ladrillo desmoronado. A pesar del calor del día, un escalofrío le recorrió la espalda de repente; dio un paso atrás precipitadamente y tropezó en el suelo irregular, cayendo hacia atrás con un grito.

La reacción de Will fue rápida como un rayo; se giró y la agarró, una mano fuerte alrededor de su muñeca, la otra en su espalda, la levantó y ella se tambaleó hacia adelante, chocando contra él y agarrándose a la parte delantera de su chaleco.

—¿Estás bien? —preguntó con urgencia, y ella solo pudo mirarlo fijamente, conmovida y temblorosa.

—Sí... yo... solo tropecé.

—Te tengo —Había soltado su muñeca, pero mantenía el otro brazo a su alrededor, fuerte y estabilizador, manteniéndola presionada contra su cuerpo.

Nunca en su vida había estado tan cerca de un hombre, lo suficientemente cerca como para ver las motas doradas en el azul profundo de sus ojos, sentir el calor de su cuerpo a través de su ropa. La fina seda de su chaleco se arrugaba entre sus dedos mientras se aferraba a él, y vagamente se dio cuenta de que debería soltarlo, debería dar un paso atrás, poner una distancia decorosa entre ellos.

No se movió, y Will tampoco. Él la miraba fijamente, con los labios ligeramente entreabiertos como si estuviera a punto de hablar, aunque no dijo nada.

Diana se lamió los labios secos, susurró:

—¿Will?

Él siguió sin hablar, pero sus ojos se oscurecieron, entornándose ligeramente, y se inclinó hacia ella, bajando la cabeza.

¿Va a... besarme?

—¡Aquí estáis! —gritó una voz cerca, y Will soltó a Diana y retrocedió rápidamente, poniendo sus manos detrás de la espalda y girándose para darle la espalda, moviéndose tan rápido que ella se tambaleó, brevemente inestable sin su apoyo.

—¿Os habéis perdido? —Eran Valentina y Andrea quienes habían venido a buscarlos, Valentina mirando con curiosidad de Diana a Will antes de soltar su brazo de su marido y adelantarse para tomar el de Diana—. ¡Os estábamos buscando por todas partes! ¡Mario quiere mostraros su lugar favorito!

Diana miró por encima del hombro hacia Will mientras Valentina la arrastraba. Él no se movía, de pie con los hombros encogidos mirando fijamente la habitación oscura con la piscina. Se sentía completamente extraña, casi desconectada de su cuerpo, y sin embargo cada nervio

vibraba con intensidad, cada parte de ella intensamente consciente de que solo unos momentos antes había estado presionada contra su cuerpo alto y fuerte.

No puede ser que casi me haya besado. El pensamiento era tan ridículo que se forzó a descartarlo. Simplemente la había atrapado después de que tropezara, probablemente estaba a punto de hacer algún comentario mordaz sobre su torpeza. No había nada en ello; ¡vaya, Valentina ni siquiera había notado su cercanía, y seguramente lo habría hecho!

—¡La encontré! —gritó Valentina a su hermano, y Mario se volvió para recibirlas con una amplia sonrisa, ofreciendo su mano para ayudar a Diana a subir un empinado tramo de escalones de piedra desmoronados.

Asegurándole que los escalones eran seguros y que no la dejaría caer, la condujo hasta la cima y le señaló la vista que quería mostrarle, una hermosa perspectiva de su castillo al otro lado del lago.

Murmurando elogios apropiadamente entusiastas por la vista, Diana se aferró al brazo de Mario porque no tenía otra opción. Cuando comenzaron a bajar los escalones nuevamente, vio a Will cerca del fondo, observándolos con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Ella le ofreció una sonrisa tentativa, pero él se dio la vuelta y se alejó solo.

—Vengan, mis sirvientes han preparado un picnic para nosotros —anunció Mario, y Diana realmente no tuvo otra opción que caminar con él hasta donde se habían colocado mantas bajo la sombra de algunos grandes olivos, con cestas de picnic abiertas que revelaban botellas de vino y panes.

Will no se unió al grupo que se sentó para el picnic, continuando explorando las ruinas solo, y a pesar del ambiente alegre entre los jóvenes sentados bajo los olivos, hablando y riendo mientras comían y bebían, Diana deseaba estar caminando con Will en su lugar. Se encontró observándolo, su alta figura recta y fuerte mientras se movía a lo largo de un muro antiguo y cubierto de maleza.

—Pareces distraída —dijo Valentina, moviéndose para sentarse junto a Diana, y ella parpadeó y esbozó una sonrisa para su amiga.

—Solo estoy absorbiendo la atmósfera —dijo vagamente, y Valentina asintió, aceptando la explicación.

—Debemos regresar pronto. Mi hermano cree que una tormenta de la tarde puede soplar por el lago, y no queremos que nos atrape en el agua si lo hace.

—Por supuesto —dijo Diana, sus ojos volviendo a deslizarse hacia Will nuevamente.

Valentina frunció los labios, y luego dijo con astucia:

—Balford, creo que tiene expectativas muy altas para sus perspectivas matrimoniales. Rechazó a Chiara, después de todo, y ella es hermana de un duque. Lady Elspeth dice que busca aliarse con una familia real, tal vez los austríacos.

De repente, encontrando difícil respirar, Diana tuvo que tragar varias veces antes de estar segura de que su voz sonaría normal cuando hablara.

—Es un duque, y hay muy pocos de ellos en Inglaterra que sean elegibles. Es muy posible que la Corona inglesa le pida que se case con una princesa extranjera para cimentar una alianza.

Valentina asintió, con una mirada de simpatía en su rostro.

—Tuve suerte de que el padre de Andrea me eligiera para él.

—Y más suerte aún de que lo ames, y él a ti —señaló Diana.

—En efecto —concordó Valentina, dirigiendo una sonrisa enamorada en dirección a su esposo—. Sabes... no lo amé de inmediato, sin embargo. Al principio me agradaba y lo respetaba. El amor vino después.

—Sí —dijo Diana suavemente, obligándose a apartar la mirada de Will, con el corazón dolido—. Creo que así es como suele funcionar.



Diana encajaba aquí, pensó Will mientras la observaba por el rabillo del ojo. Sentada entre Valentina y Mario, conversaba con los hermanos en un italiano que ahora era casi fluido, sus delicadas manos moviéndose expresivamente en el aire frente a ella mientras hablaba. Mario no podía apartar la mirada de ella, lo que solo indicaba que el joven conde tenía un excelente gusto, supuso Will. Mario había visto las cualidades excepcionales de Diana desde el primer momento. La apreciaría como merecía ser apreciada, la trataría como a una reina.

Will pateó malhumorado una pequeña roca, sin ninguna razón en particular más que estar en su camino. Reconocía perfectamente que era su propia estupidez la que había hecho que Diana tuviera una mala opinión de él. Había sido intolerable en su primer encuentro, por razones que ahora parecían estúpidas y mezquinas al mirar hacia atrás. Simplemente no había excusa para tal conducta poco caballerosa. Tenía suerte de que ella siquiera se dignara a hablarle, aunque suponía que habría sido bastante incómodo si no lo hiciera, considerando cuánto se veían obligados a estar en compañía del otro aquí en Italia. Su rango superior significaba que darle un corte directo no era exactamente una opción para ella de todos modos.

Suspiró y pateó otra roca, se crispó ligeramente cuando alguien cayó en paso a su otro lado. Mirando de reojo, levantó las cejas hacia Clarissa, automáticamente ofreciéndole su brazo. Ella no lo tomó, rechazándolo con una sonrisa.

—Gracias, tengo el pie bastante seguro.

Y así era. La observó mientras subía bailando por un tramo de escalones poco profundos y desmoronados, ágil y grácil, y se preguntó por qué nada en ella hacía que su corazón latiera rápido. Clarissa se parecía tanto a su hermana, y solo había poco más de un año de diferencia entre ellas en edad, pero era Diana por quien anhelaba. Diana, quien probablemente habría tropezado a mitad de esos escalones, y él habría tenido que atraparla. El recuerdo de cómo se había sentido en sus brazos le quemó las mejillas de escarlata. Casi la había besado; ¿en qué demonios estaba pensando? Gracias a Dios que Valentina había llamado en ese momento, o Will habría hecho algo indeciblemente estúpido y probablemente habría recibido una bofetada justificada por ello.

—Ven a mirar —le llamó Clarissa desde arriba—. Hay una vista preciosa desde aquí.

—¿El Castello Bardolino de nuevo? —preguntó Will con amargura, pero comenzó a subir los escalones.

—No. —Clarissa parecía como si estuviera a punto de reír, pero se contuvo—. Creo que estamos en el lado equivocado de la villa para eso. No, hay una hermosa iglesia pequeña, justo al otro lado del agua.

Al llegar a la cima de los escalones, vio que ella tenía razón. También vio algo que lo alarmó; nubes de tormenta negras acumulándose en el norte, sobre las montañas en el extremo lejano del lago.

—No me gusta el aspecto de esas nubes —murmuró, justo cuando un grito les llegó desde abajo.

—Es el tío Alex —dijo Clarissa innecesariamente, ya que Will ahora podía ver a Glenkellie de pie al pie del muro.

—Viene una tormenta. Mario dice que podemos ganarle de vuelta al castello, pero tenemos que irnos, ahora. —Alex señaló hacia los botes.

—En camino —anunció Clarissa, y esta vez sí aceptó el brazo ofrecido por Will mientras descendían y se unían a los demás que se apresuraban a volver al bote. Mario estaba ayudando a Diana, y Will sintió un fuerte impulso de ir a ayudarla él mismo, pero se contuvo. Hasta que ella tropezó y cayó cuan larga era en el suelo, y entonces Will casi se lanzó hacia adelante, recogiendo en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó con brusquedad—. ¡Deberías haberla atrapado! —lanzó una mirada acusadora a Mario, quien pareció avergonzado.

—Estoy bien —intentó insistir Diana, pero él pudo ver un rasguño sangrante en la palma de su mano. Negándose a bajarla, caminó rápidamente hacia el primer bote y la subió, trepando a su lado y sacando su pañuelo del bolsillo.

—Estás sangrando —dijo sucintamente cuando ella intentó apartar su mano de su agarre, y ella jadeó y miró hacia abajo. Su rostro se puso bastante pálido cuando vio la sangre que salía de su palma y goteaba manchando su vestido.

—Oh... Yo... No me gusta ver sangre...

—Está bien si necesitas desmayarte —dijo Will con brusquedad, cubriendo rápidamente su mano con su pañuelo—. Te atraparé.

—Vaya, eso sí que es un cambio de actitud —dijo una voz divertida, y él miró hacia arriba para ver a Marianne sentándose al otro lado de Diana. Tenía servilletas de tela en la mano, obviamente de la cesta de picnic, y se acercó para levantar el pañuelo de Will, examinando rápidamente la mano de Diana—. No está tan mal, pero me gustaría limpiarla y vendarla. No mires si no te gusta la sangre, Diana. Háblale, Balford. Y sí, si se desmaya, por favor atrápala. Te prometo que no te obligaré a casarte con ella.

La mirada en los ojos de la marquesa decía que era muy consciente de que él no necesitaría tal coacción para pedir la mano de Diana.

—¡No seas ridícula, tía Marianne! —la voz de Diana era aguda, y se negaba a encontrarse con los ojos de Will—. ¡Seguramente soy la última mujer en el mundo con la que Su Gracia podría ser persuadido a casarse!

El bote se movía ahora, Mario y dos de sus amigos izaban rápidamente las velas y las ajustaban para captar la brisa que se refrescaba. Will echó otra mirada a las nubes de tormenta, preguntándose si realmente llegarían al castillo antes de que la tormenta los alcanzara. Quizás, juzgó, y esperó que Mario fuera un buen marinero.

Marianne usó el pañuelo de Will para limpiar la suciedad de la mano de Diana antes de vendarla cuidadosamente con una de las servilletas, y luego pidió ver su otra mano.

—Está bien —dijo Diana, mostrándosela—. Creo que esa cayó sobre algo de hierba.

—¿Qué hay de tus rodillas?

Diana se sonrojó, mirando de reojo a Will. —Estoy segura de que están bien.

—Creo que tal vez debería echar un vistazo. Si nos das la espalda, Balford, pero quédate ahí - asegúrate de que nadie más eche un vistazo.

Will estaba bastante seguro de que Marianne se estaba riendo de él por dentro, pero se dio la vuelta galantemente, entrecerrando los ojos hacia Mario cuando el conde echó un vistazo en su dirección. Mario se apartó apresuradamente, tirando de una cuerda para ajustar las velas, y Will refunfuñó por lo bajo.

—Todo bien —dijo Marianne, y Will esperó cortésmente un momento o dos antes de volver a darse la vuelta. Diana seguía sonrojada y sin encontrarse con su mirada mientras se ajustaba las faldas firmemente alrededor de las piernas, y él se dolió por su vergüenza, deseando saber qué decir para hacerla sentir mejor.

Llegaron al muelle de madera debajo del Castello Bardolino justo a tiempo, o quizás ni siquiera eso, porque gruesas gotas de lluvia ya empezaban a caer cuando salieron del bote y se apresuraron hacia los muros protectores del castillo. Will no dudó en poner su mano bajo el codo de Diana para ayudarla, en lugar de tomar su mano herida sobre su brazo. Ella le lanzó una mirada de soslayo, y luego sonrió, inesperadamente.

—Has sido bastante heroico hoy, Will.

—¿Heroico? —Parpadeó hacia ella.

—Me evitaste una caída una vez, y luego me rescataste cuando sí caí. Habría tenido un día mucho más incómodo sin tu intervención.

Él se encogió de hombros torpemente. —No fue más de lo que cualquier caballero debería hacer.

—Quizás —concedió ella—, pero fuiste tú quien lo hizo. Tú, que estás completamente harto de que las jóvenes caigan a tus pies.

—Caer intencionadamente a mis pies —corrigió—. Las caídas accidentales son bastante diferentes, y te conozco lo suficiente ahora para estar seguro de que nunca te avergonzarías tanto como para arrojarte a los pies de nadie a propósito.

—Simplemente lo hago regularmente por accidente —dijo ella con una sonrisa irónica—. Más particularmente a los tuyos, según parece, por lo cual me disculpo sinceramente.

—Te ruego que no lo hagas. Esperaría estar siempre ahí para atraparte.

La declaración, una verdad pura y simple, pareció casi quedar suspendida en el aire entre ellos. Los ojos de Diana se agrandaron con sorpresa mientras lo miraba... y entonces Marianne la llamó para que entrara y se cambiara el vestido, y el momento se perdió.



Capítulo Trece

HABÍA LLEGADO EL MOMENTO EN QUE NECESITABA TOMAR una decisión, reconoció Will. Lord Glenkellie le lanzaba miradas cada vez más frecuentes cuando él y Diana estaban juntos en una habitación, y aunque el marqués aún no había dicho nada, era obvio que se preguntaba cuáles eran las intenciones de Will.

Por lo tanto, la mañana después del viaje del grupo a las Grotte di Catullo, Will fue en busca de Alex. Un servicial criado le dijo que Lord Glenkellie estaba en la biblioteca, y Will se dirigió a la gran sala en el primer piso, una habitación que estaba llena de casi más pinturas que libros. Will apreciaba las obras de arte, pero no aprobaba el fracaso del conde en mantener una biblioteca decente. No había encontrado un solo libro publicado en los últimos diez años.

Al alcanzar la puerta para abrirla, se congeló al escuchar voces dentro. Una era la de Alex, con el tono preciso y cortante que había comandado a hombres en batalla, bastante distintivo incluso cuando hablaba en italiano en lugar de su inglés nativo. La otra, más joven y ligera, rápida e impulsiva, era la de Mario Maccarone, conde de Bardolino y dueño del castillo en el que se encontraban.

—Soy consciente de que usted actúa como tutor de Lady Diana en ausencia de sus padres —decía Mario—, y por eso apelo a usted en mi solicitud formal de su mano en matrimonio.

El corazón de Will se detuvo en su pecho. Con la mano en el pomo de la puerta, luchó por respirar mientras esperaba la respuesta de Alex. Seguramente, no había otra respuesta que Alex pudiera dar más que la afirmativa; Mario era un buen partido para Diana de cualquier manera que se mirase, incluso si era un par de años más joven que ella.

—Ya veo —fue todo lo que dijo Alex, y Mario se apresuró a continuar, como si le preocupara no haber dejado clara su declaración.

—Desde el momento de la llegada de su grupo, he estado encantado con la gracia y el encanto de Lady Diana. Ya no puedo imaginar este castillo sin ella. ¡Incluso mis perros están embelesados con ella!

Alex hizo un sonido neutral; Will estaba intensamente tentado de empujar la puerta un poco para ver si podía espiar la expresión de Alex, pero había un riesgo demasiado grande de que uno u otro de los hombres lo viera.

—¿Dará su aprobación al matrimonio, Lord Glenkellie? —preguntó Mario, sonando un poco desesperado, después de que el silencio se prolongara un minuto más o menos.

—No tengo objeción —dijo Alex—, y tiene razón en que tengo la tutela legal de Diana en este momento. Dicho esto, le he dado mi seguridad de que no impondré mi voluntad sobre ella, y como tal, mi opinión no importa en absoluto en este asunto. Dejo la decisión enteramente en manos de Diana.

Mario balbuceó sus agradecimientos, y Will se apartó de la puerta, tambaleándose por la conmoción. Tenía que llegar a Diana, y ahora, porque nada era más seguro que Mario correría directamente hacia ella para proponerle matrimonio. Girando sobre sus talones, Will corrió por el pasillo, desesperado por llegar a Diana primero.

Sabía que a ella le gustaba desayunar en su balcón con su hermana por las mañanas, y esperaba que todavía estuviera allí. Su doncella pareció sorprendida de verlo en la puerta, pero le dijo que esperara mientras veía si su señora lo recibiría.

—¿Will? —dijo Diana al llegar a la puerta, sus ojos se agrandaron al ver su rostro—. ¿Ocurre algo?

—¿Podría hablar contigo en privado un momento? —preguntó él.

Ella dudó, pero luego cerró la puerta detrás de ella y colocó su mano en el brazo de él.

—Camina conmigo.

Él hubiera preferido estar en algún lugar donde Mario no pudiera encontrarlos, pero podía entender perfectamente la reticencia de Diana a invitarlo a sus habitaciones. Frotándose la cara con la mano libre, trató de encontrar las palabras que necesitaba, pero solo pudo soltar torpemente:

—¿Quieres casarte con él?

Un ceño fruncido arrugó sus cejas.

—¿Con quién?

—El conde, Mario. ¿Quieres casarte con él?

Ella pareció ligeramente incrédula, como si la idea nunca se le hubiera ocurrido.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque incluso ahora está pidiéndole tu mano a Lord Glenkellie. Así que, eh, tal vez quieras estar preparada para ser abordada.

Estaba haciendo un desastre de esto, se dio cuenta Will. Quería decirle a Diana que rechazara a Mario y lo eligiera a él en su lugar, pero no parecía encontrar las palabras.



Diana miró fijamente a Will, incapaz de pensar qué decir. ¿Cómo podría explicar que nunca podría considerar a Mario cuando su corazón pertenecía a un rígido duque inglés que no buscaba esposa? ¿Que aunque amaba las colinas ondulantes, los viñedos extensos y los prados alpinos de Lombardía, su hogar era y siempre sería Inglaterra?

—Gracias por la advertencia —dijo finalmente—. Me prepararé y encontraré las palabras para declinar con gracia.

—Podría advertirle que se aleje, si quieres —ofreció él, e impulsivamente, ella le apretó el brazo.

—Es muy amable de tu parte ofrecerlo, pero si de alguna manera he dado accidentalmente la impresión de que recibiría bien sus atenciones, debo ser yo quien lo desengañe gentilmente.

—No me importaría —murmuró él, sus ojos encontrándose con los de ella—. Dile que no eres para alguien como él.

—¿Alguien como él? ¡No dejes que Valentina te escuche! —Diana sacudió la cabeza, pensando en la reacción de su amiga; Valentina no había ocultado su aprobación de la admiración de Mario hacia Diana—. Mario es un conde, y uno rico además, y yo soy la hija de un conde; ¡sería una pareja completamente apropiada!

—¡Pero podrías conseguir algo mucho mejor!

—No seas ridículo. —Negó con la cabeza—. Me avergoncé en mi breve salida en Londres y me mostré demasiado ingenua para Venecia. No soy lo suficientemente rica ni hermosa para casarme bien. Convertirme en condesa aquí sería lo mejor que podría esperar.

—¿Y aun así lo rechazarás?

Parecía estar argumentando a favor de que se casara con Mario, y ciertamente, si su madre se enteraba de que había rechazado a un conde italiano, Diana nunca dejaría de oírlo, pero después de conocer a Will, Diana sabía que no podía conformarse con nada menos que el amor. Era posible, suponía, que algún día pudiera enamorarse de otro hombre, pero casarse con Mario cuando no sentía más que un leve afecto fraternal hacia él era impensable.

—No podría ser feliz como su esposa —dijo finalmente. Intentando una débil sonrisa, trató de bromear—. Parece que no estoy más lista para el matrimonio que tú.

Su expresión era completamente seria mientras la miraba, pero finalmente asintió.

—Tienes mi apoyo en lo que desees hacer, Diana. Si quieres irte del castello después de rechazar la propuesta de Mario, estoy a tu disposición para llevarte a salvo a Venecia, o a Inglaterra, si lo prefieres.

Ni siquiera había pensado en eso, pero supuso que, en efecto, sería incómodo permanecer en el Castello Bardolino una vez que rechazara a Mario. Confiada en que Alex y Marianne apoyarían su decisión, sabía que no necesitaría recurrir a la ayuda de Will, pero aun así estaba conmovida por su ofrecimiento.

—No puedes saber cuánto aprecio tu consideración, Will. Tu amistad ha sido, con mucho, el mayor tesoro que he encontrado en Italia.

Él se sonrojó un poco y miró hacia otro lado con timidez.

—No... yo... siempre seré tu amigo, Diana. Pase lo que pase.

—¡Lady Diana! —llegó hasta ellos el entusiasta grito de Mario.

Diana hizo una mueca y volvió a mirar a Will.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó él en voz baja—. O podría...

—Debo hacer esto —apretó su brazo una vez más antes de soltarlo—. Gracias. Por todo —reuniendo una sonrisa, dejó su lado y caminó hacia donde Mario esperaba—. Buenos días, mi señor. Qué día tan hermoso. ¿Paseamos por la terraza? —juzgó que era un lugar bastante público. De todos modos, no le dio oportunidad de sugerir una alternativa, ya que tomó su brazo y marchó hacia las escaleras.

—Por supuesto —dijo Mario complacientemente.

Todavía no había nadie en la terraza, lo cual Diana supuso que era algo bueno. Era probable que Mario se pusiera al menos un poco de mal humor por su rechazo, y lo último que quería era que se avergonzara frente a los invitados en su propia casa.

Sin embargo, Mario miró alrededor como si deseara que hubiera otros allí para presenciarlo, y ella se preguntó si él pensaba que sería más probable que lo aceptara frente a otros. Posiblemente ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera rechazarlo, pensó con ironía. Era extraordinariamente afortunada de que no la presionaran para aceptarlo.

—Debo decirte que desde el primer momento de tu llegada aquí, he estado cautivado por ti —comenzó Mario, volviéndose para mirarla y tomando sus manos entre las suyas. Ella abrió la boca en un intento de interrumpirlo, pero él continuó, hablando rápidamente, las palabras

brotando—. No puedo imaginar mi vida sin ti en ella, así que por favor, di que me aceptarás, ¡acepta mi mano y mi corazón!

—Detente —dijo Diana con firmeza cuando pareció que iba a continuar con su apasionado discurso, y él se quedó congelado con la boca abierta—. Mario —suavizó su tono—. Eres muy dulce, y has sido el anfitrión más amable y generoso que podríamos haber esperado, pero me temo que no puedo aceptar tu propuesta.

Sus ojos oscuros se estrecharon.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó.

—En lo que a mí respecta, no hay diferencia. No lo aceptaré porque no puedo ser la esposa que mereces. Mereces lo que tu hermana tiene con Andrea; un matrimonio de afecto y admiración mutuos —intentando suavizar el golpe, dijo—: No dudo que pronto encontrarás a una joven dama que te amará y adorará como mereces; pero esa dama no soy yo.

Parecía bastante abatido, pero curiosamente, pensó ella, no del todo sorprendido, como si hubiera esperado a medias que lo rechazara. Le besó la mano, se declaró completamente desconsolado a su manera típicamente extravagante, y luego dijo algo que ella no entendió del todo.

—Creo que desde el principio supe que no podía competir. Le deseo todo el éxito a mi rival, aunque lo envidio desde el fondo de mi corazón —con los labios apretados, hizo una reverencia antes de darse la vuelta y alejarse apresuradamente, con los hombros caídos, dejando a Diana mirándolo totalmente desconcertada.

—¿Qué rival? —dijo a su espalda que se alejaba, pero él no se dio la vuelta.

Solo puede referirse a Will, pero... tiene una impresión completamente equivocada de nuestra amistad. Un hombre celoso no era del todo racional, supuso.

Al volverse para volver a entrar en el castello, se encontró con Valentina en la puerta; la otra chica la abrazó, preguntando emocionada:

—¿Has visto a mi hermano? ¿Ha hablado contigo?

Por supuesto, Mario le había dicho a Valentina que planeaba proponerle matrimonio, se dio cuenta Diana. Probablemente lo había animado a hacerlo. Valorando la amistad de Valentina como lo hacía, Diana odiaba tener que darle la noticia.

—Lo hice... y Valentina, lo siento, pero tuve que rechazarlo.

La boca de Valentina se abrió, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Lo rechazaste? —dijo en tono de pura incredulidad. Ante el lento asentimiento de Diana, Valentina se tapó la boca con la mano con un grito de angustia, y luego pasó corriendo junto a ella por la terraza, yendo en la dirección que Mario había tomado cuando se fue.

—Intenté decirle que esto pasaría —dijo una voz secamente, y Andrea salió de la casa, sacudiendo la cabeza—. Estaba tan encantada con la idea de que su querida amiga se casara con su hermano y se quedara aquí en su casa, que en realidad no consideró si él te convenía en absoluto.

—Es un joven muy agradable —dijo Diana diplomáticamente, y Andrea se rio.

—Lo es, y en unos años, encontrará a una dama que le convenga y sin duda serán muy felices.

—No me di cuenta de sus intenciones de proponerme matrimonio —admitió Diana—, de lo contrario, habría tomado medidas para desalentarlo más firmemente antes de que llegara a este punto. Nunca desearía ni por un momento que resultara herido.

Andrea hizo un gesto con la mano, desestimando su preocupación.

—Fue al menos la mitad idea de Valentina —señaló—, y no le hará ningún daño que uno de sus planes no salga exactamente como ella desea. La amo, pero reconozco que quizás se le ha dado demasiado su propio camino.

Esa era una forma amable de decir que Valentina estaba un poco mimada, supuso Diana. No dijo nada, y Andrea sonrió ligeramente.

—Nuestras familias están conectadas, Diana, y aunque me hubiera alegrado ver una conexión más estrecha con tu matrimonio con Mario, has actuado con gran integridad al seguir tu corazón y rechazarlo. Creo que ambos serán más felices por ello, aunque él no lo entienda todavía.

—Gracias por tu apoyo, especialmente porque no somos realmente familia —Diana se sintió obligada a señalar.

—Alex es mi familia, y él te considera *su* familia. Eso es suficiente para mí —Andrea se encogió de hombros, con un brillo en los ojos—. No te arrepientas de rechazar a Mario. Me aseguraré de que Valentina no se enfurruñe por mucho tiempo.

Ella se acercó para besarle impulsivamente la mejilla, y Andrea se rio.

—Quizás aún podamos estar más estrechamente conectados, ¿eh? Will también es parte de mi familia, después de todo.

—¡Oh! —Diana sintió que sus mejillas se enrojecían. Negó con la cabeza enérgicamente—. ¡Todos parecen tener una impresión equivocada; te aseguro que no hay nada más que amistad entre Balford y yo!

—¿Es así? —Andrea arqueó una ceja oscura.

—¡Sí! No nos convendríamos en absoluto —insistió ella—. Para empezar, no soy en absoluto adecuada para ser duquesa.

Él pareció bastante escéptico, pero se inclinó con su habitual cortesía y dijo:

—Si tú lo dices.

—Te ruego me disculpes —Diana decidió que era hora de escapar, antes de decir algo que no pretendía—. Debo encontrar a mi tía.

Andrea asintió.

—Tal vez quieras informarle que he tomado una decisión con respecto a nuestra partida a Venecia —señaló—. Nos iremos en una semana, y por supuesto estás invitada a viajar con nosotros.

—Creo que Lord Glenkellie tiene la intención de viajar directamente a Florencia, en lugar de regresar a Venecia —dijo Diana, sintiéndose en privado muy agradecida de que su futuro camino ya estuviera determinado. Regresar a Venecia con Andrea y Valentina sería muy incómodo ahora que había rechazado a Mario.



Capítulo Catorce

LA REACCIÓN DE MARIANNE ANTE LA TÍMIDA CONFESIÓN de Diana de haber rechazado la propuesta de Mario fue todo lo que Diana podría haber esperado; Marianne se levantó de su silla, agarró a Diana en un fuerte abrazo y la estrechó firmemente.

—Bien hecho —dijo Marianne—. Si hubieras decidido aceptarlo, habría hecho todo lo posible por disuadirte.

—¿De verdad?

—¡De verdad! Oh, es bastante agradable y sin duda te trataría bien, pero cualquiera puede ver que no hace latir tu corazón precisamente rápido. Yo estuve atrapada en un matrimonio sin amor la primera vez, Diana; ahora que he encontrado la alegría de mi corazón con Alex, no desearía nada menos para ti. —Con un último apretón, Marianne la soltó.

Diana se encontró parpadeando para contener las lágrimas. —Gracias —susurró con voz ronca, y Marianne le besó las mejillas, sonriendo cálidamente.

—Nada de eso, querida. Has hecho exactamente lo correcto, aunque debo sugerir encarecidamente que todos hagamos un pacto para no mencionarlo nunca a tu madre. ¡Lavinia podría negarse a verme de nuevo si descubriera que no solo te permití, sino que te animé a rechazar su proposición!

Eso estaba demasiado cerca de la verdad para ser una broma, pero Diana se rió de todos modos.

—¡Ciertamente no tengo intención de dejar que se entere nunca de que rechacé la oportunidad de ser condesa!

—¡Ni pensarlo! —Marianne se rió con ella.

Sin embargo, Diana se puso seria rápidamente, admitiendo: —Me siento tan culpable por Valentina. Estaba molesta, y ha sido tan amable, regalándonos sus vestidos a Clarry y a mí.

—¿Y esto debería obligarte a casarte con su hermano? —Marianne alzó una ceja.

—Bueno, no, pero...

—Sin peros, querida. Mario tuvo una oportunidad justa de ganar tu corazón, y no lo logró. Incluso estabas dispuesta a mirarlo con buenos ojos, por tu amistad con Valentina y su evidente entusiasmo por una posible unión. No puedes culparte porque las cosas no salieran como Valentina quería. Si he aprendido algo en mi vida, es esto: no tomes decisiones importantes sobre tu futuro considerando la felicidad y la conveniencia de nadie más que tú misma. En la medida en que tengas el poder de trazar tu propio rumbo, no permitas que los deseos de nadie más dirijan tu camino.

Ese era un excelente consejo, pensó Diana, y se sintió doblemente agradecida de que Alex y Marianne le hubieran permitido la libertad de tomar sus propias decisiones sin tratar de influenciarla de ninguna manera.

—Alex y yo ya hemos discutido nuestra partida planeada —continuó Marianne—. De hecho, Alex dijo que deberíamos quedarnos un poco más para permitirte tomar una decisión sobre Mario, pero ahora que tu decisión está tomada, creo que nos prepararemos para partir en los próximos días. Su madre envió una carta que recibimos ayer mismo; se estaba preparando para regresar a Venecia, desde donde tomaría un barco para navegar hasta Florencia, cuando la envió. Estará de vuelta en Florencia antes de que lleguemos, ya que tenemos la intención de viajar por tierra.

Aliviada de no tener que quedarse mucho tiempo en la incómoda situación que seguramente se produciría aquí en el Castello Bardolino, Diana agradeció profusamente a Marianne una vez más antes de regresar a su habitación. Lo mejor sería mantenerse al margen durante al menos un día o dos, juzgó.

Clarissa se unió a ella, pero para alivio de Diana, su hermana no le pidió que repasara todo de nuevo ni se burló de ella. En su lugar, Clarissa simplemente le pasó el brazo por la cintura y se acomodó para sentarse junto a ella en la chaise longue, anunciando que estaba deseando pasar el día en compañía de su hermana.

Valentina vino de visita por la tarde, y Diana se puso tensa anticipando un encuentro profundamente incómodo, pero Valentina estaba bastante calmada. Andrea había hablado con su esposa, supuso Diana, y Valentina solo expresó brevemente su decepción antes de volver a profesar su profundo afecto por Diana y desearle toda la felicidad.

—Andrea desea regresar a Venecia ya que tiene negocios que atender, así que los acompañaremos hasta Verona. Andrea ayudará a Lord Glenkellie a obtener todos los papeles y permisos necesarios para su viaje en barco.

—Oh, no vamos a ir en barco —dijo Diana—, vamos por tierra.

Valentina sonrió ante eso. —Parte del camino, pero Italia tiene excelentes ríos navegables. Ahorrarán unos días y estarán más cómodos tomando un barco desde Verona hasta Rovigo.

—Necesito mirar un mapa —se dio cuenta Diana, y Valentina inmediatamente envió a un sirviente a buscar uno.

Las distancias no eran tan grandes como Diana había esperado; en línea recta, pensó que Rovigo parecía bastante fuera de su camino, pero Valentina insistió en que sería mucho más cómodo viajar de Verona a Rovigo en barco fluvial por el Adigio y luego tomar un carruaje hacia el sur hasta Ferrara, de allí a Bolonia, y finalmente cruzar los Apeninos hasta Florencia.

—Tendrán que pasar la noche en algún lugar durante el viaje de Bolonia a Florencia —dijo Valentina sabiamente—. Probablemente dos veces. Nunca he viajado por ese camino, pero Andrea sabrá dónde deberían quedarse. Está escribiendo cartas para que Lord Glenkellie las lleve, para presentarlas a los funcionarios a lo largo de su viaje mientras cruzan de un distrito a otro. Los Franchetti tienen familia en puestos importantes por toda Italia; no deberían tener problemas.

—Esperemos que no. —Diana estudió detenidamente el mapa, mirando las ciudades que visitarían a lo largo de la ruta que Valentina describía—. ¿Has estado alguna vez en Bolonia? ¿Qué hay para ver allí?

Pasaron una agradable hora discutiendo los viajes que Valentina había realizado con su padre algunos años atrás, y cuando la otra mujer se fue, Diana se sintió al menos algo más cómoda de que su amistad no se hubiera roto irremediablemente.



Una semana después de que Diana rechazara la propuesta de Mario, abandonaron el Castello Bardolino. Ya era principios de octubre y el clima comenzaba a refrescar, con nubes grises que constantemente se deslizaban sobre las montañas cercanas. Si esperaban mucho más, el clima haría que cruzar los Apeninos fuera un asunto desagradable y arriesgado, les advirtió Andrea durante los dos días que se quedaron en Verona para tramitar permisos y documentos de viaje para su travesía.

Afortunadamente, Mario no había decidido abandonar su castillo para acompañarlos, a pesar de los ruegos de Valentina para que su hermano pasara el invierno con ellos en Venecia. No había importunado a Diana de nuevo, para su inmenso alivio, aceptando con gracia su negativa al pie

de la letra, aunque la seguía con ojos tristes cada vez que ocupaban la misma habitación. Ella se había despedido de él con afecto, pero sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento por su decisión, alejándose de Bardolino sin mirar atrás.

Will la había evitado desde aquella mañana en que la interceptó y le advirtió que se preparara para la propuesta de Mario. No estaba segura de por qué, pero temía que él pudiera pensar que ella tenía la intención de poner sus miras en él. Se había vuelto cada vez más obvio que Valentina, al menos, pensaba que eso era exactamente lo que planeaba hacer, sin importar cuántas veces Diana protestara diciendo que Will era solo un amigo.

Los barcos fluviales en el Adigio eran más grandes que las góndolas de Venecia, pero estaban diseñados en un estilo casi idéntico. Diana estaba completamente encantada con ellos, encontrando extremadamente agradable flotar lentamente con la corriente y observar el encantador paisaje. Pensó que probablemente podrían haber ido más rápido a caballo, pero Valentina tenía razón; esta era una forma mucho más agradable de viajar.

El grupo se separó en Rovigo, con Andrea y Valentina continuando río abajo desde donde eventualmente llegarían al mar y regresarían a Venecia en barco, mientras que el componente inglés del grupo desembarcó para unirse a los caballos y el carruaje que Alex había enviado por adelantado para que estuvieran listos para ellos.

Diana se despidió de Valentina, quien gimió histriónicamente y se aferró a su cuello. Diana se sintió un poco llorosa también; no había esperado hacer una amiga tan cercana en Italia y Valentina, a pesar de todas sus manipulaciones mientras intentaba emparejar a Diana con su hermano, se había vuelto verdaderamente querida para ella.

—Nos volveremos a ver, espero, querida —le dijo a la duquesa sollozante—. El próximo verano, convence a Andrea de que te lleve a Inglaterra. Serás la sensación de Londres.

—Practicaré mi inglés todo el invierno —prometió Valentina entre lágrimas, y Diana besó sus mejillas con cariño antes de aceptar la mano de Alex y bajar del barco fluvial al muelle.

Will fue el último en desembarcar, abrazando a Valentina y compartiendo un abrazo fraternal con Andrea antes de subir al muelle junto a Diana. Ella le sonrió tentativamente, pero él apartó la mirada y se dirigió hacia donde esperaban dos caballos junto a un par de carruajes, uno para las damas y el otro para su equipaje y los dos sirvientes que los acompañaban, la fiel doncella de Marianne, Jean, y el hombre de Alex, Simons, ambos habían viajado con el grupo desde Inglaterra.

Tomando asiento junto a Clarissa, Diana miró sin ver por la ventana mientras el carruaje partía, preguntándose miserablemente si había alguna manera de recuperar la fácil amistad que

finalmente había encontrado con Will. ¿Quizás él pensaba que ella debería haber aceptado a Mario? Por cualquier medida, habría sido un buen partido. Sin embargo, Will era quien le había advertido que se preparara para la propuesta de Mario, incluso se había ofrecido a disuadirlo. Había comentado que ella podía aspirar a algo mejor. ¿Pensaba que ella había tomado ese comentario como un estímulo para poner sus miras en el propio Will? ¿Andrea o Valentina le habían dicho algo?

Exhaló un suspiro infeliz, con los ojos fijos en la figura alta y erguida de Will mientras cabalgaba junto a Alex, conversando con él. Extrañaba conversar con él, extrañaba su amistad.

—Ese es un suspiro bastante profundo, Diana —observó Marianne, sin malicia—. Estoy segura de que volverás a ver a Valentina, ¿sabes? Parecía bastante entusiasmada con la idea de visitar Inglaterra. Y podrás escribirle.

—En efecto —concordó Diana, recomponiéndose y esbozando una sonrisa en su rostro—. Se ha convertido en una querida amiga y extrañaré su compañía. —Al menos su despedida proporcionaba una excusa para su melancolía y no necesitaba fingir estar completamente encantada de viajar de nuevo.

El grupo se detuvo en un hotel justo al sur de Rovigo que Andrea les había recomendado antes de continuar hacia Ferrara al día siguiente, cruzando el imponente río Po por un puente que se mantenía en pie desde la época romana. Se quedaron dos días en Ferrara, tomándose el tiempo para recorrer el Castello Estense, la fortaleza medieval amurallada en el corazón de la ciudad.

Y durante cada minuto de cada día, Will era dolorosa y exquisitamente consciente de Diana. De la maravilla en su semblante mientras admiraba la arquitectura de la gloriosa catedral de Ferrara. De la forma en que sus ojos se cerraban y suspiraba con deleitado éxtasis cuando probó por primera vez la especialidad local de *panpepato*, un denso pastel de frutas y nueces condimentado con pimienta y canela y cubierto de chocolate. Por impulso, le pagó generosamente a un chef para que le escribiera la receta, y luego pasó dos días agonizando sobre cómo podría asegurarse de que se le entregara regularmente a Diana en Inglaterra antes de aceptar con reluctancia que no podía hacer tal cosa.

Cada vez que miraba a Diana escuchaba de nuevo aquellas fatídicas palabras, las palabras que ella había pronunciado cuando él le advirtió de la inminente propuesta de Mario.

«*No estoy más lista para el matrimonio que tú, al parecer*».

¿Cómo podía decirle que sus sentimientos sobre el matrimonio habían cambiado por completo desde que la volvió a encontrar en Venecia? ¿Que había dejado Inglaterra totalmente resuelto a

evitar atarse por tanto tiempo como fuera posible, pero ahora todo lo que podía pensar era en cuánto deseaba casarse... siempre y cuando Diana fuera su novia?

Había intentado insinuar su afecto por ella el día que visitaron las Grutas de Catulo, pero había sido torpe con sus palabras como de costumbre y ella solo lo había mirado con ojos abiertos y desconcertada, obviamente sin entender su significado, o interpretándolo solo como amistad.

Su caballo relinchó y se agitó bajo él, y Will se dio cuenta de que estaba aferrando las riendas con los nudillos blancos, sus piernas apretadas a los costados del pobre animal. Exhalando un suspiro, se obligó a relajarse y palmeó el cuello del caballo. Estaban casi en Bolonia, las vastas murallas de la ciudad se alzaban ante ellos, donde pasarían tres o cuatro días explorando antes de emprender el cruce de los Apeninos.

—¿Estás bien ahí, Balford? —preguntó Alex, cabalgando a su lado.

—Por supuesto. Solo tengo un poco de frío —Will fingió un ligero escalofrío—. El clima definitivamente está cambiando hacia el otoño, incluso tan al sur como estamos.

Alex era la última persona con la que se atrevía a hablar sobre sus sentimientos. Aunque Alex y Marianne habían permitido que Diana rechazara la propuesta de Mario, había un mundo de diferencia entre un conde italiano y un duque inglés, y Will lo sabía. ¡Demonios, Alex ya casi le había dado permiso para proponerle matrimonio a Diana! Si Will indicaba que siquiera lo estaba considerando, Diana definitivamente se vería sometida a cierta presión para aceptarlo, y eso era lo último que él quería.

Suspiró, esbozó una ligera sonrisa para Alex y buscó en su abrigo su paquete de documentos de identidad mientras se acercaban a la concurrida puerta de la ciudad. Los guardias permitían el paso a la mayoría de las personas sin molestarlas, pero se enderezaron al ver a un grupo de viajeros en buenos caballos con carruajes de calidad.

Alex y Will intercambiaron miradas cínicas. Ya habían aprendido que unas cuantas monedas en las palmas adecuadas hacían que todo fuera mucho más sencillo, aunque sus papeles estuvieran perfectamente en orden. Si querían entrar en la ciudad, encontrar su hotel y que su grupo se instalara con seguridad en habitaciones cálidas antes de que cayera la oscuridad, era hora de meter las manos en sus bolsillos, o sentarse durante horas mientras revisaban su equipaje en busca de "contrabando" que no podía ser definido con precisión cuando preguntaban qué, exactamente, podrían estar buscando los guardias.

En menos de una hora, estaban llegando al muy elegante Hotel Grande Albergo Imperiale en la Piazza del Nettuno, aunque una mirada a la magnífica estatua de Neptuno que se alzaba sobre

una fuente en la plaza hizo que todos olvidaran al instante su cansancio y su ansia por estar dentro.

—¡Vaya, Neptuno debe medir más de doce pies de altura! —se maravilló Diana, caminando hacia la estatua con la cara inclinada hacia arriba y los ojos abiertos de asombro. Will instintivamente la agarró del brazo, deteniéndola, y un caballo con un carro pasó traqueteando, casi pisándole los pies.

—¡Oh! —Conmocionada, Diana retrocedió y chocó contra el pecho de Will. Él la atrajo protectoramente hacia sí antes de recordarse a sí mismo y dar un paso atrás para poner una distancia respetable entre ellos.

—Aquí, permíteme escoltarte.

—¡Gracias! —Parecía un poco conmocionada, aferrándose con fuerza a su brazo mientras él la guiaba con más cautela hacia la fuente—. Debería haber sido más cuidadosa, pero la estatua me tomó completamente por sorpresa. ¿Cuántos años crees que tiene? —Volvió a inclinar la cabeza para mirar hacia arriba al titán de bronce.

—Unos doscientos cincuenta y siete años —dijo Will, con cara seria.

—¡Eso es curiosamente preciso! —Giró la cabeza para mirarlo, y él no pudo reprimir su risa mientras señalaba los números romanos inscritos en el tanque de mármol en la base de la estatua.

—¡Oh, eres un bromista terrible! —Aunque se rio, antes de que un repentino rubor apareciera en sus mejillas—. Cielos. Es una escultura bastante *escandalosa* para estar en una plaza pública en un país católico, ¿no crees?

Siguiendo su mirada, Will vio lo que ella estaba mirando; las ninfas de bronce que rodeaban la base de la estatua estaban representadas sosteniendo sus propios pechos, con agua brotando de sus pezones. El propio Neptuno estaba desnudo, podía ver desde este ángulo, aunque sus partes privadas eran de tamaño moderado comparadas con algunas obras de arte que había visto.

—Para ser una escultura católica, es positivamente pagana —estuvo de acuerdo, optando por comentar ese hecho en lugar de la naturaleza bastante erótica de las esculturas—. Pero entonces, la mitología siempre ha sido un tema popular para los artistas de todo tipo.

Alex ya había notado las posturas bastante explícitas de las ninfas y apresuradamente declaró que estaba haciendo demasiado frío para que las damas estuvieran afuera, poniendo una mano firme en los hombros de Diana y Clarissa y marchándolas hacia el hotel. Sonriendo con diversión, Will ofreció su brazo a Marianne, que obviamente estaba reprimiendo su risa, y los siguió hacia el interior cálidamente acogedor del hotel.



Capítulo Quince

ALA MAÑANA SIGUIENTE, SALIERON EN GRUPO PARA EXPLORAR Bolonia. Una fina lluvia había comenzado a caer durante la noche, pero pronto descubrieron que el clima apenas les afectaba, ya que todas las calles de la ciudad parecían estar flanqueadas por pórticos. Caminaron kilómetros y kilómetros bajo ellos, admirando las elegantes tiendas, visitando iglesias y entrando en la Academia de Arte, que Diana encontró decepcionante por no estar demasiado dotada de bellas obras.

De regreso al hotel por la tarde, los dos hombres estaban ansiosos por visitar los lugares más altos de la ciudad, dos torres cuadradas de ladrillo, al menos una de las cuales era visible desde casi cualquier punto de la ciudad.

—Tengo entendido que mide unos cien metros de altura —dijo Will mientras se acercaban finalmente a la base de la torre más alta—. Es la torre más alta de Italia, aunque no el edificio más alto; la cúpula de San Pedro llega más alto.

—No está recta —Diana inclinó ligeramente la cabeza, entrecerrando los ojos—. ¡Ninguna de las dos lo está! Aunque la torre más pequeña solo tenía un tercio de la altura, pensó que en realidad se inclinaba más severamente, con la parte superior inclinándose vertiginosamente sobre sus cabezas mientras estaban en su base.

Había un puesto de zapatero justo en la entrada de la torre más alta; el hombre explicó que él se encargaba del cuidado del edificio, llamado la Torre de Asinelli. Se sorprendieron al saber que tenía unos setecientos años, aunque al mirar la escalera de madera de aspecto destartado que se enroscaba dentro del edificio, Diana podía creerlo perfectamente.

El zapatero le dijo a Will que había una pequeña tarifa para subir a la torre, y Will metió la mano en su bolsillo, sacando algunas monedas. Mirándolas, se dispuso a seleccionar algunas, obviamente para pagar al hombre, y sin pensarlo, Diana extendió la mano para tocarle el brazo.

—Oh, Will, no lo hagas —dijo ella—. No solo está inclinada la torre, sino que esa escalera no parece nada segura. Por favor. —Llevándose la mano libre al pecho en un vano intento de calmar su corazón, que empezaba a latir demasiado rápido por el miedo ante la idea de que él subiera por esos escalones destartalados, miró hacia la oscuridad polvorienta y tenue—. No subas ahí. Me preocuparía por ti en cada paso hasta que volvieras a bajar sano y salvo.

Apenas había terminado de hablar cuando se dio cuenta de que se había extralimitado, que no tenía derecho a pedirle que no hiciera nada. Esperando plenamente que él se riera y descartara sus preocupaciones, se sorprendió cuando él hizo una pausa, estudiándola un momento con esos llamativos ojos azul profundo. Y luego terminó de seleccionar unas cuantas monedas, volvió a meter las otras en su bolsillo y pagó al zapatero.

—Gracias por la información, señor. Sin embargo, no subiré hoy.

—Hay una vista muy hermosa desde la cima —afirmó el hombre, guardándose rápidamente las monedas.

—Sin duda, pero en unos días ascenderemos los Apeninos, que son aún más altos y tienen abundantes vistas hermosas. —Con una última mirada hacia arriba, Will le ofreció su brazo a Diana y la escoltó hacia afuera.

Ella no estaba muy segura de qué decirle. Apenas habían hablado en días, pero estaba bastante segura de que él había descartado su plan de subir a la torre únicamente porque ella se lo había pedido. Ahora se sentía culpable por haberlo privado del placer que sin duda habría obtenido de la aventura, aunque al menos la sensación de malestar en su vientre ante la idea de que él subiera por esas escaleras decrepitas estaba disminuyendo.

—¿No te gustan mucho las alturas? —preguntó Will mientras se alejaban de la entrada de la torre, haciéndose a un lado cuando un grupo de jóvenes llegó para entrar, empujándose unos a otros y hablando en voz alta.

—Solo me preocupan las alturas si creo que hay un peligro real de caer. Admítelo, ¡esas escaleras parecían bastante decrepitas!

—Lo eran. Es sorprendente en un país con abundancia de mármol y piedra para construir, y considerando la edad de la torre; uno habría pensado que las escaleras ya habrían sido reemplazadas por algo más sustancial. —Colocó su mano sobre la de ella donde descansaba en su brazo, y aunque ambos llevaban guantes, ella sintió el calor de su tacto—. Para ser honesto, no habría pensado nada en subirlas, pero no quisiera en absoluto hacerte preocupar por mi cuenta.

—Estaba siendo melindrosa, y ahora me siento culpable por haberte hecho perder una experiencia interesante —admitió Diana.

Will se rió suavemente y negó con la cabeza.

—Difícilmente es algo que haya estado esperando durante todo el viaje, ¡simplemente un capricho cuando escuché que era posible subirla! Probablemente me hayas ahorrado tener las piernas adoloridas mañana, además. Quinientos escalones arriba y abajo de nuevo sería bastante agotador.

Aceptando su decisión como definitiva, ella se permitió una pequeña sonrisa en respuesta. Clarissa se acercó entonces por el otro lado de Will y reclamó su otro brazo, charlando emocionada sobre todo lo que habían visto ese día, y él dirigió su atención hacia ella indulgentemente, dejando a Diana sola con sus pensamientos.

Al menos él volvía a hablarle, de hecho, parecía haber tenido en cuenta sus sentimientos cuando cambió de opinión sobre subir a la torre. Tendría que conformarse con eso. Sus sentimientos eran un lío desesperado en lo que a él se refería, pero la distancia que había puesto entre ellos desde que ella rechazó la propuesta de Mario le había dolido mucho.

Mientras caminaban de regreso por otra de las largas calles porticadas de Bolonia hacia el hotel, agradecidos por la cobertura ya que la lluvia había comenzado a caer suavemente, Diana se permitió esperar que su amistad con Will tal vez pudiera reavivarse. Si ella le asegurara que no corría peligro de que ella pusiera sus miras en él, ya no tendría que preocuparse por mantener una distancia apropiada y podrían estar cómodos el uno con el otro como lo habían estado antes.

—Tengo muchas ganas de llegar a Florencia, ¿tú no, Clarissa? —Miró por encima de Will a su hermana y habló alegremente mientras se acercaban al hotel—. El tío Alex dice que su tía se considera una casamentera y sin duda conocerá a varios jóvenes elegibles que está ansiosa por presentarnos.

Will se tensó, y ella dijo rápidamente:

—Aunque, por supuesto, ella ni siquiera sabe que nos acompañas, Will, así que no temas que tenga una procesión de jóvenes damas listas para lanzártelas a la cabeza.

—No me preocupa eso —dijo él—, pero pensé que habías resuelto no casarte con un italiano.

—¿Cuándo dije eso? Solo porque Mario no me convenía, esa es una conclusión bastante apresurada. —Le lanzó una mirada descarada—. Era más joven que yo y de ninguna manera estaba listo para sentar cabeza. Habría sido un esposo terrible.

Will simplemente la miró por un momento, aparentemente desconcertado, antes de decir lentamente:

—Entonces... ¿estás ansiosa por encontrar un marido en Florencia?

—Bueno, si lo hago, al menos tengo la seguridad de que se me permitirá hacer mi propia elección —dijo Diana—. Si regreso a Inglaterra soltera, mi destino es mucho menos cierto. Mi padre está ansioso por cimentar relaciones con varios lores prominentes; dos hijas en edad casadera son demasiado útiles para desperdiciarlas.

—Ya veo —dijo Will en voz baja, y entonces llegaron al hotel, un lacayo les abrió la puerta, y Will soltó su brazo.

Diana sintió una curiosa sensación de pérdida cuando él dio un paso atrás y les hizo a ella y a Clarissa una pequeña reverencia cortés.

—¿Por qué dijiste eso? —le susurró Clarissa mientras las dos subían las escaleras, dirigiéndose a su habitación compartida.

—¿Decir qué? —Diana fingió ignorancia.

—¿Por qué le dijiste a Balford que planeas permitir que la tía de Alex te empareje con algún señorito florentino?

—Porque no tengo ninguna objeción si lo hace.

—¡Excepto por el hecho de que tu corazón ya está comprometido con un lord muy *inglés*!

—¡Que no está buscando esposa! —Diana se volvió hacia su hermana, su propio dolor haciéndola atacar—. ¡Cada palabra que dije era verdad, Clarry! Sabes que si volvemos a casa solteras, padre y madre no me permitirán, al menos a mí, la más mínima elección en el asunto. ¡Y tú tendrás que hablar rápido para convencerlos de que te permitan una temporada también!

Clarissa se quedó paralizada, con los labios ligeramente entreabiertos.

—Realmente crees eso —dijo lentamente.

—Madre lo dejó muy claro antes de que nos fuéramos. —Diana se hundió en la cama—. Me dijo que encontrara un marido, o me encontrarían uno.

Después de un momento, Clarissa se sentó a su lado.

—Balford te tiene en gran estima —dijo.

—Somos amigos, eso es todo. Ha dejado muy claro que no está buscando esposa, y como duque, tiene ciertas obligaciones. Lady Elspeth insinuó que podría casarse con una princesa austríaca, ¡por el amor de Dios! ¡Yo soy totalmente inadecuada!

Clarissa no dijo nada más, pero puso su brazo alrededor de los hombros de Diana y la abrazó más cerca, ofreciendo consuelo y solidaridad fraternal. Con un suspiro, Diana apoyó su cabeza contra la de su hermana.

—Desearía que fuera de otra manera —expresó la verdad en un suave susurro—. Desearía que me amara como yo lo amo a él. Que ignorara esas obligaciones de casarse bien y me eligiera a mí.

—Duquesa de Balford —Clarissa besó su mejilla—. ¡Imagínatelo!

—Oh, no. —Diana se rió—. No. En realidad, sería sabio que no me eligiera. Yo sería una duquesa terrible.

—Serías bastante magnífica —insistió Clarissa lealmente—, y Balford es un tonto si no te elige.

—¡No debes hablarle de esto, Clarry! —Conociendo demasiado bien a su hermana franca, Diana tomó la mano de Clarissa entre las suyas y la apretó con fuerza—. No debes hacerlo. ¡Prométemelo!

Clarissa suspiró.

—Estás cometiendo un error.

—Prométemelo.

—Muy bien, lo prometo.

Diana siguió mirándola fijamente hasta que Clarissa suspiró de nuevo y elaboró:

—Prometo que no le hablaré a Balford sobre el hecho de que creo que serías la duquesa perfecta para él, y que creo que debería casarse contigo tan pronto como pueda arreglarlo.

—¡Clarry!

—También prometo que no mencionaré nada sobre que estás perdidamente enamorada de él.

—¡Que Dios me libre de hermanas entrometidas! —Diana no pudo evitar sonreír—. Todo estará bien, Clarry. Las cosas se resolverán. Estoy segura de ello.

Clarissa no parecía tan segura, pero se reclinó contra Diana.

—Si no otra cosa, este viaje será una aventura que recordaremos toda nuestra vida, ¿no?

—Eso, ciertamente lo será. —Diana miró por la ventana de su habitación, la habitación que daba directamente a la plaza de afuera, con la gigantesca estatua de Neptuno y sus arriesgadas ninfas—. No le contemos a madre sobre esta vista en particular, ¿eh?

Clarissa estalló en risitas, y Diana sonrió, satisfecha de que su hermana hubiera abandonado el tema. Por ahora, al menos.



Capítulo Dieciséis

DOS DÍAS DESPUÉS, SU GRUPO SE PUSO NUEVAMENTE en marcha, partiendo de Bolonia en la última etapa de su viaje a Florencia. En caminos planos habría sido posible cubrir la distancia en un solo día, pero los caminos estaban lejos de ser llanos mientras comenzaban a ascender los Apeninos, añadiendo bueyes a los caballos del carruaje para ayudarlos en la empinada subida.

Se detuvieron en la primera cumbre para contemplar maravillados la vista, las llanuras extendidas ante ellos brillando bajo la luz matinal, la ciudad amurallada de Bolonia parecía casi un juguete de niños desde su gran elevación. El viento era terriblemente frío, y Diana se estremeció mientras estaba de pie junto al carruaje; un suave toque en su hombro la hizo mirar alrededor, para encontrar a Will allí, poniéndole una manta sobre los hombros.

—No deberías estar de pie en el viento por mucho tiempo —dijo él—. Te resfriarás.

—Oh, por el amor de Dios —murmuró Clarissa con impaciencia y para nada en voz baja. Aunque estaba a no más de tres metros de distancia, ni Will ni Diana la escucharon, ambos demasiado ocupados mirándose con nostalgia—. ¿Por qué no dice algo uno de ellos?

—Lo harán a su tiempo —dijo Marianne a su lado, y Clarissa se sobresaltó. No había oído a Marianne acercarse, sus pasos eran suaves—. No interfieras, Clarissa. Sé que es tentador tratar de ayudar, pero podrías hacer más daño que bien.

—Ambos están siendo estúpidos —Clarissa frunció el ceño—. Y ahora Diana le está mintiendo. Las cejas de Marianne se arquearon.

—¿Sobre qué?

—¡Le dijo que planea encontrar un marido en Florencia, o que nuestros padres probablemente habrán arreglado a alguien para que se case con ella cuando volvamos a casa!

Suspirando, Marianne enlazó su brazo con el de Clarissa.

—Odio tener que decírtelo, querida —dijo—, pero es muy probable que tus padres hayan hecho precisamente eso. ¿Por qué no debería Diana hacer su propia elección, si encuentra a un caballero agradable en Florencia?

—¡Porque está enamorada de Balford! —Clarissa dio una patada en el suelo.

—Un hombre que ha dejado claro que no está listo para casarse —señaló Marianne con suavidad.

—Él cambiaría de opinión, si ella solo le diera algo de aliento —insistió Clarissa obstinadamente—. ¡Debes ver cómo la mira!

—Lo he visto, y Alex ha hablado con él al respecto, y su respuesta fue que no está listo para casarse.

—¿Lo fue? —El paso de Clarissa vaciló.

—Debes confiar en que tenemos vuestros mejores intereses en el corazón, cariño —Marianne apretó su brazo y la instó a subir de nuevo al coche—. Y también debes aceptar que no siempre somos libres de seguir nuestros corazones.

—¡Eso no es justo!

—¿Qué no es justo? —preguntó Diana, subiendo desde el lado opuesto.

No queriendo admitir a su hermana que había estado hablando con Marianne sobre el romance de Diana con Balford, o más bien, el completo fracaso del mismo, Clarissa rápidamente inventó una queja sobre no poder asistir a los bailes una vez que llegaran a Florencia, porque aún no había cumplido los dieciocho años.

Diana inmediatamente estuvo de acuerdo en que no era justo, y dirigió sus mejores argumentos persuasivos a Marianne, quien fijó en Clarissa una mirada dura. Clarissa ofreció su mejor expresión inocente en respuesta, sabiendo que su tía no estaba realmente enojada con ella.

Pernoctaron en un pequeño pueblo llamado Pietramala, donde de todos modos estaban obligados a detenerse ya que era la ubicación de la aduana fronteriza de Toscana. Alex había hecho averiguaciones y descubierto que era, con mucho, el lugar más recomendado para hacer una parada nocturna, ya que había una posada muy cómoda allí. Les complació descubrir que los informes eran ciertos, la posada estaba suficientemente abastecida con habitaciones bien equipadas y camas suaves, y la esposa del posadero era una excelente cocinera.

Como en todos los lugares donde habían estado en Italia, el vino era excelente y abundante, y después de la cena Diana se dio cuenta de que quizás había bebido un poco de más, cuando se levantó de su silla y se tambaleó ligeramente.

—Creo que me gustaría dar un pequeño paseo afuera antes de retirarme —admitió—, de lo contrario me sentiré mareada cuando me acueste.

—Por favor, permíteme escoltarte —dijo Will inmediatamente, sorprendiéndola.

—Oh, estoy segura de que estaré bien sola, por favor, no te molestes —dijo ella, pero él ya estaba tomando su mano para colocarla en su brazo.

—Estaría faltando a mi deber como caballero si te dejara salir sola en la noche —dijo, con bastante suavidad—. Aunque nos aseguraron que los bandidos ya no frecuentan esta ruta, una hermosa joven deambulando sola es una tentación para cualquier hombre que pudiera no estar demasiado preocupado por la moral o la conciencia. Y lamentablemente, tales hombres se encuentran en todas partes.

—Quince minutos, Balford —dijo Alex—, y tendré que ir a buscarlos.

—Hace demasiado frío para estar afuera más tiempo que eso de todos modos —Will tomó la capa de Diana del gancho junto a la puerta y se la sostuvo antes de ponerse su propio abrigo. Ella ató las cintas de su bonete bajo su barbilla, pensando con diversión que apenas necesitaba proteger su rostro del sol, pero la cobertura de la cabeza podría mantenerla caliente.

—Estás sonriendo —notó Will mientras abría la puerta y la guiaba afuera—, ¿qué te ha divertido?

Ella jadeó cuando una ráfaga de viento helado golpeó sus mejillas.

—Oh, nada de importancia. ¡Cielos, eso está helado!

—En efecto —Cerró la puerta tras ellos y tomó su brazo de nuevo, acercándose. Por la forma en que se paraba, ella sospechaba que estaba tratando de protegerla del viento, pero el frío ya la estaba haciendo sentir mejor, contrarrestando los efectos de calentamiento y somnolencia del vino.

—Caminemos hacia la iglesia —Señaló calle arriba por la estrecha vía empedrada—. Está a solo unos pasos; podemos ir y volver dentro del cuarto de hora, fácilmente.

Aunque estaba oscuro, el camino era lo suficientemente claro, la luz dorada de velas y fuegos derramándose a través de las ventanas de las casas que bordeaban la calle. Brazo con brazo, caminaron por la empinada colina hasta la iglesia y se pararon en la plaza frente a ella.

—¿Crees que pueda nevar? —dijo Diana, rompiendo el silencio.

Will levantó la mirada y luego negó con la cabeza.

—Hace bastante frío, pero mira hacia arriba.

Ella lo hizo y jadeó ante la visión del cielo, sin una sola nube a la vista, las estrellas tan claras y abundantes en la oscuridad que casi parecía que todo el firmamento estaba encendido en luz.

blanca.

—Nunca había visto las estrellas tan brillantes —susurró, casi con reverencia.

—Yo tampoco. —Will se giró ligeramente, aún mirando hacia arriba, y de alguna manera quedaron pecho con pecho, con las manos de Will sosteniendo sus codos mientras ambos contemplaban el vertiginoso despliegue de luces sobre ellos.

Diana sintió como si se estuviera ahogando en la luz de las estrellas, cayendo en su infinitud, con las manos de Will como único ancla que la sujetaba a la tierra. Se inclinó instintivamente hacia adelante, buscando más contacto, presionándose contra él, y él bajó la cabeza para mirarla.

—Diana —dijo suavemente, su voz un ronco rumor grave, y luego soltó sus codos.

Por un momento ella se tambaleó, privada de su apoyo, pero fue solo por un brevísimo instante, porque él solo la había soltado para rodearla con sus brazos, sosteniéndola tan cerca como nunca había estado de otro ser humano. Apenas podía respirar por la cercanía, y luego olvidó completamente cómo respirar, porque Will estaba inclinando su cabeza y presionando sus labios contra los de ella.

Su boca se sentía caliente, casi abrasadora contra sus labios fríos, y ella se quedó inmóvil por la completa conmoción. Él se apartó al instante, sus brazos cayendo de su alrededor tan repentinamente que ella se tambaleó.

—Oh, Dios —dijo él, su voz ronca y cargada de emoción—. Lo siento mucho. No quise hacer eso, Diana... Espero que puedas perdonarme.

Ella respiró profundamente, tratando de calmarse. Diciéndose severamente a sí misma que no había significado nada. Él era un joven que se había encontrado solo bajo la luz de las estrellas con una joven. Un beso era perfectamente natural, dadas las circunstancias. Obviamente se estaba arrepintiendo incluso ahora, angustiado consigo mismo por aprovecharse, posiblemente levantando expectativas en ella que no tenía intención de cumplir.

—Por supuesto que estás perdonado. —Se esforzó por mantener un tono nivelado, ligero y divertido—. Ambos hemos bebido un poco de más; de hecho, ¡me siento casi ebria por la luz de las estrellas! Volvamos, sin embargo. No sea que mi tío venga a buscarnos y se lleve una impresión completamente equivocada.

—Por supuesto —dijo Will, con un tono curiosamente plano, y luego le tomó el brazo, girando de vuelta hacia la posada.



El beso, por breve que fuera, había sacudido a Will hasta la médula. Ebria de luz estelar, había dicho Diana, y así era como se había sentido, pero era ebrio de su presencia, de la forma en que ella se había inclinado tan confiadamente hacia él mientras miraba el cielo resplandeciente. Indefenso bajo su encanto, había contemplado la delicada perfección de sus rasgos y perdido completamente la cabeza.

Sus labios habían sido tan suaves bajo los suyos, su cuerpo cediendo mientras la acercaba, por ese breve instante antes de que ella se pusiera rígida y él recuperara el sentido. Un segundo más y sin duda le habría abofeteado por su audacia al robarle un beso. Todo lo que se le ocurrió hacer fue disculparse.

El tono con el que ella había aceptado su disculpa y descartado el beso lo aplastó por completo. Era obvio que ella no le daba importancia; sin duda él no era el primer tonto en intentar robarle un beso bajo las estrellas. ¡Vaya, Mario probablemente había hecho exactamente lo mismo!

La puerta de la posada se abrió justo cuando llegaron, y Alex estaba allí, obviamente a punto de salir a buscarlos. Sonrió y asintió aprobatoriamente cuando los vio.

—Bien. Marianne y Clarissa han subido, Diana, si estás lista para ir a reunirte con ellas.

—Sí —dijo ella, y soltó el brazo de Will. Se alejó sin despedirse, sin siquiera una mirada hacia atrás, y él quiso extender la mano y atraerla de vuelta, estrecharla en sus brazos y probar sus suaves labios de nuevo, apropiadamente esta vez. Aunque hacerlo frente a su tío solo podía llevar a una conclusión.

—Creo que caminaré un poco más —le dijo Will a Alex, ignorando la mirada inquisitiva del otro hombre—. Aún no estoy cansado.

—Caminaré contigo —dijo Alex, para su horror—. Parece una lástima haberme puesto el sombrero y el abrigo para nada.

Seguro de que estaba a punto de ser interrogado de nuevo, Will no pudo relajarse mientras los dos caminaban de vuelta por la calle empedrada hacia la iglesia. Alex no dijo nada hasta que llegaron a la plaza, y entonces habló aparentemente al azar, sin mirar a Will, sino contemplando las estrellas.

—Hice algunas investigaciones mientras estábamos en Venecia. Siendo Italia un país católico, sentí curiosidad sobre cómo dos ciudadanos ingleses que resultaran ser protestantes podrían casarse en una ceremonia legalmente reconocida. En caso de que surgiera una situación en la que dos personas así lo desearan, por supuesto.

Will se alegró de la oscuridad. Significaba que Alex no podía ver el color rojo fuego que había inundado su rostro. No dijo nada, incapaz de confiar en su voz.

—Resulta que todo lo que tal pareja necesita hacer es encontrar un capellán anglicano — habiendo uno adjunto a cada embajada que Su Majestad mantiene, por supuesto— para que los case, y que el capellán les proporcione un certificado para presentar una vez que regresen a Inglaterra, en los Memoranda Internacionales que se mantienen en Doctors' Commons, que es un registro de nacimientos, matrimonios y defunciones de súbditos británicos en el extranjero.

—Ya veo —dijo Will cuando Alex hizo una pausa significativa, obviamente esperando su respuesta. Su voz salió moleestamente aguda, y apretó los labios.

—El costo para registrar tal documento es de una libra. Lo cual bien podría estar fuera del alcance de algunos marineros de la Marina Real o de una flota mercante que hayan tomado esposas en el extranjero, por supuesto, pero ciertamente está al alcance de un noble cuyo heredero debe ser incuestionablemente legítimo.

Will hizo un ruido no comprometedor en su garganta.

Alex suspiró, se volvió para mirarlo y habló más directamente.

—No puedo obligarte a casarte con ella, Balford. Pero si no puedes ver que Diana Creighton es una joven excelente que te haría una esposa excepcional, eres mucho más tonto de lo que pensaba.

—¡Claro que lo veo! —exclamó Will, incapaz de guardar silencio un momento más—. ¡Por supuesto que sí! Pero por nada del mundo querría que ella se sintiera *obligada* a aceptarme.

—Ah. —El tono de Alex transmitía profunda comprensión, y luego dijo—: Sin embargo, si no ofreces en absoluto, ella no puede aceptar, ¿verdad? Déjame aclarar algo. Mi esposa y yo nunca presionaríamos a Diana para que aceptara a alguien que no quisiera con todo su corazón desposar. Como sin duda entiendes, no se puede decir lo mismo de sus padres.

Will asintió.

—Sí, ella dejó eso bastante claro cuando explicó que tiene la intención de buscar marido en Florencia.

—¿Ella dijo...? Por supuesto que lo hizo. No quiere que te sientas obligado a hacer una oferta.

La boca de Will se abrió ante la seca observación de Alex. *¿Podría ser eso posiblemente cierto?*

Alex lo observaba atentamente.

—No tenemos intención de contarles a los padres de Diana sobre la oferta rechazada del conde de Bardolino. Ni sobre ninguna otra oferta que Diana pueda recibir, a menos que y hasta que ella decida aceptar a un pretendiente.

Will se quedó mudo, tratando de pensar en las ramificaciones de lo que Alex acababa de decirle.

El marqués lo observó un momento más antes de darle una fuerte palmada en el hombro.

—No entiendo del todo por qué no has presentado ya tu propuesta, pero en caso de que estuvieras esperando mi permiso explícito, lo tienes. Todo lo que te pediría es que, si no tienes la intención de hacer una oferta, una vez que lleguemos a Florencia, te retires con gracia de nuestro grupo.

La sorpresa ante la petición, junto con un rechazo instintivo, inundaron a Will. Entendía por qué Alex se lo pedía, por supuesto —un duque soltero rondando a Diana probablemente ahuyentaría a un buen número de potenciales pretendientes—, pero la mera idea de hacerse a un lado para dejar el camino libre a una horda de galanes florentinos persiguiendo a Diana le provocaba náuseas.

En ese momento, todo se volvió muy claro para Will. Debía declararse, y lo antes posible, dejándole claro a Diana que no habría consecuencias si decidía rechazar su propuesta. Y si lo rechazaba, bueno, haría lo que Alex le había pedido y se apartaría. Con el corazón roto, dudaba que fuera capaz de pasar una hora más en su compañía de todos modos.

—Bueno, con mi adorable esposa esperándome, me voy a la cama —Alex soltó su hombro—. No te congeles aquí fuera mientras te decides.



Capítulo Diecisiete

WILL DURMIÓ MAL, PERO NO PORQUE SIGUIERA LUCHANDO con su decisión, ni debido a alguna deficiencia en la comodidad de las camas de la posada. No, se pasó la mitad de la noche despierto mirando por la pequeña ventana las brillantes estrellas, planeando exactamente cómo podría conseguir completa privacidad con Diana para exponer su caso, y ensayando precisamente lo que diría cuando lo hiciera.

Era ya de madrugada cuando finalmente se quedó dormido. Sin embargo, cuando el hombre de Alex vino a despertarlo a tiempo para su partida planeada, se levantó lleno de energía, emocionado por el día que tenía por delante. Una cosa había resuelto con certeza: le propondría matrimonio a Diana antes de que llegaran a Florencia al día siguiente.

Por supuesto, se dio cuenta durante el desayuno que lo primero que tendría que hacer sería superar la extrema incomodidad generada por su imprudente robo de un beso la noche anterior. Diana ni siquiera lo miraba, acurrucada en un rincón y pegada como cola a Clarissa. Mejor no presionar, decidió Will, cuando su alegre saludo matutino fue recibido solo con una respuesta murmurada y ojos bajos. Encontraría una oportunidad más tarde en el día para hablar con ella en privado.

El camino a través de las montañas continuaba empinado y rocoso, aunque Will pensó que las carreteras estaban bastante bien mantenidas. Si bien podrían haber cubierto el resto de la distancia hasta Florencia en un día, les habían informado que había una vista interesante llamada el Monte di Fò, un volcán real al que era posible acercarse caminando. Aunque estaba solo a una milla más o menos del camino, no había sendero accesible ni siquiera a caballo, y fue todo un desafío atravesar las rocas para llegar al sitio. El posadero de Pietramala había enviado a su sobrino adolescente con ellos como guía, y el chico saltaba y brincaba entre las rocas con la agilidad de una cabra montesa.

Will mantenía un ojo atento sobre Diana, casi esperando que decidiera que necesitaba su ayuda, pero ella y Clarissa parecían bastante cómodas ayudándose mutuamente a través de las rocas y piedras del camino hasta que finalmente llegaron a la cima de la colina y miraron dentro del respiradero que se abría en la cima.

—Oh —dijo Diana en tono decepcionado—, esperaba ver lava naranja ardiente... ¡Dios mío! ¿Viste eso?

Will ciertamente lo había visto, un eructo de gas llameante que brotaba del respiradero tan cerca que podían sentir su calor. Se lanzó hacia adelante instintivamente, queriendo apartar a Diana, pero ella ya había retrocedido, llevándose a Clarissa con ella.

—¡Uf, apesta a huevos podridos! —exclamó Clarissa, retrocediendo rápidamente. Las dos hermanas se rieron, alejándose a una distancia más segura (y menos maloliente).

Aliviado de que Diana ya no estuviera tan cerca del respiradero, Will cedió a su propia curiosidad, acercándose un poco más. El chico local estaba casi en el borde del respiradero y parecía pensar que no corría peligro, así que Will se acercó para mirar también. Al menos, hasta que por casualidad miró hacia Diana y la vio mirándolo con esa expresión en su rostro que había visto al pie de la torre en Bolonia, cuando le había suplicado que no subiera por la escalera decrepita.

Está asustada por mí, pensó Will, y luego, con un destello cegador de comprensión, se dio cuenta, *está asustada porque le importo*.

Sin un momento de vacilación, se alejó del respiradero, enviándole a Diana una sonrisa tranquilizadora. Su sonrisa de respuesta fue de alivio, antes de que apartara la mirada rápidamente, evitando sus ojos de nuevo.

Le importo. Abrazó ese conocimiento durante todo el camino de regreso a la carretera. Podría no ser el amor desesperado que él sentía por ella, pero estaba seguro de que podrían construir un matrimonio basado en la amistad y el respeto mutuo, y uno mucho mejor que el que la mayoría de la nobleza tendría jamás.

El tiempo empeoró mientras continuaban su viaje, y para cuando llegaron a la posada de Le Maschere donde planeaban pasar la noche, estaba lloviendo fuertemente. Empapado e irritado, Will se bajó de su caballo mojado y cansado y se lo entregó con gusto a un mozo de cuadra, antes de entrar, esperando que los baños calientes estuvieran entre las comodidades que la posada pudiera ofrecer.

De hecho, rápidamente se puso a su disposición un baño caliente, seguido de una excelente cena de sopa de cebolla cubierta con queso derretido, pastel de conejo, aceitunas estofadas y un

delicioso plato de pasta con una salsa picante de frijoles y tomates, todo servido con más excelente vino italiano. Hambriento por los esfuerzos del día, Will comió vorazmente, limpiando su plato y aceptando con gusto segundas porciones.

Diana se sentó en el extremo opuesto de la mesa, y la habitación estaba iluminada solo con unas pocas velas, así que no fue hasta después de que finalmente dejó sus cubiertos a un lado que notó que ella apenas había tocado la comida frente a ella, simplemente empujándola alrededor del plato con su tenedor.

—Diana —dijo—, ¿te sientes bien?

Ella normalmente comía con bastante apetito, expresando disfrute al probar las delicias locales. Cuando levantó los ojos hacia él, notó que estaban vidriosos. Estaba pálida, y su mano temblaba mientras la llevaba a su frente.

—Yo... no me siento muy... —dijo, y entonces sus ojos se cerraron y se deslizó sin fuerzas de su silla para caer en un montón sin gracia en el suelo.

Una vez más, Will fue demasiado lento para atraparla, aunque mientras saltaba de su silla y se apresuraba a su lado, juró que nunca más le fallaría. Recogiéndola en sus brazos, presionó una mano contra su frente, horrorizado al encontrarla ardiendo de fiebre.

La mano de Marianne estaba justo al lado de la suya, los ojos de la marquesa encontrándose con los suyos con conocimiento compartido. —Llévala a su habitación —instruyó Marianne, y Will asintió, poniéndose de pie, sosteniendo a Diana cerca de su pecho.

Alex dio un paso adelante, haciendo un gesto como para tomar a Diana él mismo, y los brazos de Will se tensaron. —Yo la tengo —dijo, tratando de mantener su voz firme—. Por favor —añadió.

Alex retrocedió sin decir una palabra, adelantándose para abrirle la puerta, precediéndolo escaleras arriba y abriendo otra puerta para permitir que Will entrara en la habitación de Diana. Marianne había llamado a su doncella y Jean ya estaba allí, destapando la cama para que él depositara a Diana antes de echarlo firmemente.

—Averigua si hay un médico aquí —dijo Marianne mientras pasaba junto a él, y entonces la puerta se cerró en su cara y se quedó solo afuera.

Alex estaba consolando a una Clarissa angustiada en el salón donde habían cenado; Will les echó un vistazo brevemente antes de ir en busca del posadero.

—¿Un médico? —El hombre negó con la cabeza, pareciendo casi divertido—. No en Le Maschere. En Florencia.

—¿Qué tan lejos está? —Will estaba perfectamente dispuesto a montar su caballo e ir a buscar un médico.

—Diez millas, pero no será fácil encontrar un médico de la ciudad dispuesto a venir hasta aquí. Sin embargo, están las monjas del convento de Bosco ai Frati; está a solo dos millas de aquí. Ellas vendrán por la mañana.

—Si enviamos el carruaje, ¿vendrían esta noche? Lady Diana está muy enferma.

El posadero se encogió de hombros. —Tal vez. Por una donación a su orden.

Will no lo pensó dos veces antes de meter la mano dentro de su abrigo y sacar su bolsa. Al abrirla, vació todo el contenido sobre el mostrador; un montón considerable de oro y algo de plata tintineó cuando las monedas chocaron entre sí. —¿Sería suficiente?

Los ojos del posadero se desorbitaron. —Creo que sería suficiente, mi señor —dijo con un tono ligeramente estrangulado.

—Bien. —Will metió el dinero de vuelta en la bolsa y la puso en la mano del hombre—. Vendrás conmigo para convencerlas. Vamos.

El cochero no estaba muy contento de ser sacado de la cómoda habitación sobre los establos en la que se había instalado, pero la promesa de un pago extra finalmente lo hizo levantarse y refunfuñar, dando órdenes a los mozos mientras volvían a poner los caballos en las riendas. Los caballos parecían, si acaso, aún menos impresionados que el cochero por tener que salir de nuevo bajo la lluvia, ahora sumada a la oscuridad. El posadero, sin embargo, sacó varias lámparas de carruaje adicionales, y pronto estaban rodando a través de la noche hacia el convento, con Will susurrando oraciones silenciosas para que su "donación" fuera suficiente para convencer a las monjas de venir.

No tenía por qué haberse preocupado. Evidentemente, su expresión ansiosa y sus súplicas entrecortadas fueron suficientes, porque la Madre Superiora ni siquiera miró dentro de la bolsa que le entregó, simplemente se volvió para hacer un gesto a un par de acólitas que se apresuraron sin que fuera necesario decir una palabra.

En menos de media hora estaban de vuelta en el camino hacia la posada, esta vez con dos monjas sentadas en el asiento delantero, con una gran cesta de suministros médicos asegurada en el suelo entre sus pies.

No había posibilidad de que Will fuera admitido en la habitación de Diana, pero igualmente no había forma posible de que pudiera dormir hasta tener noticias de su condición. Pidió una botella de vino y se sentó solo en la taberna, bebiendo a sorbos el vino y sin poder concentrarse en el libro que tenía en el regazo.

En algún momento después de la medianoche, oyó movimiento arriba, puertas que se abrían y cerraban antes de que todo volviera a quedar en silencio. Luego, unos minutos más tarde, unos pasos descendieron las escaleras y Marianne se deslizó en la taberna.

—Alex dijo que pensaba que aún estabas despierto aquí abajo. —Mirando la botella de vino frente a él, recogió otra copa del mostrador, se sirvió un poco y dio un buen trago—. Ya estaba bastante segura antes de que llegaran las hermanas de que Diana sufre de influenza, pero te agradezco que las hayas traído. Son enfermeras hábiles y la cuidarán bien.

—No debería haberla mantenido fuera en el frío anoche —se lamentó Will, pero Marianne negó con la cabeza, sentándose a la mesa frente a él.

—Oh, estoy segura de que no la contrajo anoche. La criada que limpiaba las habitaciones en el hotel de Bolonia tosía y estornudaba terriblemente el día que nos fuimos, y Diana insistió en darle algunas monedas; me atrevo a decir que la contrajo entonces y recién ahora muestra los síntomas. No te culpes ni por un momento, Balford.

Su tono era tan objetivo que Will no pudo evitar creerle. —Enfermó tan rápidamente —dijo—. Parecía estar bien esta mañana, cuando nos detuvimos a mirar el volcán.

—Así es la influenza. —Marianne bebió más vino—. Durmió gran parte de la tarde en el carruaje.

—¿Qué tan enferma está? —Will no pudo expresar la pregunta que realmente quería hacer; si pronunciaba las palabras en voz alta, las hacía parecer más una posibilidad. Aun así, sintió que las palabras flotaban en el aire entre ellos. *¿Va a morir?*

—No andaré con rodeos contigo, ni te daré falsas esperanzas —dijo Marianne, mirándolo directamente a los ojos—. Está muy enferma, y ambos sabemos que la influenza puede matar. Aunque esta es una posada bastante cómoda, no es lugar para cuidarla, así que mañana por la mañana la acomodaremos lo mejor posible en el carruaje y seguiremos adelante.

—¡Son diez millas más hasta Florencia, diez millas por estos caminos de montaña, que tomarán horas!

—Me han informado de manera fiable que el camino es excelente desde aquí. Llegaremos en menos de tres horas, y Alex irá por delante para que el personal prepare una habitación de enfermería para nuestra llegada.

Había poco que Will pudiera decir; Marianne obviamente había tomado su decisión y él no tenía influencia sobre ella. Decidió inmediatamente que estaría allí para escoltar a las damas por la mañana y así lo dijo, por lo que Marianne le agradeció.

—Será mejor que descanses, en ese caso —dijo, apurando lo último de su vino y dejando la copa—. Partiremos tan temprano como podamos.

Will asintió, sabiendo que ella tenía razón. Debería irse a la cama e intentar dormir.

También sabía que no haría más que mirar el techo hasta que llegara la mañana.



Capítulo Dieciocho

NO PARTIERON TAN TEMPRANO COMO MARIANNE HUBIERA QUERIDO, pero un par de horas después del amanecer llamó a Will para que bajara a Diana al coche. Envuelta en una manta, se veía pálida, pero las manchas de fiebre ardían escarlatas en sus mejillas y sus ojos estaban apagados.

—Esto es una molestia —dijo mientras Will la levantaba en sus brazos—. Estoy segura de que estaré bien en un día o dos.

—Eso espero. —Se sentía pequeña y ligera mientras Will la llevaba cuidadosamente por las escaleras y hasta el coche que esperaba. Su cabeza se balanceaba contra su hombro como si estuviera luchando contra el sueño, sus párpados cerrándose lentamente.

Subir al coche con ella fue incómodo, pero la criada Jean estaba esperando adentro y ayudó a acomodar a Diana en el asiento delantero, con almohadas y cojines apilados para hacerla sentir cómoda.

Marianne y Clarissa parecían haber dormido poco, pero ambas sonrieron a Will mientras las ayudaba a subir al coche. Las dos monjas del convento estaban de pie a un lado, observando; Will se tomó un momento para acercarse y agradecerles profusamente su ayuda antes de montar su caballo y seguir al coche mientras salía del patio de la posada.

Will se sintió muy aliviado al descubrir que la información de Marianne sobre el camino a Florencia era correcta: poco después de salir de Le Maschere, el camino montañoso se convirtió en uno mucho más suave que serpenteaba por colinas bajas antes de abrirse al hermoso valle del Arno, con campos fértiles, olivares y viñedos por todas partes, y magníficos palacios y villas a la vista.

No entraron en Florencia, sino que la rodearon por el lado norte para llegar a la Villa Ginori, donde residía la tía de Alex. Situada en una ladera boscosa, era un edificio largo y poco

espectacular de tres pisos, que resultó ser mucho más grande de lo que parecía desde un enfoque directo cuando descubrieron que estaba construido en forma de cuadrado, siendo así cuatro veces más grande de lo que parecía a primera vista.

La tía de Alex, Elizabeth, la Contessa Ginori, los estaba esperando junto con la madre de Alex, Lady Glenkellie, y un verdadero ejército de sirvientes. Will no tuvo oportunidad de ofrecerse a llevar a Diana adentro; se la habían llevado antes de que él siquiera desmontara su caballo, y se quedó siguiendo al grupo al interior. Un hombre tranquilo de cabello gris con un traje muy elegante lo saludó y resultó ser el Conte Ginori, dueño de la casa.

—Lord Glenkellie fue con uno de mis sirvientes a buscar al médico —explicó el conde, mostrando a Will una biblioteca elegantemente amueblada—. Hemos reservado el ala norte de la casa para el uso de su grupo. Es una desagradable gripe que ha estado haciendo estragos este otoño; espero que la joven se recupere rápidamente.

—Gracias —dijo Will, asintiendo mientras el conde levantaba una copa y una licorera en su dirección con una ceja inquisitiva. Aún no era mediodía, pero aun así aceptó la copa de brandy y la bebió de un trago, saboreando el ardor en la parte posterior de su garganta—. Yo... Lady Diana es muy querida para mí. Cualquier cosa que se pueda hacer...

El conde asintió, con una expresión de comprensión en su rostro.

—Entiendo. Por favor, tenga la seguridad de que recibirá todo el cuidado y atención que podamos proporcionar.

—Gracias. —Para su vergüenza, Will sintió que las lágrimas le picaban en los ojos—. Muchas gracias.

—Parece agotado. —Una mano amable se posó en su hombro—. Haré que un sirviente le muestre su habitación... y le indique dónde está la habitación de Lady Diana. No se preocupe por socializar con nosotros; tome sus comidas en su habitación si lo desea hasta que ella mejore.

La amabilidad y comprensión del hombre mayor le hizo un nudo en la garganta a Will. Incapaz de hablar sin recurrir a una demostración muy poco masculina de emoción, simplemente asintió e hizo un sonido afirmativo, pero estaba bastante seguro de que el conde sabía lo que quería decir. Con otra suave sonrisa, Ginori se dirigió a la puerta y llamó a un lacayo que esperaba afuera.



Diana nunca se había sentido tan enferma en su vida. Se había sentido cansada y vagamente nauseabunda durante el viaje a la posada de Le Maschere, pero no fue hasta que se sentaron a cenar y no tuvo apetito ni siquiera para el delicioso banquete que tenían delante, que se dio cuenta de que podría estar realmente enferma. Había pensado en retirarse temprano, pero la habitación giró de manera muy desconcertante cuando intentó levantarse, y lo siguiente que supo fue que era vagamente consciente de que Will la acostaba en una cama y decía algo sobre buscar ayuda.

El mundo se disolvió en una borrosa y caliente incomodidad. Su piel se sentía tirante y acalorada, le dolía la cabeza y tenía la garganta irritada. Empezó a toser y no podía parar.

Vagamente consciente de Marianne, Clarissa y Jean afanándose, desvistiéndola y poniéndole un camisón, Clarissa llorando mientras le aplicaba paños fríos en la frente, Diana pensó que estaba soñando cuando aparecieron dos monjas vestidas con hábitos oscuros y tocas blancas. Una de ellas le examinó los ojos mientras la otra hablaba en italiano demasiado rápido para que ella pudiera seguirlo, de alguna manera logrando comunicarse con Jean, quien se puso a ayudar a preparar un té.

El té era dulce, espeso con miel, sabía a limones y jengibre, aunque incluso eso no pudo disimular el amargo subyacente de la corteza de sauce. Las monjas ayudaron a Diana a sentarse y la hicieron beber todo. Cuando la taza estuvo vacía, no podía mantener los ojos abiertos y la dejaron acostarse y dormir.

En realidad se sentía un poco mejor cuando llegó la mañana, especialmente después de que las monjas le dieran otra taza de su té curativo. Marianne explicó que planeaban continuar hacia la Villa Ginori, donde podrían conseguir que un médico viera a Diana y la hiciera sentir más cómoda; ella no estaba en posición de objetar aunque hubiera querido.

Will parecía pálido y ansioso cuando entró para llevarla escaleras abajo. De repente, ella fue consciente de que aún llevaba el camisón, aunque también vestía una bata y estaba envuelta cómodamente en una manta. Sus pies descalzos sobresalían por debajo y se sintió extrañamente vulnerable mientras él la sostenía cerca de su pecho. Estaba bastante segura de que él no era consciente de que le tocó el rostro con su mano en un gesto tierno cuando la sentó en el asiento del carruaje, pero ella guardó ese toque cerca de su corazón durante mucho tiempo después, pensando en ello incluso en lo más profundo de la fiebre que ardió durante los días siguientes. Aferrándose a la esperanza de que tal vez él sí se preocupaba por ella.

El viaje en carruaje a la Villa Ginori fue miserable, cada bache en el camino exacerbaba los dolores de su cuerpo y el dolor de cabeza, pero no duró demasiado y pronto se encontró acostada

en una cama de plumas maravillosamente cómoda en una habitación luminosa y aireada, con sirvientes atendiendo a su alrededor. Marianne la instó a beber más del té de las monjas, y ella lo bebió obedientemente, aunque su garganta irritada le dificultaba tragar.

Clarissa le contó después que durmió casi durante cinco días enteros, aunque Diana recordaba poco de ello. Un día, sin embargo, se despertó y se encontró en un lugar desconocido, con Clarissa acurrucada dormida en un catre junto a su cama, y una criada cosiendo en una silla junto a la ventana.

Su garganta aún se sentía áspera y dolorida, pero su cabeza estaba despejada. Mirando alrededor, Diana observó la habitación, las cortinas de brocado amarillo atadas en las ventanas de guillotina, una vista de una colina verde más allá. Olivares, pensó, de un verde grisáceo bajo un cielo nublado y opaco.

Dentro de la habitación hacía calor, con un fuego crepitando en la chimenea. Diana se preguntó qué hora del día sería; no se veía el sol, pero ni siquiera sabía en qué dirección daban sus ventanas. Intentó aclararse la garganta experimentalmente; la criada saltó y dejó caer su costura, apresurándose hacia la cama y soltando una ráfaga de italiano demasiado rápida para que Diana la procesara en ese momento.

Sin embargo, el balbuceo de la criada despertó a Clarissa, quien se levantó de un salto y dio un grito de alivio al ver a Diana despierta, cayendo sobre ella para abrazarla estrechamente.

Diana se horrorizó al descubrir que Marianne había enfermado unos dos días después que ella y había guardado cama; aunque, afortunadamente, no había estado tan enferma como Diana, aún estaba descansando bajo la estricta supervisión de Alex.

—Y Balford ha estado a tu puerta todos los días suplicando por noticias sobre tu estado —dijo Clarissa con picardía, observando la expresión de Diana mientras sorbía lentamente una taza de caldo de pollo—. Ha estado completamente fuera de sí.

Diana consideró y descartó varias respuestas al comentario burlón de su hermana antes de decidir ahorrarse su aliento. Después de todo, no era como si Clarissa le hubiera hecho realmente una pregunta.

—Solo ha salido de la villa una vez desde que llegamos, creo —continuó Clarissa, aún observándola de cerca—. Fue a Florencia para encontrar un banco y cobrar un giro bancario.

Diana no podía ver por qué esa información era remotamente interesante, y se encogió de hombros.

—Resulta que gastó hasta el último céntimo que tenía en Le Maschere. Hizo una donación al convento donde encontró a las monjas que vinieron a cuidarte. Quedaron bastante atónitas. Era

tanto dinero como normalmente recibirían en medio año.

Eso hizo que los ojos de Diana se abrieran de par en par, y se preguntó si podía culpar al rubor delator que subía por sus mejillas al regreso de la fiebre. Escondió tanto de su rostro como pudo tomando otro sorbo del caldo.

La criada se levantó de un salto para responder a un golpe en la puerta. La mantuvo cerrada para que quien estuviera afuera no pudiera ver dentro de la habitación.

Clarissa también se levantó rápidamente, agarrando un chal colgado en el respaldo de una silla y envolviéndolo alrededor de los hombros de Diana. Le alisó el cabello, pero Diana pudo ver por el gesto insatisfecho en la boca de Clarissa que no había mucho que hacer con él; si había estado en cama durante cinco días, no quedaría ni el más mínimo rastro de rizo en su cabello naturalmente lacio.

—Déjalo, Clarry. ¡Y ni se te ocurra pellizcarme las mejillas! —siseó.

—¡Estás tan pálida como tus sábanas! Oh, está bien —Clarissa le sonrió con suficiencia—. Estoy bastante segura de que a él no le importará.

—¡No vas a dejarlo entrar! —Diana se cubrió la boca para reprimir un pequeño chillido cuando Clarissa fue a unirse a la criada en la puerta, diciéndole unas palabras a la mujer antes de abrirla de par en par y admitir a Will en la habitación.

Él dio tres rápidos pasos hacia la cama antes de contenerse y detenerse en seco. Sus manos se cerraron a los costados, los dedos flexionándose, su parte superior del cuerpo inclinándose hacia adelante como si desesperadamente quisiera continuar hasta su lado. ¿Para tomarla en sus brazos? Diana se dijo a sí misma que estaba siendo fantasiosa.

—Balford —dijo, consciente de la criada que miraba fijamente de pie junto a la puerta—. Entiendo que debo agradecerle por haber traído a las buenas hermanas para cuidarme esa primera noche.

Él negó con la cabeza.

—No fue nada. Estoy... es bueno verla despierta y con mejor aspecto. Nos dio un buen susto.

—Fue completamente involuntario —intentó decir, pero una tos la interrumpió en medio de la frase.

Clarissa saltó ansiosamente a su lado, pero Diana la apartó con un gesto.

—Debe descansar —dijo Will mientras ella intentaba recuperar el aliento para hablar de nuevo—. Me disculpo por la intrusión, mi preocupación... bueno. Lo siento. Sin duda la veré una vez que esté de pie nuevamente —hizo una reverencia, muy correctamente, y retrocedió antes de que ella pudiera pensar en algo que decir para hacerlo quedarse.

No había, por supuesto, nada que ella pudiera haber dicho de todos modos, se dio cuenta Diana una vez que él se había ido y ella estaba recostada contra sus almohadas, incluso haberse sentado por ese corto tiempo la hacía sentir inexplicablemente cansada. Que Clarissa le permitiera entrar en su habitación incluso por ese breve momento estaba completamente fuera de los límites de la propiedad, algo que Will debía haber sabido. Si Clarissa le contaba a alguien —¡incluso si la criada chismorreaba!— Will podría verse obligado a proponerle matrimonio a Diana para evitar que su reputación se dañara irreparablemente, algo que ella estaba segura que él haría, habiendo llegado a conocer cuán profundamente honorable era a medida que su amistad progresaba.

Diana era lo suficientemente honesta como para admitir, aunque solo fuera para sí misma, que no estaría demasiado afligida si Will se viera obligado a proponerle matrimonio. Sin embargo, pensó mientras se acurrucaba de nuevo en la cálida cama y cerraba sus pesados párpados, preferiría infinitamente que se lo propusiera porque él quisiera hacerlo. Porque sus sentimientos hacia ella fueran lo suficientemente intensos como para no poder contemplar casarse con nadie más.

En otras palabras, porque la amara como ella lo amaba a él.



Capítulo Diecinueve

AUNQUE DIANA SE SENTÍA MUCHO MEJOR DESDE AQUEL primer día en que despertó, pronto descubrió que no estaba tan fuerte como pensaba. Clarissa no quiso ni oír hablar de que se levantara de la cama hasta el día siguiente como mínimo y, incluso entonces, se negó rotundamente a que la doncella le trajera un vestido para que Diana se lo pusiera.

—Me sorprendería mucho que pudieras caminar sola hasta esa silla junto a la ventana —dijo Clarissa, señalando.

No podían ser más de diez pasos hasta la silla indicada, y Diana se burló, balanceando los pies fuera de la cama y dando el primer paso.

Solo había llegado a la mitad del camino cuando sus piernas empezaron a sentirse muy extrañas, doblándose bajo ella de manera alarmante. Afortunadamente, Clarissa estaba preparada para ello, y pasó un brazo estabilizador alrededor de su cintura para sostenerla mientras se tambaleaba hasta la silla y se desplomaba en ella.

—Por favor, no digas que me lo advertiste —dijo Diana una vez que logró recuperar el aliento suficiente para pronunciar las palabras.

—Muy bien. —Clarissa sonrió con suficiencia mientras envolvía una gruesa manta sobre las rodillas de Diana—. La Contessa Ginori me lo advirtió, lo admito. Dijo que estarías muy débil y cansada durante algunos días más.

—Rara vez me he sentido tan perfectamente fatal —admitió Diana. Apoyó la cabeza contra el respaldo acolchado de la silla—. Aunque al menos no siento que vaya a quedarme dormida en cualquier momento. ¡Qué vista tan bonita! ¿Has tenido la oportunidad de explorar, Clarry? Por favor, dime que no has estado a mi lado todo el tiempo.

—Por supuesto que no —dijo Clarissa—. He estado en mi propia cama de al lado con bastante regularidad. —Se rio cuando Diana frunció el ceño—. De todos modos, no quisiera explorar sin

ti, Di. Pronto estarás mejor e iremos juntas. Con Balford, que está ansioso por escoltarnos, ya que el tío Alex está ocupado con la tía Marianne. —Se inclinó con actitud confidencial—. Creo que la tía Marianne podría estar embarazada. Escuché al médico hablar con el tío Alex y le dio instrucciones bastante diferentes para su cuidado, en comparación con las tuyas.

—Creía que habías dicho que ella no estaba tan enferma como yo.

—No lo está, pero el tío Alex está decidido a envolverla en lana de cordero. —Clarissa sonrió—. Les dejaremos que nos lo cuenten a su debido tiempo, ¿eh?

Diana no tardó en aburrirse; era evidente que no tenía fuerzas suficientes para vestirse y bajar, pero estar confinada en su habitación la irritaba. Incluso cuando Clarissa le trajo sus materiales de dibujo y la animó a dibujar la bonita vista desde la ventana, no pudo mantener su atención por mucho tiempo.

Por fin, el médico la declaró completamente recuperada en una de sus visitas diarias a la villa, y a Diana se le permitió ponerse un vestido y bajar, donde finalmente conoció a su anfitrión, un hombre afable y paternal que le dio unas palmaditas en la mano y le dijo que no se preocupara ni un momento cuando ella se disculpó por las molestias de haber llegado a su casa gravemente enferma.

Lady Ginori y la viuda Lady Glenkellie la recibieron con los brazos abiertos, declarando que habían estado haciendo planes para un sinfín de entretenimientos para que Diana y Clarissa conocieran a "¡todos sus encantadores amigos jóvenes!" y estaban encantadas de poder proceder ahora.

Protestar habría sido completamente inútil, así que Diana sonrió, les dio las gracias amablemente y dijo que esperaba que no planearan nada demasiado vigoroso por el momento, ya que creía que podría cansarse más rápidamente de lo que le gustaría.

La puerta del salón donde las damas mayores estaban celebrando su corte se abrió para dar paso a una figura alta que se movía con demasiada prisa para ser elegante; Will entró en la habitación y se detuvo en seco cuando todos los ojos se volvieron hacia él. Hizo una pausa, obviamente recomponiéndose, y luego se inclinó.

—Perdonen mi intrusión, mis señoras. Oí el rumor de que Lady Diana estaba levantada y tenía que verlo por mí mismo.

—Qué divertido —murmuró Lady Glenkellie, y ambas damas mayores se giraron para mirar a Diana, quien una vez más tenía que luchar contra su rubor.

—Como puede ver, Su Gracia, vuelvo a ser yo misma. Le agradezco mucho su preocupación.

—En efecto. —Will se quedó quieto por un momento, aparentemente indeciso, antes de avanzar y acercar una silla junto a ella—. Bueno, me alegro mucho de verla. He echado de menos su compañía. Y la suya también, por supuesto, Lady Clarissa —añadió, como una ocurrencia tardía que hizo que Clarissa se riera disimuladamente tras su mano.

—¿Ha visto mucho de Florencia ya? —preguntó Diana animadamente, intentando llevar la conversación a temas más inocentes y evitar la especulación que podía ver crecer en los rostros de las damas mayores—. Estoy ansiosa por ver la Galería de la Academia y la estatua de David de Miguel Ángel Buonarroti; incluso los artistas que han hecho bocetos dicen que no pueden hacer justicia a su belleza con pluma y tinta.

—He limitado mis exploraciones hasta ahora a paseos por la Villa Ginori. —Will se inclinó ligeramente en dirección a la contessa—. Aunque el conte me ha proporcionado una larga lista de lugares para visitar, y también ha puesto a nuestra disposición un carruaje y un conductor. Cuando se sienta lo suficientemente bien para salir, visitaremos la Galleria y podrá examinar a David a su antojo.

—Tal vez una salida menos ambiciosa sería suficiente para empezar —sugirió Lady Ginori—. ¿Por qué no escolta a Lady Diana para dar un breve paseo por los jardines, Balford? Usted quédese aquí, señorita —se dirigió a Clarissa—. Tengo algunas preguntas para usted, sobre qué estaban pensando exactamente sus padres al dejar que una chica de su edad ande por Europa. Si fuera mi hija, ¿aún estaría en el aula!

Diana pensó que Lady Ginori no decía ni una palabra de lo que le estaba diciendo a Clarissa, quien le devolvió la sonrisa a la mujer mayor, sin inmutarse. De hecho, parecía muy obvio que estaban creando una oportunidad para que ella estuviera a solas con Will. Dudó, pero él no lo hizo, poniéndose de pie de inmediato.

—¿Debo enviar a una doncella a buscar su capa y su bonete, Lady Diana?

Como no tenía la menor idea de dónde podían estar guardados su capa y su bonete, asintió y lo acompañó al pasillo, donde pronto se consiguieron los artículos, junto con el abrigo con capa y el sombrero de copa de Will.

—Debe decirme en cuanto empiece a sentirse fatigada —dijo Will mientras salían de la villa, bajando cuatro amplios escalones hasta un camino de grava rastrillada.

—Lo haré —dijo Diana, sin mencionar que ya estaba bastante cansada. Podía caminar un poco más, razonó, y Will parecía inclinado a caminar lentamente. Apoyándose en su brazo, respiró el aire fresco y frío del otoño y sonrió, levantando el rostro hacia el sol.



Estaba demasiado pálida, pensó Will, y había perdido bastante peso; su vestido parecía holgado en su figura. Las pecas que había ganado durante el caluroso verano italiano resaltaban notoriamente en su rostro blanco, pero sus ojos marrones brillaban con intensidad, al menos, y era un alivio ver la sonrisa en su cara. Había estado enfermo de preocupación por ella; que Diana cayera enferma justo cuando él reconocía sus sentimientos por ella le había hecho darse cuenta de cuánto la amaba realmente.

Will había pasado la última semana ensayando varias versiones diferentes de discursos apasionados en los que se declaraba a Diana y le suplicaba que se casara con él, pero mientras caminaban juntos por los jardines de la Villa Ginori, no podía, por más que lo intentara, recordar ni una sola palabra de ninguno de ellos.

En su lugar, se encontró balbuceando trivialidades insulsas sobre el clima y los jardines. Diana asentía, diciendo poco hasta que emergieron entre unos altos setos a un pequeño claro. Una fuente en el centro emitía un suave tintineo de agua.

—Oh, qué encantador —dijo Diana suavemente, y al ver un banco, Will preguntó si quizás le gustaría sentarse unos minutos.

—Me gustaría, gracias. No porque esté cansada —añadió, él pensó que demasiado apresuradamente—. Pero este es un lugar muy bonito. Mira la fuente; ¿quién crees que se supone que es esa diosa?

—¿Con un arco y una flecha? —El agua brotaba de la punta de la flecha, así como en delicados chorros alrededor de los pies de la diosa de mármol blanco—. No puede ser otra que tu tocaya, Diana, por supuesto.

Ella se sonrojó un poco.

—Podría ser la diosa griega, Artemisa.

—¿En Italia? —Levantó las cejas—. No le niegues a la dama lo que le corresponde.

Diana se rio, miró hacia otro lado y volvió a mirar la estatua.

—En realidad, es una escultura preciosa. Digna de estar en un museo o galería. Casi parece una pena que esté aquí en un jardín privado; me pregunto cuánta gente la habrá visto alguna vez. Mira su arco y sus flechas también; ¿bronce, crees?

—En efecto —asintió, y pensó que el metal estaba bien pulido a pesar del agua que caía continuamente sobre él. Sospechaba que había al menos un miembro del personal de jardinería

cuyo trabajo incluía limpiar y pulir a fondo la estatua semanalmente como mínimo.

—Parece que a cada paso en Italia, hay una nueva y maravillosa obra de arte para apreciar. Y eso cuando el paisaje mismo no es impresionante a la vista. —Hizo un gesto con la mano, abarcando la ladera que se elevaba más allá de los jardines, los Apeninos alzándose grises en la distancia—. Debo traer mi cuaderno de bocetos aquí —murmuró, casi para sí misma, y Will se preguntó si había olvidado que él estaba presente.

—Todo está en la forma en que lo miras —dijo, y Diana se volvió para mirarlo, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien más podría mirar esto y pensar que es bastante ordinario, solo otra fuente en un jardín, pero tú te tomas el tiempo para mirar un poco más, y tus ojos encuentran algo especial.

—¡Exactamente! —Le sonrió radiante.

—Me recuerda a ti, en realidad.

Ella frunció el ceño de nuevo, obviamente desconcertada.

—Creo que quizás estoy siendo poco delicado otra vez —dijo Will, sabiendo que lo era, ya que cada palabra de sus ensayados discursos bonitos se le había escapado por completo y estaba improvisando sobre la marcha—, pero ¿cuántas veces me has dicho que crees que eres ordinaria, que no hay nada especial en ti?

—Bueno, pero lo soy —dijo Diana con una pequeña risa—, eso no es falta de tacto de tu parte en absoluto, simplemente eres observador.

Él negó con la cabeza.

—Discrepo absolutamente. En estos últimos meses en tu compañía, he llegado a darme cuenta de que eres, con mucho, la dama más extraordinaria de mi conocimiento.

Ella pareció sobresaltada, y luego se sonrojó, bajando la mirada.

—Qué amable de tu parte decir eso. Valoro mucho nuestra amistad, Will; realmente, nunca podría haber imaginado cuando te vi en Venecia y me horroricé al reconocerte, lo cercanos que llegaríamos a ser.

—Nunca antes había tenido una amiga —admitió Will—, pero yo también valoro nuestra amistad.

—Es una lástima que no podamos continuar como hemos estado una vez que regresemos a Inglaterra. —Le dio una pequeña sonrisa de pesar—. Estaremos mucho más limitados; tú por los requisitos de tu rango y yo por todo lo que se espera de una joven soltera que aún tiene que hacer un buen matrimonio. Si hago más que reconocerte como un conocido, me etiquetarán como

atrevida, o me criticarán por perseguirte, poniendo mis miras mucho más alto de lo que una hija de conde debería atreverse a mirar.

—Pensé que no planeabas regresar a Inglaterra —dijo Will, momentáneamente distraído de su línea de pensamiento por su discurso—. Pensé que planeabas encontrar un marido aquí en Florencia.

Diana apartó la mirada, volviendo a la estatua de la diosa.

—Diana la cazadora —dijo suavemente—. Quizás ella podría salir y cazar un marido, pero no creo que yo tenga eso en mí. Tal vez debería simplemente volver a casa en Inglaterra y dejar que mis padres elijan, después de todo. Me aman, estoy segura de ello; elegirán con cuidado y tendrán en cuenta mis deseos.

—No lo hagas —dijo él, horrorizado.

—¿No volver a casa? —Sonrió con nostalgia—. Difícilmente puedo permanecer en Italia para siempre, imponiendo mi presencia a parientes lejanos hasta agotar mi bienvenida.

—No es eso lo que quise decir. —Extendiendo la mano, tomó su mano enguantada en la suya, entrelazando sus dedos—. Ven conmigo.

Ella lo miró con curiosidad, sus delicadas cejas arqueadas.

—¿Adónde? ¿Tienes planes de viajar más lejos?

—No, he estado fuera el tiempo suficiente —admitió Will—. Había cartas esperándome cuando llegué a Florencia, de mi madrastra, dejando claro que necesito regresar a casa, y pronto. De hecho, hay un barco de la Marina Real en el puerto ahora mismo, capitaneado por un primo mío que me insta a estar a bordo cuando zarpe al final de la semana.

—Oh. —Bajó los ojos—. ¿Y habría literas disponibles para nuestro grupo también?

—Estoy seguro de que las habría, pero estoy hablando solo de ti, Diana. —Le apretó los dedos suavemente—. Estoy haciendo un terrible lío de esto, pero la verdad es... no puedo soportar la idea de dejarte atrás. Podemos casarnos en la Embajada antes de irnos, organizar una recepción una vez que lleguemos a Londres...

Se interrumpió, porque su boca se había abierto y ella lo miraba con lo que claramente era una total sorpresa. Antes de que pudiera hablar, él encontró su voz y finalmente logró decir lo que estaba pensando, decirle la verdad que había estado guardando durante semanas.

—No quiero volver a casa sin ti. No puedo imaginar mi vida sin ti en ella, Diana; di que te casarás conmigo.



Capítulo Veinte

DIANA NO PUDO LOGRAR QUE EL MÁS MÍNIMO sonido saliera de sus labios. La conmoción la mantenía inmóvil, mirando fijamente a Will, quien acunaba suavemente su mano entre las suyas, observándola con seriedad mientras esperaba su respuesta.

—Veo que he hecho un trabajo aún peor en hacerte saber la profundidad de mis sentimientos de lo que pensaba —dijo finalmente, con una sonrisa compungida torciendo sus labios—, porque es bastante evidente por tu reacción que no tenías la más mínima expectativa de mi propuesta.

—Nunca me atreví a soñarlo —logró susurrar finalmente, sacudiendo la cabeza.

—Creo que me enamoré de ti incluso antes de que dejáramos Venecia —admitió Will.

Diana levantó una mano temblorosa hacia su boca, con lágrimas comenzando a brotar en sus ojos.

—Oh, *Will* —jadeó, y él gimió en voz alta, se inclinó para apartar su mano de su boca, y la besó. Una eternidad dichosa pasó, o tal vez fueron solo uno o dos minutos, antes de que Will levantara la cabeza y la mirara. Diana se aferraba a él, con los ojos aún cerrados, sin querer soltarlo por temor a que el maravilloso sueño llegara a su fin.

—¿Dijiste que sí? —preguntó él, con la voz baja y un poco ronca.

Ella se rió, abriendo los ojos por fin.

—Aún no, pero pensé que ese beso lo hacía irrelevante. Sí, si necesitas oírme decirlo. Aunque tendremos que pedir el permiso de mi tío...

—Ya lo tengo —admitió Will.

Diana sintió que sus cejas se alzaban.

—¿Se lo pediste?

—En realidad, no, pero creo que todos menos tú tienen una comprensión bastante precisa de mis sentimientos por ti. Mucho antes incluso de que yo mismo lo hiciera. Lord Glenkellie me dejó

claro hace unos días que no se opondría, si yo pedía tu mano y tú decidías aceptar. —Acunó tiernamente su mejilla con una de sus grandes manos—. También me dijo que la elección sería tuya; que ni él ni Lady Glenkellie tenían intención de presionarte para que me aceptaras. O incluso, si rechazabas mi propuesta, permitir que alguien fuera de nuestro grupo supiera alguna vez que se había hecho la oferta.

Diana parpadeó para contener las lágrimas, dándose cuenta de cuánta fe estaban poniendo Alex y Marianne en su juicio.

—Creo que también tenían una idea bastante precisa de lo que yo sentía por ti —admitió—, aunque he tratado de reprimirlo. Quería seguir disgustada contigo; ¡habría sido mucho más fácil si realmente fueras el patán desconsiderado y arrogante que creí que eras al principio!

—Fui desconsiderado y arrogante —admitió él—, al menos hasta que me mostraste el error de mis formas.

Ella negó con la cabeza, entrelazando su mano en el hueco de su brazo y tirando suavemente, animándolo a caminar con ella de vuelta hacia la casa.

—Estabas de luto por tu padre y tratando de evitar que te empujaran a una situación para la que no estabas preparado, y yo era la encarnación literal de tus temores. Hace mucho que te perdoné tus acciones.

—Eres demasiado buena. —Levantó su mano y presionó un beso contra sus dedos enguantados. La calidez amorosa en sus ojos la hizo temblar un poco, la evidencia de su afecto era un shock cuando ella había albergado sus propias emociones tan de cerca durante tanto tiempo.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras subían los escalones para volver a entrar en la villa.

—¿Te refieres a a quién deberíamos decírselo primero? Me atrevo a decir que las damas mayores observaron cada minuto de nuestra interacción desde las ventanas del salón.

Diana se sonrojó ante la mera idea de que su beso hubiera sido presenciado, sus pasos vacilaron. Un momento después, una puerta se abrió de golpe cerca, seguida del rápido repiqueteo de pies, Clarissa corriendo por la esquina a un ritmo nada propio de una dama antes de lanzarse sobre Diana y abrazarla.

—¡Lo sabía, sabía que él te lo pediría! Te tomó bastante tiempo —lanzó una mirada de reproche a Will antes de abrazar fuertemente a Diana de nuevo—. ¿Estás feliz?

—Feliz es una palabra demasiado suave para describir cómo me siento —se rió Diana, aceptando el entusiasta abrazo de Clarissa—. Estoy llena de alegría, extasiada, en transportes de deleite.

—Debemos subir y decírselo a la tía Marianne —Clarissa agarró su mano y tiró de ella—. ¡Apresúrate! No, espera, no lo hagas, no quieres cansarte demasiado rápido. Balford, ¿por qué no

la llevas escaleras arriba?

—Por supuesto —dijo él de buen humor, y levantó a Diana fácilmente en sus brazos—. Y ya que vamos a ser hermanos, será mejor que empieces a llamarme Will, creo.

—Entonces tú debes llamarme Clarry. —Clarissa le sonrió radiante antes de empezar a subir las escaleras delante de ellos—. ¡Iré corriendo arriba a ver si la tía Marianne puede recibirnos!

—Ella no me recibirá a mí, así que tendré una conversación tranquila con tu tío —observó Will en voz baja mientras seguía a Clarissa escaleras arriba—. Fue él quien investigó cómo podríamos casarnos legalmente aquí, por cierto. Aunque admito que me he tomado el tiempo desde que llegamos a Florencia para descubrir el nombre del capellán adscrito a la Embajada Británica y escribirle. Ayer recibí una respuesta diciendo que está encantado de realizar matrimonios para ciudadanos ingleses y proporcionar un certificado para que lo llevemos a Doctors' Commons a nuestro regreso a Londres.

—Realmente has pensado en todo esto —dijo Diana maravillada.

—Diana, he estado tratando de encontrar una manera de pedirte que te cases conmigo desde antes de llegar a Bardolino. ¡Ver a Mario intentar cortejarte fue nada menos que una tortura, especialmente cuando pensé que podrías aceptar sus atenciones!

—Oh, no. —Ella se rió suavemente y apoyó su cabeza en su hombro—. No podría haberlo aceptado de ninguna manera... no cuando mi corazón ya te pertenecía a ti.

—Si no estuviéramos a mitad de una escalera, te besaría de nuevo por eso —observó él, haciéndola reír.

Llegaron a la puerta de la suite que estaban usando los Glenkellies, que estaba abierta; Alex estaba justo adentro, con los brazos cruzados y una sonrisa en el rostro.

—Te tomaste bastante tiempo —le dijo a Will, quien gruñó mientras depositaba suavemente a Diana en el suelo.

—¡Tú también! ¡Difícilmente podía irrumpir en su habitación cuando estaba enferma en cama y proponerle matrimonio!

—Déjalo en paz, tío Alex —regañó Diana—. Llegó al punto eventualmente, aunque acaba de admitirme que han pasado casi dos meses desde que decidió que debía hacerlo.

Will levantó las manos con una risa.

—¡Lo confieso! ¡Soy un lento que debería haberlos escuchado a todos antes!

—Mientras lo reconozcas —dijo Diana descaradamente, antes de apretar su brazo y escabullirse por la otra puerta hacia el dormitorio ante un gesto de Alex.

Marianne estaba fuera de la cama, Diana se alegró de ver, sentada en una silla junto al fuego con una manta sobre su regazo. Su cabello rojo estaba en una trenza suelta colgando sobre su hombro y estaba un poco pálida, pero su sonrisa cuando Diana entró era radiante. Le tendió la mano a Diana, diciendo con voz un poco ronca:

—Querida niña... Confieso que Alex los vio a ti y a Will desde la ventana, así que ya tengo una idea de por qué estás aquí.

—Oh, no —hundiéndose para sentarse en un taburete junto a la silla de Marianne, Diana cubrió su rostro sonrojado con sus manos—. ¿*Todos* nos vieron?

—Sospecho que fueron enviados a esa parte particular de los jardines por una razón.

Diana hizo un sonido miserable de graznar en sus manos, haciendo que Marianne se riera y le acariciara ligeramente el cabello.

—Solo sería un problema si no quisieras casarte con Balford, querida...

—¡Pero sí quiero! —exclamó Diana de inmediato, levantando el rostro para mirar a su tía—. Lo amo desesperadamente.

—Ver a ustedes dos enamorarse ha sido lo más destacado de este viaje —Marianne tocó tiernamente la mejilla de Diana—. Él es todo lo que podría haber deseado para ti, y creo que te hará muy feliz.

Diana sintió lágrimas corriendo por sus mejillas. Sacando su pañuelo del bolsillo, se las secó.

—Es un buen hombre —susurró—. Me equivoqué sobre él al principio.

—Cualquiera puede tener malentendidos, especialmente después de un primer encuentro que salió tan desastrosamente como el de ustedes. Es un testimonio del carácter de ambos que estuvieran dispuestos a escucharse y entenderse cuando se vieron obligados a estar juntos de nuevo; habría sido fácil aferrarse a sus rencores como niños petulantes, pero no lo hicieron. Estoy muy orgullosa de cómo actuaste, Diana. Serás una magnífica duquesa.

—Eso es lo único con lo que aún no me he reconciliado —admitió Diana—. La parte de ser duquesa.

Marianne, anteriormente condesa y ahora marquesa, le sonrió.

—No me preocupa en absoluto. Por todo lo que he observado sobre ser duquesa, simplemente haces lo que te plazca y nadie se atreve a criticarte de todos modos.

—¡Eso será agradable, si es cierto! —Diana lo consideró. Las únicas duquesas que había conocido, se dio cuenta, eran la madrastra de Will —muy brevemente, en ese desastroso baile donde se desmayó a los pies de Will— y aquí en Italia, las tres generaciones de duquesas Franchetti, de las cuales solo Valentina tenía un duque vivo. Y sí, pensó Diana, todas esas

duquesas hacían exactamente lo que les placía, sin aparente preocupación por lo que los demás pudieran pensar de sus acciones. Incluso Valentina, que era una duquesa muy nueva, estaba completamente despreocupada por las opiniones de los demás.

—Ciertamente, no creo que nadie se haya atrevido a decir algo crítico sobre mí desde que me convertí en marquesa —señaló Marianne—. Aunque, ¡eso puede tener algo que ver con Alex mirando ferozmente a cualquiera que se atreva!

—O quizás los rumores de que realmente desataste la venganza divina sobre mi padre haciendo que un cisne lo atacara después de que fuera grosero contigo —dijo Diana, con cara seria, y Marianne pareció conmocionada por un instante antes de estallar en carcajadas.

—La gente no dice eso realmente, ¿verdad? ¡Oh, Dios mío!

Diana decidió no mencionar que había escuchado el rumor repetido en salones de té en al menos tres ocasiones antes de que su familia abandonara Londres. En cambio, se rio junto con Marianne... y consideró cómo el rango confería privilegios que una mujer inteligente podía usar en su beneficio.

La risa de Marianne finalmente fue interrumpida por un ataque de tos, calmado con unos sorbos de agua.

—Deberías bajar —le dijo a Diana cuando pudo hablar de nuevo—. De lo contrario, puedes descubrir que mi suegra y Lady Ginori han organizado tu boda a su gusto y no tendrás nada que decir al respecto.

—En realidad no me importa —admitió Diana, descubriendo con sorpresa que era la verdad. Como la mayoría de las jóvenes, siempre había tenido sueños nebulosos de una gran boda con un hermoso vestido y una multitud admiradora, pero ahora que el novio estaba decidido, se dio cuenta de que nada más importaba. Sí, le gustaría un bonito vestido nuevo y que Clarissa estuviera a su lado, pero si fuera necesario, se casaría con Will vestida con harapos, en el muelle frente al barco que los llevaría de vuelta a Inglaterra.

—Me alegra oír eso —dijo Marianne con una mirada aguda—. En mi experiencia, las jóvenes que se obsesionan con los detalles de la boda generalmente no han pensado mucho en el matrimonio en sí, que dura mucho más.

—He pensado mucho en cómo sería estar casada con Will —admitió Diana.

—¿Ah, sí? —Marianne arqueó las cejas—. Bueno, un día muy pronto, tendremos una conversación sobre la vida matrimonial.

Diana se sonrojó un poco, entendiendo que su tía estaba hablando del lecho conyugal.

—Lo agradecería —dijo—. Mi madre no me contó mucho. ¡Solo qué tener en cuenta para evitar a los libertinos!

—Conocimiento útil, pero no todo lo que necesitas saber —Marianne le acarició la mejilla nuevamente—. No hay nada de qué preocuparse realmente, querida. Will te ama, y tengo plena confianza en que te tratará con el cariñoso respeto que mereces.



Capítulo Veintiuno

CUANDO DIANA BAJÓ AL PISO INFERIOR, ENCONTRÓ A LADY GINORI y a la anciana Lady Glenkellie ocupadas planeando la boda, ayudadas y animadas por Clarissa. Will estaba sentado cerca, con aspecto ligeramente perplejo pero no insatisfecho; se puso de pie cuando Diana entró en la habitación y se acercó a ella con tal expresión de deleite al verla que ella se sintió cálida por dentro.

—Aquí estás. ¿Está tu tía feliz por nosotros?

—Encantada —aceptando las manos que él le ofrecía, las apretó suavemente, mirando hacia arriba a su apuesto rostro. Era un gran alivio poder mostrar sus sentimientos, no tener que esconderlos detrás de una fachada puramente amistosa.

El mayordomo entró para anunciar a un visitante, que resultó ser el Capitán Fordham del *Swiftsure*, barco de Su Majestad. El primo de Will, como Diana pronto descubrió cuando Will la presentó como su prometida y Fordham pareció brevemente sorprendido antes de inclinarse respetuosamente sobre su mano.

Diana vio al Capitán Fordham mirándola disimuladamente mientras conversaba con Will un poco más tarde, su frente arrugada con aparente confusión. Tuvo la terrible sensación de que estaba interrogando a Will sobre qué, exactamente, hacía a Diana adecuada para ser la próxima Duquesa de Balford, y parecía evidente por la expresión del capitán que ciertamente no estaba impresionado por su apariencia física.

La euforia que había sentido después de la propuesta se estaba desvaneciendo, para ser reemplazada por una vaga sensación de pánico. El Capitán Fordham era solo el primero de los elevados parientes de Will que la mirarían de esa manera confusa, preguntándose qué veía exactamente Will en ella, por qué la elegiría a ella cuando podía casarse literalmente con cualquier dama que quisiera.

Un escalofrío recorrió a Diana y se frotó los brazos; en cuestión de momentos Will estaba a su lado, tomando un chal del respaldo de una chaise y colocándolo sobre sus hombros. —No debes resfriarte de nuevo —murmuró en voz baja—. El día de hoy ha sido mucho para ti, considerando que apenas acabas de salir de tu lecho de enferma. Te he pedido demasiado.

Clarissa se acercaba, luciendo preocupada, y Diana se dejó convencer para subir y descansar antes de la cena. Sin embargo, estaba decidida a volver con la compañía para la comida, e insistió en que Clarissa la ayudara a ponerse un vestido bonito y a recogerse el cabello.

Will volvió a su lado inmediatamente cuando ella entró en el salón, sonriendo ampliamente. Llevaba algo en las manos, vio ella; una caja de madera, bellamente incrustada.

—Esto es para ti —dijo él—. Un regalo de compromiso, aunque admito que lo compré en Venecia pensando en ti... quizás esto te ayude a creer que has estado en mi corazón todo este tiempo.

Aceptando la caja de sus manos, la abrió y se quedó boquiabierto al ver lo que estaba anidado en tiras de papel finamente triturado en el interior; un delfín de cristal azul verdoso y plata. Un juego preciso en color con los pendientes que ella llevaba puestos en ese momento, solo podía provenir de la fábrica de vidrio en Murano que habían visitado, aquel día en que se habían parado en el puente sobre el canal y él había sugerido viajar con su compañía.

—Oh, Will —susurró, asombrada—. Realmente me has admirado... ¿desde entonces?

—Desde antes —rozó tiernamente su mejilla con un dedo, la punta de su dedo rozando apenas su pendiente—. Si tu tía no te los hubiera comprado, lo habría hecho yo, y habría encontrado alguna manera de dártelos.

—¿Así que compraste esto para mí, en su lugar? —lo miró con curiosidad—. ¿Qué habrías hecho con él si me hubiera casado con Mario?

—Lo habría roto en un ataque de ira, me atrevo a decir —dijo con una sonrisa arrepentida.

Instintivamente, Diana acercó más la caja hacia sí. —¡Bueno, me alegro mucho de que no lo hicieras!

—¿Qué tienes ahí, Diana? —retumbó Alex, acercándose y asomándose por encima de su hombro—. ¡Vaya, es muy bonito! —Por el brillo en sus ojos, no pasó por alto que la delicada escultura hacía juego perfecto con sus pendientes—. Has cargado con eso durante un largo camino, Balford.

Will pareció avergonzado, pero sostuvo la mirada de Alex con firmeza. —Una parte de mí sabía, incluso en Venecia —dijo—, que mi corazón era inevitablemente suyo.

—Si tan solo le hubieras escrito a su gracia la duquesa para hacérselo saber —dijo secamente el Capitán Fordham, acercándose a ellos—. Ha estado ocupada avivando el apetito de la alta sociedad, diciéndole a todo el mundo que esta próxima temporada es en la que elegirás una novia. Todas las damas con una hija debutante están planeando tu captura; estarán furiosas cuando regreses a Inglaterra ya casado.

Will simplemente se encogió de hombros, expresando perfecta indiferencia. Diana hizo una mueca, pensando en la recepción que probablemente tendría en Londres; todas esas madres decepcionadas formarían un comité de bienvenida muy poco amistoso.

El Capitán Fordham parecía interesado en conocerla, o más bien en interrogarla sobre sus antecedentes familiares. Ella se mantuvo firme, esperaba, pero entonces ser hija de un conde ciertamente no era algo de lo que avergonzarse, incluso si su padre había heredado el título recientemente tras el fallecimiento de su tío.

—No he conocido al nuevo conde —observó Fordham—. ¿Fue tu padre criado como el heredero, entonces, ya que el conde anterior no tenía un hijo?

—No; el conde anterior hasta su fallecimiento aún esperaba engendrar un hijo —Diana lanzó una mirada de disculpa a Alex, quien le sonrió alentadoramente—. Mi padre se educó en Cambridge y estudió derecho, antes de ejercer como abogado en Durham. No tenía expectativas del título.

—Ya veo —Fordham frunció los labios. Casi podía oírlo pensando: *¿la hija de un abogado, criada para ser duquesa?*

—Pero ya sabe cómo es —dijo Diana, sonriendo con perplejidad—. Solo un heredero directo puede permitirse el lujo de una vida sin necesidad de forjar su propio camino. *Capitán*.

Los ojos de Fordham se ensancharon, y luego se inclinó ligeramente hacia ella, reconociendo el golpe. Por el rabillo del ojo, Diana vio la sonrisa orgullosa de Will. Apreció también que no hubiera intervenido, permitiéndole lidiar con las indagaciones de Fordham por sí misma. Haberlo hecho con éxito aumentó significativamente su confianza.

El capitán se quedó a cenar y después se sentó junto a Diana en el salón. Estaba algo más agradable esta noche, pensó ella, relajándose un poco para hablar sobre su barco cuando ella le preguntó al respecto.

—¿Y cuándo debe zarpar hacia Inglaterra? —preguntó ella.

—A más tardar a finales de esta semana —le dirigió una mirada seria—. Creo que mi primo espera que al menos usted y él estén a bordo, si es capaz de encontrar un capellán que oficie la ceremonia de matrimonio antes de eso.

—Oh, ya hemos resuelto ese asunto —les interrumpió Lady Ginori—. El embajador es un buen amigo nuestro; Ginori ya le envió una nota para solicitar los servicios del capellán. Se nos ha informado que el viernes por la mañana será perfectamente adecuado para que todos asistamos a la capilla y veamos casarse al querido Balford y Diana. Si no tiene objeción, por supuesto, querida —le dijo a Diana, obviamente como una idea de último momento.

—Agradezco su ayuda e influencia en el asunto, mi lady, y el viernes por la mañana me viene muy bien —dijo Diana con absoluta sinceridad.

Lady Ginori le sonrió felizmente.

—Estoy *distracte* de que no tengamos tiempo para organizarle un ajuar, pero Lady Glenkellie y yo visitaremos un par de almacenes de seda y encontraremos algunas piezas de seda para que se lleve de vuelta a Inglaterra, así podrá hacerse algunas cosas nuevas cuando llegue. No, no, no aceptaré ninguna objeción —levantó una mano cuando Diana empezó a protestar—. No tengo duda de que Balford estará encantado de mimarla, ¡pero debe tener al menos algunas cosas que nadie más en Londres podrá igualar!

Diana no tuvo más remedio que aceptar con gracia, mientras asimilaba el plazo para su boda; a solo tres días de distancia. Y luego ella y Will embarcarían en el *Swiftsure* para regresar a Inglaterra. Al darse cuenta de que ni siquiera sabía si Marianne y Alex planeaban regresar con ellos, Diana se disculpó y se trasladó al otro lado de la habitación para sentarse junto a su tía.

Marianne, en conversación con el Conde, extendió la mano para tomar la de Diana y le apretó los dedos. El amable caballero mayor, viendo que Diana obviamente estaba ansiosa por preguntarle algo a su tía, tardó solo un momento en finalizar la conversación y marcharse, dejándolas solas.

—La boda está fijada para el viernes, al parecer —confió Diana.

—¿De verdad? ¿Y estás feliz con eso? Es muy pronto —dijo Marianne con suavidad.

—Sí —De eso, no tenía dudas en absoluto—. Pero regresar a Inglaterra tan pronto... eso me está poniendo un poco nerviosa. Y me preguntaba... ¿nos acompañaréis?

Marianne tarareó para sí misma un poco, mirando al otro lado de la habitación donde Clarissa estaba sentada al pianoforte, tocando una delicada melodía para entretener a la compañía.

—Alex y yo lo discutimos, pero... no. No en este momento. Creo que podría estar encinta —mantuvo su voz muy baja—, y me siento terriblemente mal. Me aseguran que debería pasar en unas semanas, pero la idea de un viaje por mar en este momento es insoportable. Nos quedaremos en Florencia unas semanas, iremos a Roma de visita, y tal vez veamos de regresar a Inglaterra en primavera.

—¿Y Clarissa? —dijo Diana, pero ya sabía la respuesta. Marianne dejaría la elección a Clarissa, y Diana no podía imaginar a su hermana eligiendo regresar a Inglaterra antes de lo necesario. La libertad que disfrutaban en Italia era demasiado grande para renunciar voluntariamente a ella por algo menos que el tipo de amor que Diana había encontrado con Will.



A la mañana siguiente, un estrépito de cascos y ruedas fuera de su ventana anunció la llegada de un carruaje, y en cuestión de minutos Clarissa entraba apresuradamente en la habitación de Diana, con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Date prisa y vístete! ¡Will dice que como te vas pronto, no hay tiempo que perder!

—¿Tiempo que perder? —preguntó Diana, alcanzando el vestido más cercano colgado en el armario.

—Para ver Florencia, por supuesto. ¡Hoy visitaremos la Galería Uffizi!

Por supuesto que Will la llevaría a los Uffizi. Sabía lo mucho que ella había ansiado ver la legendaria colección de arte que contenía. Levantó la mirada hacia su rostro mientras él la ayudaba a subir al carruaje y sonrió, y su amorosa sonrisa en respuesta le comunicó que sabía exactamente lo que ella estaba pensando.

Con Clarissa acompañándolos como carabina, los tres pasaron un día maravilloso recorriendo la magnífica colección de los Uffizi, Will incluso pagando al curador para que les permitiera entrar en el Corredor Vasariano para ver numerosas obras de arte raramente vistas por el público en general, y cruzar por encima del Ponte Vecchio hasta el Palazzo Pitti. Cansados y hambrientos, se dirigieron de vuelta al nivel inferior y fueron en busca de un lugar para comer, que encontraron en una encantadora trattoria cerca del puente.

Festejando con raviolis rellenos de espinacas y queso suave rociados con una salsa de mantequilla, y un delicioso pan tostado y cubierto con tomates a la parrilla, albahaca y aceite de oliva, Diana pensó que nunca había disfrutado más de una comida, mientras reía y charlaba con Will y Clarissa, sintiéndose completamente cómoda en su compañía. Ya lamentaba la inminente separación de su hermana, pero sabiendo lo emocionada que estaba Clarissa por que se le permitiera quedarse en Italia, se negó a dejar que su hermana supiera cuánto la echaría de menos. Caminaron de vuelta por el Ponte Vecchio para reunirse con su carruaje, deteniéndose para mirar en las pequeñas tiendas de orfebres, llenas de deslumbrantes joyas. Will se detuvo en un escaparate, mirando una exhibición de anillos, antes de tomar la mano de Diana.

—¿Te gustaría un anillo? Un símbolo de mi afecto por ti. Todo el joyero de los Balford será tuyo una vez que lleguemos a casa, por supuesto, pero... esto es de *mí*.

Un regalo personal, más que solo una reliquia familiar que iba junto con el título de duquesa y todos los deberes que conllevaba, entendió Diana. Sonriéndole, dijo honestamente:

—Me encantaría.

El joyero estaba encantado de ayudarles, por supuesto. Intentó dirigir la atención de Diana hacia algunas de las piezas más llamativas, pero después de examinar su selección, ella señaló en cambio un anillo más sencillo, con un rico zafiro cabujón azul en su centro, rodeado de pétalos de flores de diminutos diamantes.

—Una excelente elección —dijo el joyero, ocultando pobremente su decepción, pero se animó cuando Will señaló una pila de pesados brazaletes de oro y dijo que se llevaría dos. Diana se sorprendió cuando, en el carruaje, él sacó los brazaletes y se los entregó a Clarissa.

—Ya no estaré contigo para cuidarte —dijo—, y aunque confío en que Lord Glenkellie hará un excelente trabajo, como lo ha estado haciendo durante meses, serás mi querida hermana y me gustaría que tuvieras un recordatorio tangible de eso, y que también estés segura de que tendrás algo de valor contigo, en caso de que lo necesites.

Diana no podría haberlo amado más, mientras Clarissa tragaba saliva y se deslizaba las pulseras en las muñecas, admirando su suave brillo antes de lanzarse a través del carruaje para darle un abrazo a Will.

—Gracias por eso —susurró Diana a Will mientras Clarissa volvía a acomodarse en su asiento.

Will le apretó la mano y rozó ligeramente sus labios sobre su cabello. —Sé cuánto la echarás de menos —dijo suavemente—, y desearía no estar alejándote de ella. Esto es lo mínimo que puedo hacer, para quizás tranquilizarte sabiendo que ella siempre tendrá recursos a su disposición si alguna vez los necesita.

—Te amo *muchísimo* —dijo Diana con fiereza, sin importarle que Clarissa pudiera oírlos, y los ojos de Will se encendieron brillantemente.

—Entonces le compraré más joyas cada día hasta que nos vayamos —dijo, con un tono ligeramente burlón, aunque su expresión era todo lo contrario.

Diana se encontró pensando que realmente debía tener esa conversación con su tía sobre el lecho conyugal. Y pronto.



Capítulo Veintidós

Cuatro semanas después

SI ELLA ESTUVIERA DISPUESTA A CREER QUE EL mal tiempo al comienzo de algo era un mal presagio, pensó Diana, bien podría estar exigiendo que el barco diera media vuelta ahora mismo y los llevara de regreso a Italia.

Tan pronto como el vigía en el nido de cuervos del *Swiftsure* había gritado que avistaba tierra, anunciando el final de su viaje de regreso a Inglaterra, el cielo se había abierto y la lluvia había comenzado a caer. Y no había cesado en los dos días y noches transcurridos desde entonces, mientras navegaban por el Canal hacia su amarradero en Portsmouth.

No había sido un viaje incómodo. Aunque el *Swiftsure* era un barco naval en lugar de uno configurado para el confort de los pasajeros, anteriormente había sido utilizado como buque insignia de la flota y poseía camarotes equipados para un almirante, los cuales el capitán Fordham se había complacido en poner a disposición de ella y de Will. Cuatro semanas en estrecha cercanía con su nuevo marido solo habían confirmado la certeza de Diana de que era una mujer excepcionalmente afortunada.

—Estamos atracando en el muelle ahora —dijo Will desde su posición en el asiento de la ventana, donde había estado observando con gran entusiasmo cómo el barco navegaba hacia el puerto y su muelle asignado—. Mi primo dijo que enviaría a un hombre directamente al Hotel George para arreglar las habitaciones para nosotros, así que una vez que regrese, podremos desembarcar.

—Será agradable estar en un suelo que no se mueva bajo mis pies —admitió Diana, dejando el libro que había estado leyendo sobre la mesa.

—¿Y poder dibujar sin que un repentino vaivén haga que tu lápiz vuele por la página? —bromeó Will suavemente.

—¿Sabes que es cierto! ¡No es de extrañar que casi todos los paisajes marinos parezcan estar pintados desde el punto de vista de alguien de pie en tierra firme! —Diana se rio, pero realmente había echado de menos poder dibujar, y Will lo sabía. Ahora se acercó a ella, rodeando suavemente su muñeca con los dedos, y la atrajo para que se sentara con él.

El barco ya se sentía extraño, el balanceo que había sido constante durante tanto tiempo se había detenido. Los nervios se agitaron en su interior. Ahora que estaban de vuelta en Inglaterra, su nueva vida como duquesa de Balford comenzaría realmente. O en unos días, al menos, cuando llegaran a Balford Priory, la residencia del ducado en Devonshire. Con solo cuatro semanas restantes para Navidad, Will creía que su madrastra ya se habría trasladado al Priorato para las fiestas, y si iban a Londres, era probable que se la perdieran, o tuvieran que partir de nuevo casi inmediatamente de todos modos. Por lo tanto, se quedarían un día o dos en el Hotel George hasta que Will hubiera logrado organizar un transporte adecuado para ellos.

El muelle afuera era un hervidero de actividad, con hombres marchando de un lado a otro. Un carruaje apareció a la vista y se detuvo lo más cerca posible del muelle de madera.

—Ese será para nosotros. —Inclinándose, Will le dio un beso en la sien—. Mira, están llevando tus baúles hacia él. ¿Estás lista?

El libro que había estado leyendo pertenecía al capitán Fordham, y no quedaba nada más en el camarote que les perteneciera a ninguno de los dos, así que asintió.

El capitán mismo los recibió cuando Will condujo a Diana a cubierta, ofreciéndoles un paraguas con una sonrisa. Había sido extremadamente agradable durante todo el viaje, pero aunque Diana sentía que él y ella ahora habían establecido una especie de amistad, sospechaba que aún albergaba reservas sobre ella como duquesa.

—Todo está arreglado para ustedes en el George —dijo Fordham—. Yo parto para Londres por la mañana para informar al Almirantazgo; pasaré por su casa de la ciudad y veré si la duquesa aún está allí, y le avisaré que se dirigen al Priorato si es así.

—¿Y te unirás a nosotros en el Priorato para Navidad? —preguntó Will, aceptando el paraguas de su primo y sosteniéndolo solícitamente para proteger a Diana de la lluvia.

—Eso depende enteramente de mis señores y amos en el Almirantazgo, como bien sabes, pero espero poder unirme a ustedes. —Fordham ofreció a Diana una respetuosa reverencia—. Su Gracia, ha sido un honor llevarla a casa.

Suprimiendo el impulso instintivo de hacer una reverencia, Diana en cambio inclinó la cabeza con aire regio, diciéndose a sí misma que era hora de empezar a practicar la actitud de una

duquesa. —Ha sido un placer navegar con usted y el *Swiftsure*, Fordham, y secundo las esperanzas de Will de verlo pronto en el Priorato.

Él ofreció otra reverencia antes de escoltarlos fuera del barco y hacia el carruaje que esperaba. Momentos después se alejaban del ruido y el bullicio de los muelles, aunque viajaron solo unos minutos antes de detenerse de nuevo frente a un hermoso edificio encalado.

Will volvió a usar el paraguas para escoltar a Diana al interior, donde obviamente los esperaban, ya que el hotelero y su esposa aguardaban para recibirlos muy obsequiosamente y escoltarlos arriba a la mejor suite de invitados, donde se había preparado una habitación separada para cada uno. Fordham obviamente había solicitado que se proporcionaran sirvientes para su uso también, por lo cual Diana estaba agradecida. Definitivamente había echado de menos los servicios de una doncella estas últimas semanas.

Un baño caliente estaba listo para ella, perfumado con lavanda, y se hundió en él con un gemido muy poco propio de una duquesa. Una doncella le ayudó a lavar su cabello, y luego lo envolvió en una toalla secante mientras Diana se deleitaba en el agua caliente, con los ojos cerrados.

—¿Hay algún vestido que le gustaría que planchara para esta noche, su gracia? —preguntó tímidamente la doncella, levantando la tapa del baúl de Diana.

—Todos necesitan lavarse —admitió Diana—. El de seda amarilla probablemente esté más limpio, creo. Hacía demasiado frío a bordo para usarlo, pero supongo que no saldremos esta noche.

—Oh no, su gracia, el cocinero está ocupado preparando una cena muy fina para usted y su gracia. Lo mejor que el George puede ofrecer. Hay un comedor privado para ustedes abajo; está muy cálido, con un buen fuego.

—Entonces el de seda amarilla estará bien. Me temo que está bastante arrugado, lo encontrará justo en el fondo.

—Es una seda hermosa, su gracia. —La chica había encontrado el vestido, lo sostuvo en alto, sacudiéndolo suavemente—. Se lo llevaré abajo a Elsie y ella podrá plancharlo mientras usted termina su baño.

—Gracias —dijo Diana, pero la doncella ya se había apresurado a salir.

Podría acostumbrarme a un servicio tan devoto, pensó Diana, cerrando los ojos e inhalando el fragante vapor de su baño. Sonrió irónicamente para sí misma al darse cuenta de que una vez que llegara a Balford Priory, probablemente se vería abrumada por la atención de los sirvientes. Sin duda, su suegra consideraría que una sola doncella era vastamente insuficiente para el séquito de una duquesa, y probablemente levantaría las manos horrorizada al descubrir que Diana había

viajado todo el camino de regreso desde Italia sin siquiera eso. De hecho, había sido la única mujer a bordo del *Swiftsure*.

Para cuando el agua comenzó a enfriarse, la doncella había regresado con su vestido perfectamente planchado. Colgándolo, ayudó a Diana a salir del baño, la envolvió con una bata y la instó a sentarse junto al fuego crepitante para peinarle el cabello mojado.

Seca, limpia y vestida con su vestido fresco, el cansancio asaltó repentinamente a Diana, y miró con anhelo la cómoda cama con dosel. Sin embargo, un golpe en la puerta anunció que Will venía a buscarla para bajar a cenar, y los rugidos de su estómago la convencieron de comer antes de dejarse caer en la cama.

—Te ves magnífica —exclamó Will tan pronto como la doncella lo dejó entrar en la habitación—. No has usado ese vestido desde... Bardolino, creo.

—Eres muy observador —comentó ella—. Era demasiado elegante para usarlo mientras viajábamos, y demasiado fresco una vez que llegamos a Florencia.

—Te queda hermoso —Tocó ligeramente un rizo de su cabello, que se balanceaba contra su cuello mientras ella giraba la cabeza para mirarlo—. Te ves encantadora de amarillo. Como la luz del sol. Me hace sentir como si estuviéramos de vuelta en Italia.

Ella no dijo que deseaba que así fuera; ya sabía cuánto lamentaba él que tuvieran que irse y regresar a Inglaterra. En su lugar, sonrió y metió su mano en el hueco de su brazo.

—Veamos si el George puede proporcionar una cena lo suficientemente buena como para alegrarnos de estar en casa en Inglaterra, entonces.

Deliciosos aromas flotaban por las escaleras mientras bajaban, y Diana casi siguió su olfato hacia el comedor público, pero el hotelero los interceptó y los guió, con muchas reverencias, a un comedor privado, pequeño pero muy elegantemente amueblado, con otro fuego crepitante que alejaba el frío invernal.

La mesa podría haber acomodado al menos a diez personas, y un lugar puesto en cada extremo hizo que Diana lo mirara con recelo. Seguramente no se suponía que debía sentarse a doce pies de distancia de Will y gritarle para poder conversar. Will, mirando los lugares puestos, soltó una carcajada y avanzó con decisión.

—Ridículo. Algunas personas pierden todo su sentido común cuando escuchan "duque" o "duquesa" —Recogió cuchillos y tenedores y los volvió a colocar en el otro extremo, para que Diana pudiera sentarse junto a él.

Aliviada, ella se sentó y permitió que él le acercara la silla. Un momento después, la puerta se abrió de nuevo y entró el hotelero, seguido por dos lacayos y una doncella, cada uno llevando

una bandeja cubierta. Diana notó la momentánea vacilación cuando vieron los lugares reubicados, pero todos se recuperaron con suavidad y se dispusieron a servir los diversos platos preparados para su cena.

Pescado en salsa de crema, un ragú de champiñones, pastel de ternera y jamón, carne asada, chuletas de cordero en salsa de menta, patatas duquesa, zanahorias y guisantes con mantequilla, manzanas al horno rellenas de pasas y azúcar, tartas de natillas y un crumble de cerezas con espesa crema amarilla para verter encima fueron servidos, y Diana reprimió el impulso de reír.

—¿Todo esto es solo para alimentarnos? —murmuró a Will mientras el personal salía de nuevo.

—En teoría, sí, pero no te preocupes —Will le lanzó una sonrisa irónica—. Nada de esto se desperdiciará. Estoy bastante seguro de que el personal disfrutará de una cena tardía una vez que hayamos tomado lo que queramos de estos platos.

Todavía le parecía ridículamente extravagante a Diana, pero tenía hambre, y todo se veía delicioso. Probó el pescado —una succulenta platija fresca— y asintió cuando Will levantó la botella de vino preparada para ellos, ofreciéndole servirle una copa.



Era obvio para Will que su esposa —¡y qué delicioso era poder pensar en Diana así!— estaba luchando por mantenerse despierta. Casi se quedó dormida mientras se llevaba el crumble de cerezas a la boca con la cuchara, y él tuvo que evitar que volcara su copa de vino más de una vez durante la cena.

—Estoy tan cansada —murmuró ella, ocultando un prodigioso bostezo tras su mano mientras se levantaban de la mesa—. Por favor, dime que no tenemos que salir al amanecer mañana.

Will había planeado exactamente eso, ya que el hotelero le había informado anteriormente que se había conseguido un carruaje adecuado, caballos y un conductor para su uso. Sin embargo, con una sonrisa indulgente, cambió sus planes.

—Por supuesto que no, querida. Duerme todo lo que quieras. Me aseguraré de que nadie te moleste hasta que llames a una doncella.

—¿Tú... dormirás en tu propia habitación? —Sus grandes ojos oscuros se volvieron hacia él, parecía vacilante, y él se dio cuenta del porqué. No había habido habitaciones de sobra a bordo del barco, por supuesto, habían dormido juntos todas las noches. Diana probablemente se preguntaba si planeaba imponer reglas más formales —y dormitorios separados— ahora que estaban de vuelta en suelo inglés.

—No a menos que tú lo desees, querida —le respondió honestamente—. Vamos arriba y preparémonos para dormir. ¡Yo, por mi parte, estoy deseando caer de cara en esas almohadas de plumas que parecen celestiales!

Ella rió, obviamente complacida, y le apretó el brazo. Sin embargo, cuando se acercaban al pie de las escaleras, una voz los llamó desde el comedor público al otro lado del pasillo.

—Oye, ¿eres tú, Balford?



Capítulo Veintitrés

WILL SE DETUVO, GIRANDO LA CABEZA. —¿AMBERLE?

—¡Eres tú! —El hombre que se acercaba era casi tan alto como Will, rubio y de tez sonrosada. Parecía tener la misma edad que Will y le resultaba vagamente familiar a Diana, aunque no podía ubicar con precisión la ocasión en que lo había conocido antes—. Oí que te habías escapado a Italia para evitar que te echaran el lazo... oh. —Se detuvo al ver a Diana del brazo de Will.

—Diana —dijo Will rápidamente—, permíteme presentarte a Lord Amberle. Él y yo fuimos compañeros de escuela. Amberle, mi esposa, su excelencia la Duquesa de Balford.

Sabiendo bien que Will siempre elegía sus palabras con cuidado, Diana notó que no había dicho que él y Amberle fueran amigos. Ofreció una sonrisa educada y una ligera inclinación de cabeza, esperando haber calculado correctamente el grado de reconocimiento que una duquesa debía ofrecer a un baronet.

—Su excelencia —dijo Amberle tras un momento de evidente silencio atónito. Le hizo una reverencia aceptable—. Mis felicitaciones por su matrimonio.

—Gracias. —Dándose cuenta de que sería descortés simplemente alejarse, pero sintiéndose honestamente demasiado cansada para conversar, Diana apretó suavemente el brazo de Will—. Creo que subiré a prepararme para dormir. ¿Por qué no tomas una copa de vino y charlas un poco con tu amigo?

Will parecía estar considerando declinar y subir con ella, pero Amberle intervino.

—Oh, excelente idea; el hotelero acaba de sacar una botella de muy buen oporto. Ven y hazme compañía un rato, Balford, y cuéntame qué has estado haciendo; mañana parto para Guernsey y me temo que estaré privado de compañía civilizada por un buen tiempo.

—Una copa de vino —accedió Will, mirándola. Ella sonrió para mostrarle que realmente no se oponía—. Subiré en breve —le prometió, y ella asintió.

—Un honor conocerla, su excelencia —dijo Amberle con una reverencia, y ella asintió, favoreciéndolo también con una sonrisa.

—Sin duda tendremos oportunidades de conocernos mejor en el futuro, milord. Lo espero con interés.

Alejándose de ellos, subió las escaleras, cubriéndose un bostezo con la mano mientras lo hacía. Estaba realmente agotada, ansiando hundirse en la cama y caer en un profundo y dichoso sueño. Sus pasos se arrastraban mientras subía lentamente las escaleras, y supuso que era su culpa por moverse tan despacio, porque Lord Amberle obviamente pensó que ya debía estar fuera del alcance de su voz cuando dijo:

—Caramba, Balford, ¿te casaste con la Flor Desmayada? ¿Qué pasó, se desmayó sobre ti otra vez? —Soltó una ruidosa carcajada—. ¡Pensé que te habías escapado a Italia para evitar que te echaran el lazo con una de su calaña! ¿Te persiguió hasta allá?

Los pies de Diana se sintieron congelados en su lugar. Se quedó de pie en lo alto de las escaleras, aferrada al pasamanos, esperando con el aliento contenido la respuesta de Will. Distantemente, pensó en el viejo adagio de que los que escuchan a escondidas nunca oyen nada bueno sobre sí mismos, pero tenía que saber lo que Will diría.

Las copas tintinearón, la puerta se cerró, y Diana podría haber gritado de frustración cuando sonó el bajo rumor de la voz de Will, las palabras ininteligibles a través de la puerta cerrada.

Difícilmente podía bajar las escaleras de nuevo y escuchar en la puerta, o irrumpir en la habitación y llamar a Amberle un patán grosero, por mucho que sintiera el impulso de hacerlo. ¡La Flor Desmayada, vaya! Sintiéndose un poco mareada y ya no somnolienta, Diana se alejó de las escaleras y se dirigió a su dormitorio, preguntándose si Will estaba incluso entonces riéndose del tonto apodo con el otro hombre.



—Te agradecería que mantuvieras un tono respetuoso cuando hables de mi esposa, Amberle. — Will estaba seguro de que su expresión se asemejaba a una nube de tormenta, pero Amberle, obviamente ebrio, continuó, ajeno a ello.

—Oh, no pretendía faltar al respeto, es muy bonita, de verdad, te felicito. Bastante rica, también. Podrías haber hecho algo mucho peor. Simplemente no esperaba que volvieras de Italia atado cuando te fuiste para evitar precisamente eso. A decir verdad, es por eso que me voy a Guernsey, para esconderme y retirarme un tiempo. Mi madre me está acosando de nuevo; quiere que me

case con alguna mocosa cara de caballo con una enorme dote para revivir la fortuna familiar. — Amberle se estremeció teatralmente—. No puedo imaginar nada peor.

Will se quedó mirando al bufón borracho frente a él, preguntándose cómo alguna vez pudo haber tenido algo en común con Amberle. Aunque no habría llamado al otro hombre un amigo en particular, siempre se habían llevado lo suficientemente bien y habían compartido varias bromas y travesuras en sus días de escuela. Will, al parecer, había madurado en los años intermedios, aunque Amberle aparentemente no.

—Bueno, te deseo buena suerte evitando el estado del matrimonio —dijo finalmente, pensando que la joven que la madre de Amberle quería que se casara con él estaba teniendo una afortunada escapada—. En cuanto a mí, encuentro que me siento muy bien, de hecho.

—¡Siempre que no se desmaye ante la perspectiva del lecho conyugal, eh! —Amberle soltó otra carcajada.

Will terminó la copa de vino que un camarero silencioso le había entregado de un solo trago y la dejó sobre la mesa antes de ponerse de pie nuevamente.

—Por el bien de nuestra larga relación, Lord Amberle, fingiré que no hiciste ese comentario —dijo fríamente—, pero como dije, serás respetuoso cuando hables de mi duquesa.

Amberle abrió la boca, probablemente para hacer otro comentario grosero, pero Will levantó una mano para detenerlo.

—De lo contrario, me encargaré de que tu madre descubra a la mayor brevedad cuál de tus muchas propiedades has decidido visitar. Estoy seguro de que ella, y tu futura novia, estarían encantadas de unirse a ti en Guernsey.

La expresión de horror de Amberle era obviamente genuina, y Will sintió una cierta satisfacción salvaje mientras giraba sobre sus talones y salía a grandes zancadas, esperando que Diana aún estuviera despierta cuando llegara a sus aposentos y resentido por los pocos minutos que se había visto obligado a pasar siendo cortés con Amberle. Si ser duque servía para algo, seguramente era para que pudiera cortar de raíz a la gente si le apetecía y no hubiera absolutamente nada que pudieran hacer al respecto. No tenía el más mínimo interés en pasar ni un momento más del necesario conversando con un bufón juvenil como Amberle, no cuando podía pasar ese tiempo con Diana en su lugar.

La habitación estaba oscura y silenciosa cuando se deslizó dentro, iluminada solo por la tenue luz del fuego, atizado para la noche con una pantalla metálica frente a él. Diana era un bulto inmóvil bajo las sábanas.

Con un suspiro, Will despidió al sirviente que había esperado fuera de la puerta, la cerró con llave y comenzó a desvestirse tan silenciosamente como pudo. Al meterse en la cama junto a Diana, extendió el brazo instintivamente para rodearle la cintura y atraerla hacia sí, una posición para dormir que no habían tenido más remedio que adoptar en la estrecha cama que habían compartido a bordo del barco y a la que se había acostumbrado muy rápida y felizmente.

Se sorprendió al encontrarla rígida como un poste, y ella se estremeció al sentir su contacto.

—Diana, ¿estás bien? —Apoyándose sobre un codo, Will le tocó el rostro, horrorizado al encontrarlo húmedo—. ¡Diana! ¿Por qué lloras?

Ella volvió el rostro contra su hombro, aparentemente incapaz de hablar. Él la abrazó con fuerza y la meció suavemente contra sí, murmurando tonterías reconfortantes en su pelo, sintiendo cómo sus hombros temblaban, aunque sus sollozos eran silenciosos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando ella finalmente se calmó—. ¿Qué te tiene tan afligida?

—Oí lo que dijo —murmuró ella contra su hombro—. Antes de que se cerrara la puerta.

Will no podía recordar exactamente qué había dicho Amberle primero, pero prácticamente cada palabra que salió de la boca de ese necio había sido completamente ofensiva. Gruñó por lo bajo.

—¿Oíste cuando le dije que mantuviera su lengua respetuosa en la boca, o se la arrancaría?

Ella levantó la cabeza de golpe.

—¡No lo hiciste!

—Puede que no haya amenazado con violencia de forma tan explícita —admitió Will—, pero dejé claro que no toleraría ninguna falta de respeto.

—No veo cómo puedes evitarlo. Siempre será la... la F-Flor Desmayada, para algunos de ellos...

—Serás la Divina Duquesa, si de mí depende.

Ella se rio, como él había pretendido, aunque el sonido fue un poco tembloroso. Sus brazos lo rodearon y se aferró a él con fuerza.

—Amberle es un patán odioso, y estaba borracho —le dijo Will—, e incluso él no se atrevió a decir tales cosas a tu cara. Hay un poder en tu título que aún no has aprendido a usar. Créeme cuando te digo que la Flor Desmayada será completamente olvidada en el desesperado clamor por ser invitados a cualquier evento social que decidas organizar.

—¿De verdad lo crees?

—Considerando el comportamiento escandaloso con el que he visto salirse con la suya a mi madrastra a lo largo de los años, lo sé con certeza —dijo Will con sequedad—. Hace mucho tiempo decidió que no le importaría ni un ápice lo que nadie pensara de ella, dice y hace

exactamente lo que quiere sin tener en cuenta a nadie más, y es celebrada como una de las mayores originales de la alta sociedad.

—La estudiaré con gran atención, pero no sé si alguna vez podré ser tan despreocupada —dijo Diana con cierta nostalgia.

—El hecho de que te preocupes tanto por los sentimientos de los demás es parte de lo que tanto amo de ti —murmuró él, salpicando sus mejillas y nariz con suaves besos. Sintió su sonrisa contra su mejilla, y parte de la rigidez abandonó su cuerpo mientras se relajaba contra él.

—Temo que haré un pobre papel como duquesa —confesó ella en un suave susurro contra su piel.

—Serás magnífica —le dijo él con absoluta confianza—. Mi Divina Duquesa, en efecto.

Ella volvió a reír, esta vez de verdad, antes de que sus labios buscaran los de él, y no hablaron más del asunto por el resto de la noche.



Capítulo Veinticuatro

DOS DÍAS DESPUÉS DE QUE EL *Swiftsure* atracara en Portsmouth, el carruaje de alquiler que Will había conseguido para ellos rodaba entre las dos casetas de piedra gris que marcaban la entrada a los terrenos del Priorato de Balford.

Diana dormitaba con la cabeza apoyada en su hombro. Habían pasado una noche en Salisbury, después de no haber salido de Portsmouth hasta el mediodía del día anterior, y luego se habían levantado temprano y viajado todo el día para llegar al Priorato antes de que cayera la noche, algo que no habían logrado del todo en este corto día de invierno. Se habían detenido hace cinco millas para encender las lámparas del carruaje y ahora recorrían el largo camino de entrada del Priorato con solo un pequeño círculo de luz a su alrededor, ya que las estrellas y la luna estaban completamente cubiertas por las nubes.

—Ya casi llegamos —Will empujó suavemente a Diana cuando vislumbró las primeras luces de las ventanas del Priorato. La casa estaba sospechosamente bien iluminada, y suspiró para sus adentros, sospechando que su madrastra probablemente estaba alojando a una casa llena de invitados. Realmente había esperado que ella no hubiera bajado aún y que tuviera la oportunidad de mostrarle a Diana su nuevo hogar sin ojos escrutadores observando cada uno de sus movimientos.

Diana se despertó, frotándose los ojos con sueño.

—Oh, está oscuro —murmuró, inclinándose hacia adelante mientras él señalaba por la ventana—. ¿Es ese el Priorato, Will? Cielos, ¡cuántas ventanas!

—Y luces en cada una de ellas —murmuró él—, lo que me hace pensar que mi madrastra probablemente está organizando una reunión bastante concurrida.

—Oh. —Tragó saliva, pero sonrió valientemente cuando él le tomó la mano y se la apretó.

—Valor, mi Divina Duquesa.

Ella rio suavemente.

—¿Piensas persistir con eso? ¿Debo llamarte mi Apuesto Duque?

—Si así lo deseas. Sin embargo, estoy decidido a que nunca se te identifique con ningún otro apodo.

—Te amo tanto —dijo ella, con los ojos brillantes de felicidad, y él se inclinó para robarle un beso antes de que el carruaje finalmente se detuviera al pie de las escaleras.



Fue cuando Diana estaba bajando del carruaje, con su mano firmemente sujeta en la de Will, que reconoció su propia tensión.

Por supuesto, pensó. Después de todo, él se había ido a Italia para evitar tener que ocupar el lugar de su padre, asumir toda la responsabilidad de ser el Duque de Balford. Su regreso había sido inevitable y necesario, pero claramente aún le afectaba... y, evidentemente, estaba haciendo todo lo posible por suprimirlo por el bien de ella, sabiendo lo nerviosa que estaba.

Una oleada de amor la invadió, y se acercó más a su lado y le apretó el brazo mientras subían los amplios escalones de piedra que conducían a la puerta principal del Priorato. Sabía que la mansión había sido renovada y ampliada varias veces a lo largo de los años desde que el antepasado de Will la había recibido bajo Enrique VIII, pero la puerta principal seguía siendo del edificio original, una gran pieza de roble tachonada y reforzada con hierro. Se abrió con un crujido ominoso, una escena sacada directamente de una novela gótica, pensó caprichosamente.

—¡Su Gracia! —dijo una voz sorprendida mientras se revelaba una figura de pie dentro del vestíbulo, un hombre mayor, de al menos sesenta años, calculó Diana—. No teníamos noticias... ¡bienvenido a casa!

—Jenkins. —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Will—. El mayordomo —murmuró en voz baja a Diana mientras la conducía adentro.

Jenkins la miraba fijamente, con los ojos desorbitados.

—¿Su Gracia? —dijo, interrogante.

—Estás en lo correcto, de hecho, Jenkins. Su Gracia... la Duquesa de Balford. —Will sonrió, obviamente encantado con la sorpresa del viejo sirviente.

Jenkins se recuperó rápidamente, sin embargo, haciendo una profunda reverencia a Diana incluso antes de cerrar la puerta.

—Es un placer conocerlo, Jenkins, y finalmente estar en el Priorato —respondió ella a su sincera bienvenida.

—¿Puedo tomar su sombrero y abrigo, Su Gracia? —solicitó, y ella asintió, tirando de la cinta bajo su barbilla para liberar su sombrero.

—¿Quién es, Jenkins? —llamó una voz femenina—. No esperamos a nadie más esta noche, y estamos a punto de pasar a cenar... ¿es algo con lo que debo lidiar?

—Solo si deseas dar la bienvenida a casa a mi nueva esposa y a mí, Julianne —dijo Will.

Hubo un momento de silencio atónito antes de que su madrastra, la duquesa viuda supuso Diana que era ahora, apareciera a la vista, viniendo de una puerta a un lado del vasto pasillo con suelo de mármol.

—¿William? —dijo Julianne, con la boca abierta—. ¿Y tu... *esposa*?

Diana recordaba bien a la duquesa del malogrado baile donde había conocido a Will —y se había desmayado a sus pies—, pero parecía que Julianne no la recordaba en absoluto, ya que la duquesa la miraba sin el más mínimo indicio de reconocimiento.

—Nos hemos conocido antes, mi señora, pero quizás no lo recuerde —dijo, ofreciendo una leve reverencia.

—Diana es la hija del Conde de Creighton —ofreció Will.

Los ojos de Julianne se agrandaron.

—La... oh, sí te recuerdo. Cuándo... dónde...

—¿Dijiste que es Balford, de vuelta? —exclamó una voz emocionada detrás de Julianne, y una dama salió al pasillo, seguida por otra, y luego dos caballeros, y una chica muy hermosa de unos dieciséis años que Diana sospechaba que era Regina, la media hermana de Will. Tenía su cabello oscuro y ojos azul profundo, y el mismo hoyuelo brilló en su barbilla cuando sonrió encantada.

Dos jóvenes damas muy elegantemente vestidas se unieron a la creciente multitud, ambas inmediatamente acicalándose y acercándose a Will, lanzándole sonrisas invitadoras. Diana se estremeció internamente ante el contraste entre su yo cansado y manchado por el viaje y el glamour fresco de ellas, pero Will no se movió ni un paso de su lado.

—Creo que quizás todos deberíamos volver al salón —dijo—, para que pueda decir algo a todos, y luego quizás tú y Regina nos acompañen al estudio... y tal vez Rebecca podría bajar también, para darnos la bienvenida a casa?

Julianne parecía estar en estado de shock; simplemente asintió y se dispuso a seguir a Will mientras este guiaba a Diana a un salón muy elegante. Ella miró a su alrededor, tratando de asimilarlo todo; la sala estaba revestida de un hermoso roble dorado, con elegantes paisajes en

marcos dorados colgando de las paredes, y muebles de buen gusto tapizados en azul y oro que hacían juego con las pesadas cortinas corridas contra la oscuridad exterior. La luz resplandecía desde al menos una docena de candelabros, haciendo demasiado fácil ver las expresiones ávidas en cada rostro vuelto hacia ellos.

Había alrededor de veinte personas en la habitación, calculó Diana, todas vestidas a la última moda y cada una de ellas mirándola fijamente, obviamente preguntándose quién era y por qué estaba del brazo de Will. Casi podía sentir la presión de todos esos ojos, el peso de su juicio mientras evaluaban su ropa y su persona.

—Querida familia y amigos —comenzó Will mientras Regina cerraba la puerta—, antes de saludarlos a todos y decirles lo feliz que estoy de estar en casa, permítanme presentarles a mi esposa, Diana, la Duquesa de Balford.

Las palabras fueron como una piedra arrojada en un estanque tranquilo; silencio absoluto y luego susurros furiosos ondulándose hacia afuera. Una de las elegantes jóvenes dio un dramático gemido y se desplomó de lado en un desmayo. Afortunadamente, estaba sentada en un sofá al lado de una señora mayor bastante corpulenta, por lo que tuvo un aterrizaje suave en el regazo de la otra mujer.

La mirada de Will se deslizó hacia Diana, y sonrió con suficiencia.

Luchando por reprimir una risa repentina y tremendamente inapropiada, ella le pellizcó ligeramente la muñeca.

Regina fue la primera en alcanzarlos, estirándose para besar la mejilla de Will y extendiendo las manos para tomar las de Diana con una sonrisa amistosa.

—Estoy muy feliz por ti, querido hermano. Felicitaciones. Y bienvenida a nuestra familia, Su Gracia.

—Diana, por favor —dijo rápidamente, agradecida por la cálida bienvenida de Regina—. Ya tengo tres hermanas, pero estoy encantada de ganar dos más en ti y Rebecca. Will me ha contado tantas cosas sobre ustedes dos.

—Lamentablemente, él no nos contó nada sobre ti, a pesar de enviar cartas regulares mientras estuvo fuera —dijo Regina con una mirada de reproche a Will—. ¿Se conocieron en Italia?

—Nos conocimos por primera vez en Londres, en realidad, pero nos encontramos de nuevo en Venecia cuando ambos éramos invitados de sus primos Franchetti —respondió Will.

—¿*Tú* conoces a los Franchetti? —exclamó Julianne a Diana—. ¿Cómo?

—La duquesa Marietta es prima del marido de mi tía —dijo Diana, y luego, dándose cuenta de que todos escuchaban ávidamente, decidió omitir el título de Alex—. El Marqués de Glenkellie.

—Una conexión familiar, de hecho, y además la nueva Duquesa, Valentina, y Diana se han hecho amigas particulares —intervino Will, obviamente decidiendo resaltar también la conexión ducal italiana—. De hecho, Valentina esperaba concertar un matrimonio para Diana con su hermano, el Conde de Bardolino, pero me temo que frustré sus planes cortejando a Diana para mí mismo.

Eso no era precisamente como había sucedido, pero Diana no tenía objeción a que Will editara la historia ligeramente. Hacer que pareciera que Diana había elegido a un duque sobre un conde ciertamente complacería más a su madre, si la historia llegara a sus oídos, que la verdad; que Diana había rechazado al conde sin tener la más mínima idea de que Will se preocupaba por ella.

—Bueno —Julianne miró de Will a Diana, y de vuelta, antes de poner una sonrisa bastante forzada y darse la vuelta—. Bueno, ahora que todos han visto que mi hijastro está efectivamente vivo y bien, y de vuelta en casa, con su nueva esposa, me temo que debo pedirles que nos disculpen, para tener una pequeña reunión *en famille*. La cena está a punto de servirse, y me reuniré con ustedes después. Lady Susan, ¿quizás pueda presidir la mesa en mi lugar?

No le dio a la otra dama la oportunidad de aceptar o declinar, reuniendo a Will, Diana y Regina y sacándolos rápidamente de la habitación antes de que alguien más tuviera la oportunidad de hablar.

Will tomó la iniciativa, escoltando a Diana por el pasillo y por un pasaje lateral hasta que entraron en un estudio, cálidamente iluminado y nuevamente amueblado de manera costosa. Una chica de unos trece años estaba de pie junto al fuego; ella también compartía el cabello oscuro y los ojos azules de Will, que se iluminaron cuando los vio.

—¡Will! —Casi saltó hacia adelante, su entusiasmo frenado por la mirada aguda de Julianne, pero Will se rió y extendió los brazos para abrazarla.

—¡Qué alta has crecido, Rebecca! ¡Declaro que debes ser de la misma altura que Regina!

—Lo es —dijo Regina secamente—, y probablemente me superará pronto, estoy segura —Sin embargo, su sonrisa era cariñosa, y Diana dedujo que había mucho afecto entre las hermanas.

Por supuesto, las presentaciones tuvieron que repetirse para beneficio de Rebecca.

—¿Casado? —exclamó Rebecca—. ¿Pero por qué? ¡Dijiste que no te casarías hasta que Reggie y yo estuviéramos casadas y a salvo!

Will hizo una mueca, mirando a Diana.

—Bueno. Ese era el plan. Pero no conté con enamorarme perdidamente, ¿sabes?

—¡Oh! —Regina y Rebecca se llevaron las manos al corazón y parecieron embelesadas; Diana notó que Julianne parecía mucho más cínica.

—Me temo que causé una terrible primera impresión en Will —dijo, decidiendo tomar el toro por los cuernos—, desmayándome sobre él en nuestra primera presentación en Londres, así que teníamos algo de historia que superar cuando nos encontramos de nuevo en Venecia.

—Me alegro de decir que no me tomó mucho tiempo reconocer todas tus cualidades más admirables, aunque fui abominablemente lento en reconocer ante mí mismo cómo me sentía —admitió Will, sus dedos entrelazándose con los de ella.

—Deben estar cansados —dijo finalmente Julianne—, y hambrientos también, me imagino. Ya que nos estamos perdiendo la cena, déjenme organizar que les lleven bandejas a nuestras habitaciones... oh —Se detuvo—. Will... yo todavía estoy ocupando la cámara de la señora...

—Y debe continuar haciéndolo —dijo Diana rápidamente. Ella y Will ya habían discutido el asunto durante los interminables días a bordo del barco—. Will me dice que hay una encantadora suite de habitaciones contigua a las que él ocupa actualmente; me servirán perfectamente.

Will en realidad había querido decirle a Julianne que no se preocupara, ya que Diana simplemente compartiría su suite aparentemente bastante palatina, pero Diana no había querido escandalizar a su nueva suegra.

—¿La Suite Esmeralda? —Julianne frunció los labios—. Lord y Lady Altmere la están ocupando actualmente.

—Entonces Diana tendrá que compartir conmigo hasta que se hayan ido —dijo Will con firmeza, poniendo su brazo alrededor de la cintura de Diana—. Acabamos de venir de ocupar espacios mucho más estrechos a bordo del barco, Julianne; estaremos bastante cómodos en mi suite.

Julianne parecía bastante horrorizada, pero lanzó miradas rápidas a Regina y Rebecca y simplemente dijo:

—Podemos discutir eso más tarde.

Will abrió la boca, tal vez para decir algo poco diplomático, pero Diana habló primero, rápidamente.

—Confieso que ha sido un día largo, y me gustaría mucho darme un baño y comer algo caliente. Estoy deseando conocerlos mejor a todos, pero tenemos todo el tiempo del mundo para eso, ¿verdad? —Sonrió de la manera más amable que pudo. Regina y Rebecca le devolvieron la sonrisa; Julianne resopló un poco con altivez, pero asintió.

—Las damas nos reunimos en la Sala Egipcia después de desayunar en nuestras habitaciones —señaló—. Quizás desee unirse a nosotras.

—Qué amable, estaré encantada —dijo Diana.

—No necesitas su invitación para nada aquí —refunfuñó Will en voz baja en su oído mientras subían las escaleras juntos unos minutos después—. Ahora es tu casa.

—Will, estás siendo poco delicado —le reprendió suavemente—. Dale tiempo. ¿Cuánto tiempo ha sido la señora de la casa? Sí, te ha estado presionando para que tomes esposa, pero esperaba no solo ayudarte a elegir a esa esposa, sino también tener un plazo establecido para introducirla en la casa y entrenarla como su reemplazo, en efecto. Ciertamente no esperaba que simplemente reaparecieras un día y le dijeras que sus servicios como anfitriona ya no eran necesarios.

—¡No lo hice! —se defendió Will, pero dejó de caminar y pareció avergonzado cuando Diana le lanzó una mirada cínica—. Me acerqué demasiado a eso, ¿verdad? Estoy tan contento de tenerte, Diana, para que me pongas en línea cuando empiezo a ser arrogantemente ducal. Ella se rio y le apretó el brazo.

—Siempre y cuando sigas escuchándome. Necesito la buena voluntad de tu madrastra; no tengo la menor idea de cómo ser duquesa, ¿sabes?

—Eres una duquesa magnífica —dijo Will lealmente.

—Soy una duquesa cansada, sucia y muy hambrienta, así que a menos que desees que me convierta en una duquesa irritable, empezarás a moverte de nuevo y me llevarás a tus habitaciones. De lo contrario, intentaré ir por mi cuenta y sin duda me perderé horriblemente en este vasto lugar —Ya podía prever el desastre en los largos pasillos que parecían todos iguales. El Priorato de Balford era significativamente más grande que Creighton Hall, en el cual había logrado perderse un sinnúmero de veces en los primeros meses después de que su familia se mudara allí.

—Vamos, entonces —Will la condujo a una suite que, Diana pensó, estaba en la torre que formaba una esquina en el extremo occidental de la fachada de la casa. El dormitorio tenía una forma curiosa, como un cuarto de círculo con una larga pared curva que formaba dos lados, con altas y estrechas ventanas de vidrio emplomado incrustadas en ella. Estaba demasiado oscuro para ver la vista exterior, pero esperaba verla por la mañana.

Un verdadero ejército de sirvientes los esperaba; una doncella estaba avivando rápidamente los fuegos, más doncellas y lacayos corrían de un lado a otro con baúles y cajas, un hombre mayor que Diana supuso debía ser el ayuda de cámara de Will estaba preparando la cama.

—Su Gracia —El ayuda de cámara hizo una reverencia, una sonrisa arrugando su rostro—. Permítame decir qué placer es finalmente verlo en casa.

—Puedes hacerlo, Taylor —Will sonrió, con una mirada de culpabilidad cruzando su rostro—. ¿Y puedo ofrecer mis disculpas por escabullirme en medio de la noche y dejarte atrás? No tengo

duda de que fuiste tú quien encontró mi nota y tuvo que darle la noticia a la duquesa.

—Esa fue una conversación que preferiría olvidar, Su Gracia —dijo Taylor con una mueca de dolor.

—Diana, permíteme presentarte a Taylor, quien no merece tener que soportarme, pero lo hace de todos modos porque le pago excepcionalmente bien —dijo Will con una sonrisa cariñosa—. Taylor... mi esposa, Lady Diana, la nueva duquesa.

—Su Gracia —Taylor realizó una elegante pequeña reverencia hacia ella—. De parte de todo el personal aquí en el Priorato, espero que me permita extender nuestras más sinceras felicitaciones y deseos para su futura felicidad —Hizo una pausa antes de preguntar delicadamente—: ¿Trajo una doncella con usted, Su Gracia?

—No —admitió Diana—, me temo que no. Estaba acompañando a mi tía y mi tío en Italia, y compartiendo los servicios de la doncella de mi tía, veré...

—No necesitas explicar nada, amada —Will apretó suavemente su mano—. Consulta con el ama de llaves y pídele que asigne algunas doncellas para el servicio personal de Su Gracia, por favor, Taylor. Tal vez desees publicar un anuncio para una doncella personal, o buscar recomendaciones... ¿o quizás había alguna doncella del hogar de tu padre...?

Diana negó con la cabeza, pero entonces se le ocurrió algo.

—Lord y Lady Havers estaban iniciando una academia de formación para sirvientes domésticos y trabajadores cualificados. Podría escribir a Lady Havers y ver si tiene a alguien que recomendarme. Sé que Jean, la doncella de tía Marianne, vino originalmente de la casa de los Havers y es tan maravillosa.

—Formidable —asintió Will, obviamente recordando la eficiencia de Jean y su dedicación al cuidado de su señora y las dos hermanas Creighton—. Deberías escribir a Lady Havers, entonces.

—Y mientras tanto, no tengo duda de que habrá muchas doncellas entusiasmadas por atenderla, Su Gracia —dijo Taylor con un asentimiento—. Si me disculpan, iré a ver lo de sus baños, y esas bandejas deberían estar aquí ya... ah, aquí están.

En efecto, las bandejas estaban siendo traídas por una procesión de doncellas, con deliciosos aromas llegando a la nariz de Diana. Casi gimió cuando su boca comenzó a hacerse agua, y permitió que Will la condujera a una pequeña mesa junto a la ventana con dos sillas dispuestas frente a ella. Más doncellas y lacayos pasaban apresuradamente con jarras y jarros de agua humeante, obviamente yendo a llenar un baño, e incluso mientras daba el primer bocado de

cordero perfectamente cocinado, Diana se encontró pensando que sería bastante fácil acostumbrarse a los pequeños lujos que venían con su nueva posición.



Capítulo Veinticinco

DIANA DESPERTÓ SOLA EN LA FRÍA LUZ DE una mañana helada, con débiles rayos de sol filtrándose por las ventanas de las habitaciones de Will. La almohada de Will a su lado estaba fría, indicándole que se había ido hacía tiempo. Supuso que se habría levantado temprano para atender los deberes del ducado, y se giró sobre su espalda, observando la habitación, viéndola completamente a la luz del día por primera vez.

Le gustaba la combinación de colores, pensó, acariciando suavemente el borde de las sábanas sobre ella, un fino lino damasco irlandés que probablemente habría costado tanto como el vestido más caro que jamás había poseído. El papel tapiz era de un azul pálido con un discreto diseño dorado, los muebles de roble inglés oscuro, pero no pesados como solían ser muchas de estas piezas. Robustos, con ornamentaciones finamente detalladas que debieron haber llevado mucho tiempo tallar. Las tablas del suelo eran del mismo color, lo poco que se podía ver de ellas; casi todo el piso estaba cubierto con una alfombra excepcionalmente fina en tonos de azul y dorado. Sospechaba que era de Aubusson, y probablemente valía más que todo lo demás en la habitación junto.

Una puerta crujió, y vio un panel en el papel tapiz abrirse ligeramente. Una puerta oculta, ¿y sería la única en la habitación? Evidentemente, una entrada a los pasajes de los sirvientes, ya que un pequeño rostro se asomó, abriéndose la puerta más ampliamente para dejar entrar a una doncella que sonreía tímidamente un momento después.

—¡Ya'stá despierta, señora! Debió'ber tocao la campanilla pa' mí, vaya.

El acento del oeste del país de la muchacha era tan cerrado que a Diana le tomó un momento entenderla, pero divisó la cuerda de la campanilla colgando junto a la cama a la que la chica señalaba y asintió.

—Acabo de despertar. No te preocupes.

—Si'stá segura, señora. ¡Su Gracia, quiero decir! —La chica pareció brevemente horrorizada por su propio desliz hacia la informalidad—. ¿Qué pueo traerle pa'l desayuno, Su Gracia?

Diana pensó con nostalgia en los deliciosos cappuccinos y pasteles de desayuno a los que se había acostumbrado tanto en Italia, pero también se había cansado mucho de las comidas insípidas a bordo del barco desde entonces. —Té, por favor —pidió—, y tostadas, y cualquier mermelada que se haga localmente. ¿Quizás de moras?

Poco después le trajeron cuatro tarros diferentes de mermelada junto con lo que Diana juzgó ser casi media hogaza de pan perfectamente tostado y un té muy fino. El personal estaba ansioso por complacer, sospechaba, o tal vez aterrorizado por la ira de Julianne si de alguna manera no lograban la perfección al impresionar a la nueva duquesa. Para cuando terminó de comer, un pequeño grupo de doncellas había rehecho eficientemente la cama, reavivado el fuego, dispuesto ropa fresca para ella y estaban listas para entrar en acción para servir su más mínimo capricho.

Decidida a empezar con buen pie, Diana sonrió a todas las doncellas y preguntó: —Ahora, ¿quién es buena con el cabello? ¡El mío no ha sido peinado adecuadamente en semanas, y aunque me lo lavé anoche, me temo que podríais tener algunos enredos tristes que desenredar!

Dos de las chicas se ofrecieron voluntarias, y Diana se dirigió al tocador en una esquina. A las chicas les tomó bastante tiempo peinar cuidadosamente todos los enredos de su cabello y arreglarlo bien, y una de ellas demostró ser muy hábil con las tenacillas para hacer unos bonitos rizos agrupados en sus sienes y mejillas. Diana apenas se reconoció cuando se miró al espejo. Vestida con un traje de seda violeta que había sido uno de los regalos de despedida de Valentina, realmente parecía una duquesa, pensó. Lo suficientemente buena como para no avergonzar a Will, al menos, aunque sabía que necesitaría comenzar a encargar ropa para un nuevo guardarropa inmediatamente.

Una de las doncellas la guió a la Sala Egipcia, donde Julianne ya estaba recibiendo a varias otras damas. Regina y Rebecca estaban sentadas a un lado de la habitación, con las manos recatadamente dobladas en su regazo, obviamente allí para observar y aprender cómo debían comportarse las damas. Ambas parecían excepcionalmente aburridas, y Diana inmediatamente resolvió encontrar alguna manera de que escaparan más temprano que tarde.

Julianne la saludó cordialmente y la presentó a las damas: Lady Altmere, Lady Claire Court y Lady Susan Macfarlane, quien parecía ser una amiga particular de Julianne. Las tres tenían la edad de Julianne, alrededor de cuarenta años según el cálculo de Diana, y todas muy hermosas y espléndidamente ataviadas con las más finas modas. La miraron intensamente, y Diana supo que estaban evaluando todo sobre ella, desde sus palabras hasta su ropa, y juzgándola.

Les permitió interrogarla durante media hora más o menos, describiendo sus viajes en Italia —y asegurándose de mencionar a su tía la Marquesa de Glenkellie tan frecuentemente como pudo— antes de redirigir cuidadosamente el tema hacia las modas de la próxima temporada y moverse para sentarse con Regina y Rebecca.

—¿Y cómo están ustedes dos en esta hermosa mañana? —preguntó.

—Ojalá fuera hermosa —murmuró Rebecca—, podríamos haber ido a montar, pero Madre dijo que hay demasiada niebla y está muy gris.

No hizo falta mucha insistencia para descubrir que montar a caballo era una de las grandes pasiones de Rebecca. Diana admitió no ser una gran jinete, pero le gustaban mucho los caballos de todos modos.

—No tuvimos caballos hasta que papá heredó el condado, pero madre estaba decidida a que tuviéramos todas las habilidades de las jóvenes damas, incluida la capacidad de montar. Confieso que disfruto más dibujando caballos que montándolos.

—¿Dibujas? —Fue el turno de Regina de animarse—. ¿Y pintas?

—En efecto. ¿Y tú? ¿Acuarelas u óleos?

—Oh, acuarelas, aunque me gustaría mucho tener la oportunidad de probar los óleos.

—Le dije exactamente lo mismo a tu hermano —confió Diana—, y de inmediato prometió comprarme todas las pinturas y lienzos que pudiera desear, y contratar a un instructor para que me enseñara las técnicas. Estoy segura de que podría convencerlo de que compartieras la generosidad, si quieres.

La expresión de Regina fue de pura delicia.

—Parece que te has ganado a mis hijas —murmuró Julianne a Diana mientras salían de la Sala Egipcia un par de horas más tarde, dirigiéndose a otra sala que Diana aún no había visto, donde se serviría un almuerzo ligero.

—Son jóvenes encantadoras y un crédito para usted —respondió Diana.

—Hm —Julianne le dirigió una mirada pensativa—. No eres lo que esperaba —dijo con franqueza—. Te descarté como una tonta cabeza hueca después de ese episodio del desmayo. Pero Will nunca se habría casado contigo si lo fueras, sin importar cuán grave fuera la situación comprometedora...

—¡No hubo ninguna situación comprometedora! —Diana se sonrojó intensamente.

—¿Es entonces un matrimonio por amor? —Julianne no parecía dudar, solo sorprendida—. No habría pensado que Will fuera del tipo que se enamora —admitió—. Ciertamente en Londres, fue extremadamente pragmático cuando le presenté una lista de posibles novias para que considerara.

Diana realmente no sabía qué decir a eso. —Quizás se esforzó por parecer así, para complacerla —sugirió finalmente—, pero también literalmente huyó del país cuando no pudo obligarse a seleccionar *pragmáticamente* a una de sus candidatas, casarse y ocupar el lugar de su padre.

—Puede que tengas razón en eso —Julianne inclinó la cabeza, le dio a Diana otra mirada pensativa y luego hizo un gesto hacia la cabecera de la mesa.

Diana se resistió. —No estoy lista para ocupar su lugar —dijo, tratando de sonreír educadamente.

—Me temo que deberías haber pensado en eso antes de casarte con Will y llegar aquí como la Duquesa —respondió Julianne, con tono seco—. Empieza como piensas continuar, Diana. Hay algunas damas muy influyentes aquí observando cómo te desenvuelves. Si hubiera tenido alguna idea de que Will podría regresar con una novia, te habría ahorrado esto, pero ninguna de nosotras tiene elección ahora. Tú *eres* la Duquesa, y necesitas empezar a actuar como tal inmediatamente. Eso hizo que Diana retrocediera. Respiró hondo, presionando sus manos contra su estómago, donde de repente una multitud de mariposas había tomado residencia.

—Estoy aquí para ti.

Parpadeó hacia Julianne, sorprendida.

—Difícilmente es de mi interés verte fracasar —señaló Julianne con sequedad—. Regina tendrá su presentación en sociedad muy pronto, y quiero que le vaya bien.

Y si Diana era un desastre como duquesa, las oportunidades de Regina y más tarde de Rebecca podrían verse gravemente afectadas, entendió. Asintió.

—Tendremos tiempo para que te ayude. Para que te familiarices con todas las cosas que necesitarás saber. Desafortunadamente —Julianne le dio una pequeña sonrisa irónica—, has llegado en un momento muy incómodo, y tendrás que sonreír y arreglártelas lo mejor que puedas hasta que termine esta fiesta en la casa.

Diana dejó escapar el aliento. —No quiero decepcionar a Will. Ni a usted. Haré mi mejor esfuerzo.

La sonrisa de Julianne fue sorprendentemente cálida. —Eso es todo lo que podemos pedir —Sus dedos tocaron el codo de Diana, guiándola suavemente—. Ahora, Duquesa. Toma tu asiento.

Will y varios otros caballeros llegaron para unirse a ellas justo cuando las damas se habían sentado. Will, por supuesto, tuvo que sentarse en el extremo opuesto de la larga mesa a Diana; ella lo miró disimuladamente, deseando que estuviera a su lado con su presencia tranquilizadora. Él la miró directamente, sonrió y luego levantó su copa hacia ella en un brindis silencioso. Ella le

devolvió la sonrisa, y por un momento fue como si el resto de la habitación se desvaneciera y solo estuvieran ellos dos.

Y entonces Lady Susan Macfarlane, sentada a su izquierda, se inclinó hacia adelante y le hizo una pregunta sobre sus viajes por Italia, y Diana fue bruscamente devuelta a la realidad. Apartando la mirada de Will, dirigió su atención a la influyente dama.

Puedo hacer esto.

El almuerzo transcurrió sin grandes errores, al menos hasta donde Diana pudo notar, y después, se preparó para regresar al salón con las damas y soportar más interrogatorios. Sin embargo, Will la interceptó justo fuera del comedor, tomando su mano en la suya, presionando un dedo contra sus labios para instarla a permanecer en silencio, y tirando suavemente.

Sonriendo, lo siguió sin cuestionar a través de una puerta discretamente colocada en el revestimiento de madera que resultó conducir a lo que obviamente era la parte de los sirvientes de la casa; el pasillo era mucho más oscuro y estrecho.

—¿A dónde vamos? —susurró Diana cuando la puerta se cerró detrás de ellos.

—Escapando —La expresión de Will era conspiradora—. Creí detectar una clara mirada de desesperación que me lanzaste ahí dentro. ¿O no era una súplica para ser salvada?

—Definitivamente era una súplica para ser salvada —Apretó su mano—. Gracias. Julianne ha sido muy amable y tus hermanas son encantadoras, pero me sentía como una obra de arte a la venta en una galería. Siendo examinada críticamente, todos discutiendo si vale realmente el precio que se pide.

—Vales cada centavo, mi incomparable y Divina Duquesa —La atrajo a sus brazos para besarla, y ella se derritió contra él.

—Aunque no me opondría completamente a escondernos en tu suite —le sonrió cuando él levantó la cabeza—, creo que tenías algo más en mente, ¿no?

—En efecto. Es una hermosa tarde y me gustaría mostrarte uno de mis lugares favoritos en todo el mundo —Reclamó su mano nuevamente y la condujo por el pasillo, terminando en un pequeño cuarto de servicio donde las capas colgaban de ganchos y las botas estaban alineadas en estantes.

Diana encontró un par de botas que le quedaban y eligió una capa de una percha, y se escabulleron por la puerta lateral, cruzando la parte trasera de la magnífica mansión hacia el patio de los establos.

—¿Los establos? —preguntó Diana, medio resignada. Sabía que a Will le gustaban los caballos, había mencionado varias veces los excelentes establos de cazadores y caballos de carreras que

mantenía.

—No —siguió caminando, con la mano de ella firmemente sujeta en la suya, y pasaron de largo los establos, avanzando por un sendero hacia el bosque que se elevaba a su alrededor, los árboles espesos los engulleron rápidamente.

La tenue luz otoñal se filtraba a través del dosel de robles y hayas, las hojas caídas formaban una gruesa alfombra roja y dorada que crujía bajo sus pies mientras caminaban. Un destello leonado entre los gruesos troncos hizo que Diana se sobresaltara, y luego jadeara cuando la cierva se precipitó por el camino frente a ellos antes de desaparecer nuevamente.

—Las veo a menudo aquí —dijo Will suavemente—. Hay un gran ciervo que ha estado mudando sus astas en un claro justo adelante durante los últimos años. Nueve puntas en ellas el año pasado. Y no, no voy a dejar que nadie le dispare. Es el patriarca de la manada.



Capítulo Veintiséis

EL CLARO PRONTO APARECIÓ A LA VISTA, Y junto a él una pequeña construcción de piedra, hecha del mismo tipo de piedra gris pálido que el Priorato.

—¿Una cabaña? —preguntó Diana—. ¿Quién vive aquí, Will?

—Nadie. Es el retiro privado del duque —sonrió ante su expresión—. Mi abuelo la mandó construir, y mi padre la usaba con regularidad. Yo era la única persona a la que se le permitía interrumpirlo aquí.

Diana lo siguió cuando él abrió la puerta, mirando alrededor para descubrir que la cabaña era en realidad una sola habitación, aunque cómodamente amueblada, con un fuego crepitante en la chimenea, un gran sofá de aspecto mullido, sillones orejeros, estanterías y más estanterías de libros, un escritorio y una cómoda contra una pared con decantadores alineados sobre ella, junto con un cuenco de fruta y algunos platos cubiertos.

—Un elegante pequeño retiro —murmuró, incapaz de resistirse a mirar bajo las tapas y encontrar panecillos crujientes con mantequilla y mermelada, y dos tipos diferentes de pasteles—. ¿Siempre había pasteles aquí cuando eras niño? —le lanzó una mirada divertida por encima del hombro—. Ya veo por qué te gusta tanto este lugar, si es así.

—Los había —dejándose caer en uno de los sillones orejeros, Will sonrió con nostalgia—. Aunque mi padre solía insistir en que comiera una manzana primero, y no se me permitía venir aquí hasta que mi tutor estuviera satisfecho con el trabajo que había hecho en mis lecciones del día, además.

—¿Eras un estudiante diligente?

—¡Excepcionalmente, con el incentivo de que se me permitiera venir aquí!

Diana se movió hacia las estanterías y comenzó a examinar los títulos, encontrando una mezcla ecléctica de novelas y libros de referencia. Los libros todavía reflejarían los gustos de su padre

más que los suyos propios, pensó, y entonces se le ocurrió algo más.

—¿Has estado aquí desde que tu padre falleció? —preguntó suavemente.

—Una vez —estaba mirando fijamente el fuego—. No podía soportar estar aquí solo. Era demasiado silencioso.

Por eso la había traído aquí, Diana lo supo al instante. Acercándose a él, se giró de lado y se dejó caer en su regazo, rodeando su cuello con los brazos, sonriendo ante su expresión sorprendida.

—Gracias por traerme aquí —dijo sinceramente—. Prometo que no me entrometeré sin tu invitación, pero espero que pronto puedas seguir el ejemplo de tu padre y traer a tus hijos aquí para comer pasteles clandestinos. ¿Y tal vez a tus hijas también? De hecho, no veo razón por la que no deberías practicar ahora. Rebecca ciertamente es aún lo suficientemente joven para disfrutar de una aventura con su hermano, quizás Regina también, y pronto se casarán y se irán. Disfruta de su compañía mientras la tengas.

Will pareció impresionado por la idea.

—Una vez le pregunté a papá por qué no invitaba a Regina aquí... Rebecca habría sido demasiado pequeña. Nunca me respondió. Sé que las amaba, pero eran hijas. No creo que las considerara dignas de su tiempo, realmente.

Diana le levantó las cejas.

—Lo haré mejor con *nuestras* hijas —dijo Will apresuradamente—, y trataré de remediar algunos de sus errores con mis hermanas, mientras aún residan bajo mi techo.

—Bien, porque ambas son chicas encantadoras. No te arrepentirás de pasar tiempo con ellas.

—¿Echas de menos a Clarissa? —preguntó Will perspicazmente cuando ella se acurrucó en sus brazos, apoyando la mejilla en su hombro.

—Un poco —admitió Diana—. Nunca hemos estado separadas por más de unas pocas horas en toda nuestra vida. Estoy acostumbrada a contarle todo.

—Sabes que puedes contarme *todo* a mí, mi amor.

—Lo sé —se estiró para presionar un beso en su mejilla—. Pero todavía me estoy acostumbrando a la idea de que tú serás ahora mi principal confidente. Y hay algunas cosas que simplemente... no son cosas que pueda discutir nunca con un hombre, ¡ni siquiera contigo, mi querido! Tal vez Regina y yo podamos llegar a ser cercanas. Incluso Julianne. De hecho, fue muy amable antes.

—Ella presenta un frente temible, pero realmente tiene un corazón de oro. Siempre me ha tratado como a su propio hijo.

—Oh, está claro que te tiene mucho cariño. Quiere lo mejor para ti —Diana hizo una mueca ligera—. No creo que esté convencida de que sea yo, pero ha decidido que intentará hacer de esta oreja de cerda un monedero de seda.

—¿Oreja de cerda?! —protestó él en voz alta—. ¡Nunca vuelvas a compararte con ninguna parte de un cerdo, mi divina duquesa!

Ella se rió, sin protestar mientras él continuaba insistiendo en que ya era perfecta, tal como era. Diana sabía que estaba lejos de ser perfecta. Pero también sabía que Will creía en ella, y eso le daba confianza para pensar que tal vez, algún día... podría llegar a ser la duquesa que él ya creía que era.

Acurrucándose más profundamente en su abrazo, suspiró con total satisfacción. Nunca podría haber imaginado, cuando se desmayó a sus pies en su primer encuentro, que terminaría no solo casada con Will sino felizmente dichosa por ello.

Sí, habría obstáculos que tendrían que superar. La madre de Diana probablemente causaría un gran alboroto y bastantes molestias, y posiblemente causaría no poca vergüenza a su hija mientras alardeaba del triunfo de Diana al atrapar a un duque. Había muchos miembros de la alta sociedad que podrían mirarla por encima del hombro, y algunos jóvenes petimetres como Lord Amberle que aún se reirían y la llamarían la Flor Desmayada.

Sin embargo, el tiempo tenía la tendencia a hacer que tales cosas se desvanecieran, y Diana era lo suficientemente sabia como para saber que el título de *duquesa* haría que todos, excepto los más insensatos, se aseguraran de que ningún susurro de oposición llegara a sus oídos, o a los de Will. Especialmente si cumplía con su deber para con el ducado y producía un heredero... y aunque todavía era pronto, ya tenía esperanzas en esa dirección.

Con una sonrisa secreta en sus labios, frotó su mejilla contra el hombro de Will, cerrando los ojos.

Al menos hasta que él dijo:

—Entonces, sobre esos pasteles...

Riendo, ella se levantó, volviendo a la cómoda para recoger el plato.

—Siempre y cuando prometas compartir —dijo, sosteniéndolo tentadoramente justo fuera de su alcance.

—¡Por supuesto! —Will pareció herido—. Incluso te daré a elegir primero —declaró magnánimamente.

Había más de cada tipo de pastel de lo que cualquiera de los dos podría comer, así que su oferta era absurda, pero Diana aun así se rio y fingió deleite, seleccionando una de las delicias antes de

pasarle el plato. Observó con cariño cómo Will se deleitaba, imaginándolo en años futuros aquí con sus hijos, dándoles pasteles a escondidas y arruinando su cena. Él sería la desesperación de sus tutores e institutrices, pues ¿quién podría reprender a un duque?

—¿De qué te ríes? —preguntó Will.

—Solo pensaba en el futuro —respondió Diana honestamente.

—Me gusta que aparentemente te divierta tanto. ¿Te estás acostumbrando a la idea de que ser duquesa no será tan malo?

—Ser *una* duquesa sería terrible, supongo. ¿Ser *tu* duquesa? La cosa más maravillosa del mundo. Y lo decía en serio. Nunca podría haber imaginado, después de su desastroso primer encuentro, que un escaso año después estaría casada con Will y profundamente enamorada de él, pero aquí estaban, y Will la miraba con el corazón en los ojos.

Aún habría pruebas por venir, Diana lo sabía. Pero ella y Will las enfrentarían juntos; él manejaría a su vergonzosa familia, probablemente adoptando su actitud ducal imperiosa e intimidando a su madre para que guardara silencio, y Diana aprendería todo lo que pudiera sobre ser la duquesa perfecta de Julianne. Cuando Clarissa regresara a Inglaterra, Diana estaría instalada en la cúspide de la sociedad londinense, capaz de ayudar a su hermana a evitar las maquinaciones de su madre y casarse con quien eligiera, en lugar de ser presionada para aceptar un matrimonio arreglado.

—Te ves pensativa, mi amor —terminado con los pasteles, Will se inclinó para besarla—. ¿Algo te preocupa?

—No, solo estoy pensando en Clarissa otra vez —rodeando su cuello con los brazos, Diana le devolvió el beso—. Pero estoy segura de que puedes hacerme olvidar todo lo que está fuera de esta cabaña, amado mío.

—¡Ciertamente lo intentaré, mi querida! —riendo, la levantó en sus brazos y la llevó a la chaise longue—. Mi divina duquesa —susurró contra su garganta, y ella efectivamente se olvidó de todo lo que estaba fuera de la cabaña, por bastante tiempo.

~ **Fin** ~

Espero que hayas disfrutado leyendo la historia de Will y Diana. Si aún no lo has hecho, puedes leer la historia de Alex y Marianne en *Un Marqués para Marianne*, y la historia de Ellen y el conde de Havers en *Un Conde para Ellen*.

¡Sigue la historia de Clarissa en *Un Capitán para Clarissa*, el libro 4 de la serie *Las Novias Ruborizadas*!



Notas de la Autora - Precisión Histórica y una Mea Culpa

LAS GROTTI DI CATULLO NO FUERON COMPLETAMENTE EXCAVADAS hasta más tarde en el siglo XIX de lo que transcurre esta historia, pero considerando la altura de los muros, al menos alguna parte debió haber sido visible a través del Lago de Garda hasta Bardolino, donde el Castello Bardolino es enteramente mi propia creación, me temo. Espero que me perdonen la licencia artística de hacer que mi grupo explore las ruinas romanas, una visita obligada si alguna vez tienen la oportunidad de visitar el Lago de Garda.

La mayoría de los sitios en Italia que Diana visita aún son accesibles hoy en día, incluyendo la impresionante iglesia de San Giovanni Elemosinario, que está tan escondida y es tan difícil de encontrar como la describí. Si alguna vez tienen la oportunidad de visitar Venecia, tómense el tiempo para ir a verla. ¡Les prometo que vale la pena el esfuerzo de encontrarla!

El Corredor Vasari (hecho aún más famoso por aparecer en *Inferno* de Dan Brown) está tristemente cerrado al público en este momento, pero se espera que reabra en un futuro cercano. Y aunque las tiendas de orfebres aún están allí en el Ponte Vecchio, realmente no recomiendo hacer ninguna compra allí: ¡tienen precios exorbitantes!

¡Espero que hayan disfrutado leyendo la historia de Will y Diana tanto como yo disfruté escribiéndola! Estén atentos a más romance en tiempos pasados que llegará pronto, cuando la hermana franca de Diana, Clarissa, encuentre su propio final feliz en *Un Capitán para Clarissa*.



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa